

OBRAS SELECTAS  
DE EDUARDO YOUNG.

EXPURGADAS DE TODO ERROR,

Y TRADUCIDAS

DEL INGLES AL CASTELLANO

POR

**DON JUAN DE ESCOQUIZ,**

Arceobispo de Alcaraz, y Caponigo de la Santa Iglesia de Toledo,  
Suñilber de Cortina de S. M.

QUARTA EDICION.

TOMO III.

ESPENDE EN MEXICO,

1533.



## ADVERTENCIA PRELIMINAR.

---

AGRADECIMIENTO al público por la favorable acogida que le han merecido los dos primeros tomos de esta traducción, no hubiera retardado la publicación de este, si otras ocupaciones indispensables no me hubieran precisado á suspender mi trabajo durante algunos años. Hallándome ya en otra situación mas desembarazada, lo he continuado y concluido. Espero, pues, que disculpe mi involuntaria dilación, y disimule las faltas que observare en él, con la misma benignidad que en los anteriores.

No sé si habré decaído en este tomo de la felicidad con que traduxé el primero, como lo dice del segundo cierto escritor, que no nombro, porque no gusto de pendencias literarias; pero á lo ménos tengo la satisfacción de haber puesto el mismo cuidado en este que en los dos precedentes, así como la tengo en no hacer aprecio de crítica alguna, tanto de esta traducción, como de mi *Poema de México consistada*, miéntras sea un mero prurito de criticar, no una crítica fundada en datos y



principios sólidos, y que recaiga sobre defectos determinados, ciertos y substanciales.

Estoy muy léjos por esto de asegurar que no se hallen en ámbas producciones tales defectos; pero miéntras yo no los vea, cosa harto difícil para los ojos apasionados de un escritor, ó no me los hagan ver, tengo derecho para estarme quieto, sin emplear mi pluma en apologías ni enmiendas. Sea esto dicho con todo, sin perjuicio de divertirme quando me ocurra, con los autores de cierto papel periódico de Lóndres, intitulado: "*The Critical Review, or Annals of Literature*, Vol. xxxii, No. 5:" esto es, Exámen Crítico ó Anales de Literatura, Tomo xxxii, n. 5.

En este periódico, destinado á analizar y criticar quantas producciones salen en la Europa de alguna celebridad, y trabajado por una sociedad de caballeros literatos, con motivo de hacer una crítica tan larga como infundada de mi Poema de México, tratando de la justa é imparcial apología que hago en el prólogo de la nacion Española ocasion de las calumnias que la han levantado ríos escritores extrangeros acerca de las crueldades cometidas en las conquistas de América, propasan sus autores á injuriarla, renovando pocas palabras contra los Españoles que han dicho sus mas declarados enemigos.

Esta injusta y voluntaria ofensa á mi pa-



## 5

tria me llega al alma, y por consiguiente me reservo el derecho de rebatir en el tono que se merece todo aquel artículo quando tenga tiempo y proporcion.

Entre tanto, siguiendo en este tomo el mismo método que he observado en los anteriores, para precaver aun la menor sombra de mala inteligencia, que la ignorancia de algun lector pueda dar á algunas proposiciones de Young, pongo al principio de aquellas Noches, en que puede ocurrir semejante lerro tropiezo, advertencias que sirven para aclarar lo que la cortedad de su vista intelectual pueda hallar en ellas de obscuro, y le remito á estas al pie de la página en que se encuentra.

He traducido en prosa quatro Noches de las doce que comprehende este tomo, en parte por esta misma razon, pues para dichos lectores cortos de alcances serán así mas comprehensibles que en verso; y en parte porque dichas Noches, que son la decimasexta, decimaséptima, decimaoctava y vigesimasegunda, son precisamente las ménos propias para el verso, por ser sus objetos delicados, que no permiten todo el fuego y elevacion necesaria, como se verá por su lectura.

Acerté de la primera Noche, en consecuencia de lo que va expresado, tengo que prevenir, que tratándose en ella desde el verso 23º de la página 54 en adelante de las maravillas de los sentidos,

## 6

de la imaginacion y del entendimiento del hombre: y siguiendo el autor el sistema metafísico de Cartesio, Malebranche y otros filósofos católicos supone que las calidades que se observan en las cosas materiales, fuera de las que son esenciales á la materia: á saber, las tres dimensiones, la densidad, y la varia configuracion en sí misma; las demas, esto es, las de la luz, colorido, sabor, suavidad, calor, frio, &c. no existen en las mismas cosas materiales, ni aun en nuestros sentidos corporales, sino en quanto son causas ocasionales para que se produzcan estas sensaciones en nuestra alma, y por consiguiente solo existen con propiedad en ella. De este doctrina metafísica se infiere, que nuestra alma es la que por medio de sus sentidos internos ilumina, da color, belleza, frio, calor, &c. á la materia dispuesta por el Criador con el admirable órden necesario para que ocasione en ella dichas sensaciones. Supuestos estos principios, que en nada se oponen á nuestros católicos dogmas, es obvio el sentido de qualquiera proposicion, como v. g. las siguientes:



## 7

Sin la magia de que usan los sentidos  
La extensión de la tierra se reduce  
Toda á un caos informe, de esparcidos  
Cuerpos, que cubre un velo tenebroso.  
Pág. 54, v. 23.

La belleza de todo quanto abraza  
El orbe es obra suya privativa.  
Pág. 55, v. 10.

Estas expresiones, pues, y otras semejantes deben entenderse en el sentido arriba insinuado, de que si no existiera el hombre ú otra criatura capaz de percibir en sí misma estas sensaciones con la ocasión de la presencia de los objetos materiales, no podía decir que existían realmente tales sensaciones en la materia, pues en ella no existen de este modo otras propiedades que las que, como hemos dicho, la son esenciales.

Prescindiendo ahora de si esta doctrina metafísica es ó no fundada, cosa que nos interesa muy poco; lo cierto es que está muy léjos de rebaxar en un ápice el concepto debido de la omnipotencia y sabiduría de Dios, pues que es indiferente, que criase realmente en la materia dichas calidades, ó las desescriba en la existencia real en nuestros sentidos internos, con tal que ocasionalmente se conceda que residen en la materia, y se reconozca á Dios por su autor y creador de todos modos.

## 8

Tratando despues Young de las riquezas de nuestra imaginacion ó fantasía, usa de varias expresiones, como la siguiente :

Qual si una deidad fuera poderosa  
Da una voz, y ve al punto sus efectos.  
Salen de los abismos mas profundos  
De la nada al oirle nuevos mundos,  
Y se presentan en el refulgente  
Y cristalino espejo de su mente.

Pág. 57, v. 4.

Está sabiendo á los ojos, que aquí no se pretende decir el solemne disparate de que el hombre pueda criar realmente, no digo un mundo, sino ni un átomo; y que de lo que se habla es de la facultad que tiene nuestra prodigiosa imaginacion para figurarse como si existieran mundos, y quantos objetos quiera, aunque no existan, como lo expresan claramente los dos últimos versos.

Tampoco puede darse mal sentido á los siguientes, en que hablando del hombre, dice :

¡Qué falta á esta estupenda criatura,  
Sino el estar exenta de la muerte?  
Pues tambien goza de este don precioso  
Que los demas corona y asegura

Pág. 58, v. 22.



## 9

Pues cualquiera lector que no sea un insensato conocerá que aquí se entiende por muerte, no la separacion temporal de alma y cuerpo, sino la aniquilacion total y perpetua del hombre, de la que está libre, pues su alma es inmortal é incorruptible, y su cuerpo, vuelto á unirse con ella, gozará del mismo privilegio para siempre.

Perdóneme el lector discreto la prolixidad aparente de estas prevenciones. Llámola aparente, porque lo parecerá á los que no saben por la experiencia que hay hombres de cabeza tan dura, que para satisfacerles es menester el trabajo de un Hércules, y que por consiguiente nada sobra en ellas.

Nada me resta ya que decir, sino que concluyo con este tomo la coleccion que ofrecí de las obras selectas de Eduardo Young, pues fuera de las que se hallan traducidas en esta coleccion, las demas son, ya por un título, ya por otro, tan inferiores á ellas, que no merecen ponerse á su lado, y por consiguiente nada pierde el público en no leerlas. Mi deseo por último, y el mas sincero es que este trabajo mio proporcione á mis lectores sacar de su contexto los saludables efectos á que se dirigen las importantes y sublimes verdades que contiene.

## DECIMATERCIA NOCHE.

## LA TRISTEZA Y LA DESGRACIA.

DIME, ¿conoces de un suspiro el precio?  
¿Alguna vez, Lorenzo, hiciste aprecio  
De la filosofía  
Del llanto, entre los hombres ignorada,  
Y nunca en sus escuelas enseñada?  
¿Sabes que son distintas totalmente  
Ciencia y sabiduría?  
¿Quánta lástima tengo á ese erudito,  
Que por satisfacer el apetito  
Destemplado de ciencia, diligente  
Amontona sin gusto y sin medida,  
En su cabeza mil conocimientos,  
Y una vasta instruccion mal digerida! (a)  
Sin eleccion devora,  
    se llena de agenos pensamientos.  
    exceso y crudeza de alimentos,  
    lo su razon no corrobora,  
    pesada carga que la mata.  
    vobre á pesar de su opulencia  
    no trata  
    ,

## 12

Sino de hacerse dueño de la herencia  
Agena, sin cultivo abandonando  
La propia. De este modo va quedando  
La alma del docto mísera y hambrienta.  
Al paso que su juicio pierde, aumenta  
Su vanidad, y el mismo estudio acaba  
De obscurecer la luz que le quedaba.  
; O tristeza! en ninguna escuela instruye  
A sus alumnos la sabiduría  
Como en la tuya. Quando nos destruye  
La muerte algun amigo que tenia  
Todo nuestro cariño, los restantes  
Procuran con empeño que quanto ántes  
Su dolorosa pérdida olvidemos;  
Mas quando quieren que nos consolemos  
Tan presto, su amistad ciega se engaña,  
Y procurando hacernos bien, nos daña.  
Juzgan amarnos mas, que el que ha dispuesto  
Herirnos con aquel golpe funesto.  
Dios es el que piadoso nos envia  
Las penas, para hacer que el lisonjero  
Sueño del vicio cese, que oprimia  
Las almas, y con pie suelto y ligero,  
Siguiendo á la virtud, la paz logremos.  
Son las calamidades  
Los mayores amigos que tenemos.  
La sombra que acompaña á la tristeza,  
Nos hace distinguir muchas verdades,

## 13

Que ántes nos ofuscaba la viveza  
De la luz, que esparcía  
Nuestra aparente y mísera alegría.  
Así la noche quando ya apagada  
Tiene la viva claridad del día,  
Nos vuelve á descubrir esa apartada  
Muchedumbre de lámparas sin cuento,  
Que brillan desde el alto firmamento.  
Siempre la adversidad es el tempero  
De la virtud. Quando abre el dolor fiero  
Y despedaza el alma, ya ablandada  
Por un llanto abundante,  
Con su punta acerada,  
Acude alegre la sabiduría  
A sembrar en los surcos su importante  
Provechosa semilla. Así el arado  
Abre la húmeda tierra, y á ella fia  
El labrador ansioso la simiente,  
Que del año anterior ha reservado,  
Y en ella la esperanza del siguiente.  
¡Quál bendigo ¡O Narcisa! el cruel quebranto  
En que tu idea vuelve á sumergirme!  
Haré pagar tributo á los dolores  
Que de continuo vienen á embestirme.  
Me hará rico mi llanto;  
Lograré que ese campo sin cultivo  
De mis penas, produzca los mejores  
Frutos en adelante,

## 14

Que á mi alma sirvan de preservativo  
Contra el humor del vicio redundante.  
Haré con las verdades provechosas  
Que de él recoja, una guirnalda bella  
De flores escogidas y olorosas,  
Y tu sepulcro adornaré con ella,  
Sin temor de que el tiempo la marchite,  
Por mas que el fiero carro precipite.  
Registremos las fuentes  
De donde sale en rápidos torrentes  
El llanto que los túmulos inunda.  
Muchas son, y en un todo diferentes.  
Hay almas tiernas, en las que fecunda  
La pena de los otros, se introduce  
Como un mal contagioso,  
Y un nuevo mar de lágrimas produce,  
Que agitado, impetuoso,  
En el angosto pecho no cabiendo,  
En rios caudalosos va saliendo.  
En estos el dolor es verdadero :  
Conocen que han perdido lo que amaban :  
Su llanto es un elogio el mas sincero,  
Del amigo que acaban  
De perder. Otros hay que solicitan  
Sin fruto el ablandarse.  
Duros naturalmente, necesitan  
Tiempo para llegar á penetrarse  
Del dolor. Vanamente el llanto imploran :

## 15

Quando están sin testigos nunca lloran ;  
Mas si encuentra su vista el doloroso  
Semblante de otro amigo, qual si hubiera  
En él algun encanto poderoso,  
Se ablanda de repente como cera  
Su corazon de peña,  
Y de él un rio de llanto se despeña,  
Admirando ellos mismos que en su dura  
Naturaleza quepa tal ternura.  
Algunos hay que en lágrimas se bañan,  
Porque con esto su dolor engañan ;  
Y no falta quien llore porque vean  
Los demas que es capaz de sentimiento.  
Los que así son harán muy bien, si emplean  
En mostrar afliccion algun momento,  
Por hacer ver que su alma desdeñosa  
Es capaz de querer alguna cosa.  
Tambien freqüentemente  
El propio amor sus lágrimas derrama.  
Así vemos á muchos entregarse  
A un dolor aparente,  
Solo por asociarse  
Del difunto á la fama.  
¡Era un hombre tan grande ! ¡Me queria  
Tanto ! Repiten. Hacen un extenso  
Elogio de las prendas que tenia  
Para participar de aquel incienso,  
Y alabarse á sí mismos con descaro,

## 16

Con el pretexto de amigo caro.  
Tambien el dolor tiene buena parte  
De hipócritas, que fingen con grande arte  
La aficcion, y se sirven del rebozo  
De una exterior tristeza  
Para poder cubrir su interior gozo.  
Hay otras almas que con tal viveza  
Aprenden, que la triste sepultura  
Mirando, hallarse ya se les figura  
En igual situacion, y así olvidados  
De los hados fatales  
Del amigo difunto, adelantados  
Se afligen de sus propios funerales.  
Pero ¿qué saca la sabiduría  
De estas lágrimas todas que la muerte  
Nos hace derramar? Si bien se advierte,  
Solo sirven de cebo á las locuras  
Y vicios que el humano pecho cria.  
Aun las que son mas puras  
No dan á la virtud algun tributo.  
¿Cuán difícil seria  
Hallar un sabio que economizase  
Su valor, y lograrse  
Hacerlas producir todo su fruto?  
Disipa el hombre necio  
Este tesoro de infinito precio,  
Y hace inútil el don que ha recibido  
De ser sensible. Quando enternecido

## 17

Gime su corazon, la razon mira  
Estúpida el sepulcro, qual si fuese  
Un idiota, á quien no mueve ni admira  
Cosa alguna, por mas que le interese.  
Así es siempre para ella aquel terrible  
Language de la muerte incomprendible.(b)  
En esto pende que se desvanezca,  
Qual nube de verano apresurado,  
Nuestro dolor, por mas que nos parezca  
A los principios fuerte y arraygado.  
Gemimos al sentir el golpe fiero,  
A poco tiempo apenas arrojamos  
Un suspiro ligero  
Tal qual vez que nos viene á la memoria,  
Y al fin del triste amigo relatamos,  
Por divertirnos la funesta historia,  
Miéntras que la fatal campana suena  
Todo de ruido y alboroto llena :  
Mas luego que ella cesa, da al olvido  
El hombre su importuno pensamiento,  
Con la misma presteza que el sonido  
Finaliza esparcido por el viento.  
Pruébese el cielo alguna vez, queriendo  
Enderezar al hombre y enseñarle  
A que se tenga solo, á quebrantarle  
Aquel fragíl apoyo, en que gozoso  
Se estaba sosteniendo ;  
Verá como bien léjos, que animoso

## 18

Se levante del suelo,  
Abatido se entrega al desconsuelo,  
Por la tierra arrastrando,  
Y en el polvo sus penas lamentando.  
Mas no tardará mucho en aferrarse  
A otro segundo apoyo, que ligero  
Se quebrará lo mismo que el primero.  
Pero no cederá; querrá apoyarse,  
Si es menester, sobre una débil caña,  
Y á ella se enlazará con nueva maña.  
No os fieis de esa viuda dolorida,  
Que jura de llorar inconsolable  
La muerte de su prenda mas querida,  
Y mas digna de serlo:  
Su dolor no será siempre intratable,  
Si no quierdes creerlo,  
Ven conmigo despues que haya pasado  
El tiempo de su duelo riguroso,  
Y la verás correr alegremente,  
Bien que de luto, pero primoroso,  
Al parage á los bayles destinado,  
Y en él andar á caza de otro esposo  
Que ha de morir como el antecedente.  
¿Qué digo? Muchas veces la verémos  
Enlazarse al primer desconocido  
Que se presente, y renovar la oírémos  
Los juramentos, y la expresion fria  
De un lánguido cariño envejecido,

## 19

Procurando volver, si dable fuera,  
Con él á la lozana edad primera.  
Así una antigua cepa que ya habia  
Secado el tiempo, abraza  
A un jóven olmo, y florecer espera  
De nuevo, al paso que con él se enlaza.  
De este modo acabáron los lamentos  
De Aurelia, en el instante  
Que otro jóven amante  
La dió á entender sus tiernos sentimientos.  
Luego enxugó sus lágrimas hermosas.  
A su boca asomó la dulce risa,  
Y á sus blancas mejillas nuevas rosas :  
Se trocaron bien presto los vestidos  
De luto en los de boda mas lucidos.  
Así lloró Lorenzo á su Clarisa ;  
Aquella esposa bella que él amaba  
Con tanto exceso, y que perdió la vida  
Por darla al hijo tierno que anhelaba.  
¡O Narcisa querida !  
¡No te lloro yo así ! ¡Mas penetrante  
Fué mi fiero dolor ! Bien sabe el cielo  
Que de mi corazon, ni un solo instante  
Se ausenta el mas profundo desconsuelo  
Desde que te perdí. Mis reflexiones  
No tienen otro objeto que aquel triste  
Momento en que de mí te despediste.  
Entre todas mis crueles aficciones,



## 20

Esta es la sola que agotar me agrada.  
Quiero que de algun modo fructifique,  
Haciendo de tu tumba una sagrada  
Ara en que sacrifique  
A la sabiduría.  
Si una alma está totalmente vacía  
De reflexiones y de pensamientos,  
Pronto perece, así como arruinado  
Se ve caer por momentos  
Un desierto palacio inhabitado.  
El hombre ha de dar cuenta de sus penas.  
Son nuestros infortunios ricas venas  
De la felicidad, si los sabemos  
Aprovechar. Son medios concedidos  
Por el cielo á sus mas favorecidos,  
Para hacer de virtudes un tesoro.  
Estos mismos extremos  
De dolor con que á mí me ha atormentado,  
Son otros tantos bienes que me ha dado  
Los mas preciosos. Qual se apura el oro  
De su escoria en el fuego,  
Así la llama de las aflicciones  
Abrasa desde luego  
Del hombre las perversas aficiones.  
Quando la adversidad no es suficiente,  
Quantos medios el cielo ha discurrido  
Para sanarnos ya se han consumido ;  
Y así inmediatamente

## 21

Somos de su bondad abandonados,  
Qual enfermos del todo desahuciados.  
Así el hombre insensible, que al más justo  
Y amargo sentimiento nunca cede,  
Como el que débil tolerar no puede  
Sin desmayarse un mínimo disgusto,  
No merecen llegar á ser dichosos.  
Lo primero es de pechos inhumanos,  
Lo otro de afeminados y medrosos.  
Estad de vuestras lágrimas ufanos,  
Hombres, que por virtud podeis tenerlas,  
Quando la razon sabe contenerlas.  
¡O Dios benigno, no merece excusa  
El mortal, que obstinado  
En su loca aficcion á tí te acusa  
De sus males, y osado  
Desde el polvo se atreve á pedir cuenta  
Al juez supremo, al Ser por quien alienta!  
Un buen padre á sus hijos amonesta  
Y manda, mas no siempre manifiesta  
La razon que sus órdenes motiva.  
Su dicha está en hacer lo que él prescriba  
Sin exâmen alguno. Quiere darles,  
Mediante esta total ciega obediencia,  
Una nueva ocasion para premiarles.  
Pues no hay prueba mayor de dependencia  
A su autoridad justa y soberana,  
Que esta resignacion humilde y llana.

## 22

Así ¡O mi Dios, bendigo agradecido  
Aun tu mismo rigor! ¡Te doy llorando  
Gracias del golpe cruel con que has herido  
Mi pecho, á mi Lucia arrebatando!  
Si tu cólera truena, su fiereza  
Es para que sepamos, que si quieres  
Puede el rayo encontrar nuestra cabeza.  
Nos confortas al paso que nos hieres,  
Y tu venganza, de que tan sin juicio  
Murmuramos, es nuevo beneficio.  
Perdona, pues, las quejas desleales  
Con que he correspondido yo en mis males.(c)  
Males—¡O Dios benigno! ¡No han salido  
De tus manos! ¡Jamás los produxiste!  
¡Obras del hombre son! El extremado  
Número de ellos que en el orbe existe,  
A su libre albedrío se ha debido.(d)  
¡Y acaso tú para esto se lo has dado!  
Tú el abismo cerraste,  
Y su inmenso recinto con cuidado,  
De una noche espantable,  
Y de espectros horribles circundaste.  
Al rededor sonaba el formidable  
Trueno de tu ley santa.  
No obstante estos obstáculos, fué tanta  
Del albedrío nuestro la osadía,  
Que rompiendo sus puertas furibundo,  
Franca entrada á sus plagas dió en el mundo.

## 23

Somos de nuestras penas los humanos,  
Los únicos artifices. No habría  
Vicio, locura, error que se abrigasen  
En nuestro corazón, si nuestras manos  
Propias en su interior no los plantasen ;  
Y á pesar de esto á la naturaleza  
La imputamos que cria esta maleza.  
Quanto Dios hace es bueno. Son señales  
De su piedad sus mismas amenazas :  
Las penas que rehusas y rechazas  
Aterrado, no solo no son males,  
Sino ántes bien un medio poderoso  
Para que seas justo y venturoso.  
La muerte misma en buena. Si no fuera  
Por ella, el hombre al mundo desterrado,  
La inmortalidad nunca consiguiera,  
E inútilmente hubiera  
A la virtud su vida dedicado.  
Lo que se cree castigo, si se mira  
De un lado, de otro es un favor que admira ;  
Y lo que es en lo físico perjuicio,  
En el órden moral es beneficio.  
Un absoluto mal aquí no es dable,  
Ni un hombre totalmente miserable.  
¿Acaso esta ley propia no advertimos  
En el material orbe en que vivimos?  
¿Son por ventura solos sus hermosos  
Fenómenos y escenas de alegría,



## 24

Los que la gratitud del hombre exigen?  
¡No debemos dar gracias igualmente,  
Aun de aquellos trastornos espantosos  
Y desdichas que aterran cada día  
Su recinto, pues por todos se dirigen  
A nuestro mayor bien? Es evidente  
Que el tenebroso invierno es tan preciso  
Como la primavera, y el terrible  
Rayo que nuestra vista de improviso  
Espanta, con luz pálida, insufrible,  
No lo es ménos que el sol que nos recrea  
Con sus brillos y todo lo hermosea.  
Una inmóvil atmósfera cargada  
De vapores groseros,  
Contagiosa y mortífera seria.  
Las tormentas la dexan renovada,  
Y aun mas la apuran que los placenteros  
Alientos de los zéfiros. Vendría  
Tiempo en que el fuego enorme, contenido  
En las hondas entrañas de la tierra,  
Hiciese á sus cimientos cruda guerra,  
Si á veces con horrisono bramido,  
Por abiertos volcanes no exhalase  
Viva llama, y su furia desahogase.  
Así aun quando revienta el Etna horrible,  
Hace al hombre el servicio mas sensible.  
Mientras el ignorante  
Vulgo mira asustado algun brillante

## 25

Cometa, el sabio Astrónomo gozoso  
El tamaño calcula y la distancia  
De aquella estrella errante,  
Y rie á solas de la extravagancia  
Del que juzga que al público reposo  
Amenaza su aspecto,  
O el rastro luminoso  
De su sangrienta cola dilatada.  
La luna por las sombras eclipsada  
Sale de ellas con brillo mas perfecto.  
Lo mismo es la virtud. Qual negra nube,  
La prosperidad siempre la obscurece.  
La adversidad la rompe, y al instante  
La descubre mas clara y rutilante.  
La embriaguez de la fortuna sube  
Del hombre á la cabeza, y aparece  
Su falaz alegría en el semblante;  
Pero las dos tan vanas como el viento,  
Desampan al triste en el momento.  
A nuestra alma al contrario fortalece  
La adversidad, y aunque su rostro es duro,  
La inspira un gozo mas durable y puro.  
La virtud lidia siempre con la pena,  
Si ha de triunfar en esta vasta arena.  
Al atleta que en ella está luchando  
Con la desgracia, atentos  
Los cielos y la tierra estan mirando  
Como muestra de un hombre los alientos.

## 27

Qual se conoce el héroe en la sangrienta  
Batalla y el Piloto en la tormenta,  
Será de tí el virtuoso conocido,  
Quando de adversidad esté oprimido.  
;Qué ciegos somos los que no cogemos  
Fruto de nuestros males !  
Aquel que sufre mas de los fatales  
Golpes de la fortuna, debería  
Estar mas satisfecho. Desterrémos  
De nuestros pechos la melancolía :  
Fuera blasfemia escrita en nuestra frente  
Contra el Omnipotente.  
Estemos siempre quietos y serenos,  
Pero gozosos, si nos vemos llenos  
De desventuras. Nunca el hado fiero  
Arriesgue al que yo estime, acumulando  
Las fortunas sobre él, sin que primero  
Le vaya con desdichas enseñando  
El arte de gozarlas útilmente.  
Ya no creeré que sea  
Desdicha nuestra vida. Alegrementa  
Pagaré aquel tributo moderado  
Sobre ella impuesto, que el que la desea  
La ha de admitir con sus inseparables  
Aflicciones, ó de ella estar privado.  
Todos los que la dicha solicitan,  
Estar bien persuadidos necesitan,  
Que han de ser algun tiempo miserables,  
Antes que puedan verse en tal estado.



## NOTAS.

(a) Aquel erudito, cuya cabeza es una biblioteca portátil, cree aumentar la fertilidad del campo de su entendimiento, beneficiando su superficie sin regla ni moderación, y con esto no logra más que corromper ó ahogar la simiente, y dar motivo para que al tiempo de la cosecha esté el suelo cubierto de una multitud de plantas inútiles y dañosas, que han usurpado el puesto y la substancia destinados á la mies.

¿Qué dice el ingenio? Que el tener juicio se hizo para los tontos. El tal ingenio demasiado inflexible y vano para acomodarse á las reglas de la virtud, tendría la mayor complacencia en hacerla pasar por vicio: su gusto es alabarse de lo que avergonzaria á los hombres regulares. Pretende estar exento de las leyes de la moderación. Trata á la razón como á un vasallo sedicioso que quiere meterse á gobernar: desdeña toda ventaja que pueda serle comun con la muchedumbre. Le basta para lisonjear su vanagloria el poder tener juicio siempre que se le antoje: y satisfecho de sí mismo se entrega sin freno á los deleites: Craso no hace más que dormir: Ardelion está envejecido á fuerza de vicios—El verdadero sabio prefiere qualquier tonto á estos ingenios disparatados.

(b) La pasión ciega derrama sin regla y sin razón lágrimas que debieran expiarse con otras lágrimas. Ningun fruto sacamos de nuestras aficciones, que debían ser para nosotros la semilla de un gozo divino y eterno. Recorre la mitad del globo y verás que las lágrimas exprimidas de nuestros ojos



por la muerte, solo sirven para regar las vanidades de la vida, y hacer brotar nuevas locuras.

(c) ¡Quando todo el universo aplaude al Criador, solo el hombre desde un rincon de la tierra ha de turbar la armonía de este universal concierto de alabanzas con la disonancia de sus quejas? ¡No es acaso el mismo Dios que me dió mis amigos el que ahora se los lleva? ¡Ignoramos que si nos ha concedido estos amigos, ha sido para hacernos de algun modo felices en esta vida pasagera, y que quando nos priva de ellos es para avisarnos que nos preparemos á la vida futura? Castiga para asegurar nuestra felicidad; nos envia dolores para preservarnos de otros dolores mas terribles; y hace que la misma muerte nos libre de la muerte. La de nuestros amigos nos despierta del letargo; humilla nuestra soberbia; llena nuestros corazones de un temor saludable; y obliga á nuestros pensamientos á seguir el hilo de la virtud.

(d) La libertad del hombre es hija del cielo; pero el infierno la ha viciado. Dios de los portentos (sí despues del que hemos visto de tu amor queda otro que merezca este nombre,) tus órdenes no son sino unas seguras guias que dirigen la eleccion de la razon sin precisarla: tus preceptos todos, no son mas que unas consequencias remotas, pero necesarias de la ley natural. Has tenido la bondad de revelarlas al hombre: si se las hubieras ocultado, serian mas peligrosas sin ser menos ciertas. ¡Y qué nos has hecho para que tengamos en tí una total confianza! Tu conducta no da lugar á la mas ligera queja; no tiene otra falta que la de no tener alguna; no hallamos en ella un motivo que pueda autorizar la crítica del insolente vicio, ó servir de pretexto á la rebelde murmuracion. El infierno te alaba con sus horribles gemidos, como el cielo con la armonía de sus conciertos.

## DECIMAQUARTA NOCHE.

## LA MAGNANIMIDAD.

¡Qué saca el hombre de observar curioso  
El quadro dilatado y primoroso  
Que le presenta la naturaleza,  
Si su propia nobleza  
No ve grabada en su ámbito pasmoso ?  
¡Qué dicen quantos entes materiales  
Su espacio ocupan, al que los admira ?  
Claman que qualquier luz de inteligencia  
Merece una indudable preferencia,  
Aun sobre áquellos orbes celestiales,  
A cuyo brillo el firmamento gira :  
Que el hombre, pues su vasto entendimiento  
Alcanza con un solo pensamiento  
Al universo, y al que lo ha criado,  
Debe ser por mas grande reputado  
Que quantas maravillas en sí encierra  
La visible extension de cielo y tierra.  
Lorenzo, abre tu pecho ;  
Dilata tus deseos sin medida ;  
Ensancha el corazon ; juzgalo estrecho

## 30

Siempre que no se iguale á tu grandeza.  
No tengas oprimida  
Esa fuerza que á lo alto te endereza ;  
Esa elasticidad de un noble instinto ;  
Esas inclinaciones, que hermanadas,  
A otro mundo distinto  
E intelectual te impelen afanadas,  
A otra sublime esfera,  
En donde alegre la verdad te espera,  
Para enseñarte objetos,  
Dignos de tí, por todos los respetos,  
¡Y cómo tu alma puede,  
Siendo tan grande, mantener sujetos  
Sus ardientes deseos ; limitarse  
A esta tierra, á este punto imperceptible,  
Que á un átomo no excede,  
En la vasta extension de lo visible?  
¡Cómo puede llenarse  
Con cosa tan pequeña, su indecible  
Capacidad, al paso que comprende  
En solo un acto de su entendimiento  
La inmensidad de séres colocada  
Entre Dios y la nada?  
Siendo como eres inmortal ; suspende  
De tu viva ambicion el movimiento  
Y la sacia esta vida de un momento?  
Pues no te admires si eres desgraciado.  
El hombre fué formado

## 31

Para gozar de una infinita dicha;  
Mas esta está guardada  
Solo al alma en sus miras elevada.  
De la virtud, y de ella nos aparta,  
Guiándonos al mal y á la desdicha,  
Quanto es pequeño y vil, quanto coarta  
De nuestro corazon la vasta anchura;  
Tal es el vicio. Es solo una culpable  
Estrechez de nuestra alma, una palpable  
Falta de elevacion del pensamiento  
Que nuestra alta nobleza desfigura.  
Qual siempre el fuego impele sus ardientes (a)  
Llamas á lo alto, y nunca hácia la tierra,  
Así el alma con ímpetu violento  
Siempre aspira á subir, y si la aterra  
Nuestra fuerza, y la abate hácia los entes  
Perecederos, baxo el yugo gime  
Que su naturaleza duro oprime;  
Pero presto nos vemos castigados.  
Quando alcanzar la gloria presumimos,  
Tras su sombra arrastramos engañados,  
Y en la baxeza locos nos sumimos.  
¡Ves aquel miserable, que perdido  
El juicio, por la imágen seducido,  
Que los rayos del astro refulgente  
Pintan en ese lago, a'egremente  
A sus aguas se arroja por cogerla,  
Y queda hundido en el impuro cieno!



## 32

Tal es el hombre, que de ambicion lleno  
Se precipita por satisfacerla.  
¡O ambicion ! Tú eres manantial fecundo(b)  
De bienes y de males ! Qual las alas  
Sirven al ave, así tú á los humanos ;  
De estorbo y peso, sí rastreros vuelan  
Sobre la tierra ; pero si del mundo  
Se apartan, los remontas, los iguales  
A los altos celages mas lejanos.  
¡O tú infeliz mortal, á quien desvelan  
Las grandezas y empleos, deslumbrado  
Por una ambicion vana !  
Como Hércules soltó al encadenado  
Prometéo, pretendo yo soltarte  
De la alta roca, en que ahora,  
Qual otro buytre fiero, esa inhumana  
Pasion tu triste corazon devora :  
¡Sabes que esos honores, que engañarte,(c)  
Fingiendo que son bienes han podido,  
Por los quales suspiras encendido,  
Son verdaderos males ! Cuidadoso  
Aquellos que mas brillan examina.  
¡Qué es la corte del Rey mas poderoso,  
Sino una cárcel puesta en una altura,  
Desde la qual domina,  
Esclavo ilustre, á los desventurados  
Que habitan la llanura ?  
Como ellos, vive en incesante pena,

## 33

Arrastrando rendido su cadena,  
Y como los cuipados,  
De su encierro no sale de otra suerte,  
Que á sufrir la sentencia de su muerte.(d)  
Desde su alta prision no obstante exigen  
Esos Reyes, del pueblo que dirigen,  
Un respeto interior y verdadero,  
Una obediencia voluntaria y ciega,  
Que á veces este á su soberbia niega.  
¡Reyes! ¡Ministros! ¡Nombres venerables  
Sois para todo aquel que ama sincero  
El civil órden, y la ley divina!  
El hombre justo la cabeza inclina  
A vuestras dignidades respetables.  
La rodilla obsequiosos doblarémos,  
A esas augustas víctimas, que vemos  
Con Real pompa adornadas  
Para la sociedad, y precisadas,  
Por lo mismo que ciñen la corona,  
A servir desveladas  
Al vasallo mas baxo y desvalido:  
Pero si á su persona  
Desean que sinceros dirijamos  
Al mismo tiempo el interior afecto,  
Profesen la virtud. Solo es debido  
Al mérito este amor. Unicamente  
Al hombre, y nunca al Rey lo tributamos.  
El corazon á nadie está sujeto

## 34

Si no es á la virtud. Independiente  
De otro poder humano, solamente  
A su alto trono rinde vasallage.  
Solo unos insensatos sin talento  
Podrán, dexando la persona á un lado,  
Poner su estimacion en el follage  
Del externo ornamento,  
Y medir de un Monarca la grandeza,  
Por la Real pompa de que está rodeado;  
Al paso que si compran un fogoso  
Caballo, lo desnudan pieza á pieza  
Para valuarlo, del arnes precioso.  
¡Quánto nos mueve á risa,  
Por caer en hombre, ménos apreciable  
A nuestro juicio, el ver un miserable  
Gefe de una orda bárbara, orgulloso  
Con la piel de una fiera, que es divisa  
De su dignidad Real, y presumido,  
Por que de sus abuelos por herencia,  
Y no por otros medios la ha adquirido !  
¡Y acaso se halla tanta diferencia  
Entre este tosco adorno, y la brillante  
Púrpura, y el armiño, que es bastante  
A excitar nuestro escarnio, ó nuestro aprecio?  
¡Será el hombre tan necio,  
Qué porque de oro y seda esté vestido,  
Prefiera su alma, y superior la crea,  
A la que en burda lana envuelta vea ?

## 35

Qualquier ser inmortal que se envanece,  
Al verse sobre un reyno establecido,  
Mas vil y despreciable me parece  
Que Neron, quando el trono abandonando  
Del universo, andaba mendigando  
De un farsante el aplauso vergonzoso.  
Siempre la vanidad, del tenebroso  
Antro de la ignorancia se origina.  
¡Y qué es el hombre vano, si no un ciego,  
Que á conocer su propio ser no atina,  
Y que ver mas que todos imagina!  
Parece á una ave quando la han sacado  
Los ojos. Si la sueltan, desde luego  
A las nubes con vuelo arrebatado  
Verás que se remonta, y aparenta  
Que con la obscuridad su audacia aumenta.  
Dime, ambicioso, el puesto á que hoy aspiras;  
La suerte condesciende con tus miras.  
Ya lo posees: vuelve á exâminarte.  
¡Te ves mas alto que ántes por ventura?  
¡Dices que sí? Pues tu soberbia loca  
Te arrastra á que declares por tu boca,  
Que eres tan baxo, que para elevarte,  
Y poder en el mundo hacer figura,  
Sobre una basa es menester alzarte.  
Sea qual fuere me es indiferente:  
Lo que importa es saber tu propia altura.  
Solo esto debe ser considerado,

## 36

Para poder valuarte exáctamente.  
Colóquese á un pigmeo en la eminente  
Cima de un monte: se verá encumbrado,  
Pero no engrandecido;  
Su estatura será qual siempre ha sido.  
Una alta torre, por estar situada  
En un valle profundo,  
No es en sí misma ménos elevada.  
La grandeza, que debe todo el mundo,  
Tener por verdadera,  
Se limita del mérito á la esfera.(e)  
Si lo tienes, no buscas los empleos;  
Ellos mismos previenen tus deseos,  
Y tu admision imploran. Si profesas  
La virtud, eres mas que un Soberano;  
Eres hombre de bien. Sin tener oro  
O plata, eres señor de un gran tesoro.  
Sin blasones ni empresas,  
Puedes vivir de tu nobleza ufano.  
Tu gloria, de la suerte independiente,  
En la desgracia brillará igualmente.  
Nunca un altivo dueño  
La variará, con su favor ó ceño.  
¡Quánta lastima tengo á los mortales,  
Que despues que han logrado en los umbrales  
Entrar de la opulencia, caminando  
Por mil sendas torcidas,  
O que hácia los honores arrastrando

## 37

Vilmente, han conseguido  
Sus ambiciosas miras ver cumplidas,  
Pretenden insultarnos,  
Y con soberbio gesto dominarnos!  
¡Cuán fragil es el bien que han adquirido!  
¡Cuán despreciable gloria  
La que su brillo y falso colorido  
A la fortuna debe, y cuya suerte  
Es apagarse á un soplo de la muerte  
Sin dexar ni una sólida memoria!  
Todas las distinciones que apreciamos  
En esta vida corta y miserable,  
Son solo una corteza despreciable,  
Que á nuestro ser por fuera le aplicamos,  
Pero que unir con él jamas logramos.  
Arranquemos, pues, pronto el engañoso  
Oropel, con que cubre la fortuna  
A los grandes del mundo. Despojemos  
Sus personas de adornos. Una á una  
Sus brillantes insignias separémos,  
En sus desnudas almas penetrando  
Hasta dar en lo vivo.  
Así, lo que les queda exâminando,  
De su grandeza ó pequeñez, podrémos,  
Formar un juicio exâcto y decisivo.  
Nunca seduce al sabio el aparato  
De los conquistadores mas pomposo.  
Le da lástima y risa el orgulloso

## 38

Gesto, con que durante un breve rato,  
En el teatro del mundo se presentan  
Estos fieros actores, colocados  
Sobre altos tronos, á los admirados  
Ojos del vulgo estúpido, y ostentan  
Un poder momentáneo, preparando  
Sas tragedias horribles, y anegando  
En sangre vastos reynos invadidos,  
Para su ambicion ciega, aun reducidos.  
Para juzgarlos, siempre se traslada  
De su sepulcro á la última morada,  
En donde, del telon un cabo alzado,  
Ve detras de la escena derribado  
El actor de su basa,  
Sobre la qual le pareció un coloso.  
Allí á la luz escasa  
De la fúnebre lámpara, le mira  
Reducido á su altura verdadera  
Mucha ó poca, segun vivió virtuoso,  
O siguió de los vicios la carrera,  
Y del mundo el errado juicio admira.  
Todos aquellos locos que pretenden  
Engrandecer su nombre, destruyendo  
Con sus conquistas el linage humano,  
De la clara verdad se desentienden,  
De que la dignidad del hombre empieza  
En donde acaba el ostentoso estruendo  
Del poder soberano,

## 30

Y al paso que á la gloria se endereza  
Su ambicion, lo sepulta en la baxeza.  
Sueñan que hasta el empireo alzan el vuelo,  
Quando se precipitan hácia el suelo.  
Abstengámonos, pues, de echar en cara  
A los gentiles como crueldad rara,  
Que sus aras regasen  
Con sangre de los míseros humanos.  
De h r r se llenarian, si mirasen  
Los raudales que de ella cada dia  
Con agran muchos Príncipes cristianos,  
A un vano orgullo, ó frívola porfia.  
;O Reyes, de la paz siempre enemigos,  
Que armados, sin cesar estais llamando  
Sobre vuestros vasallos miserables  
Los atroces castigos,  
Las p agas de la guerra formidables '  
Sabed que solo es héroe verdadero,  
Aquel que nunca sino suspirando,  
Y quando dura precision le guia,  
Desenvayna el acero,  
Y lo depone lleno de alegria ;  
El que detesta la sangrienta guerra,  
Y ama la paz. El solo es en la tierra  
El verdadero Rey, el que hasta el cielo  
Ve e evarse su trono desde el suelo.  
Nunca perdais de vista la postrera  
H ra de vuestra vida;

## 40

Ella os dirá sincera  
El precio en que merece ser tenida.  
Vuestro pueblo os espera  
A orillas del sepulcro, para daros  
Elogios, ó severo condenaros,  
Segun lo merezcáis. Haced que abiertas  
Esten á esta verdad siempre las puertas  
De vuestro Real palacio.  
Por mas que numeroso  
Sea el concurso que á obsequiaros venga,  
Haced que siempre tenga  
La imágen de la muerte algun espacio,  
En que asistir, y dadla con reposo  
Audiencia cada dia.  
Sabreis por este exacto confidente,  
Quanto os calla la baxa villanía  
De la restante corte lisonjera.  
El os declarará sinceramente,  
Quanta es vuestra grandeza verdadera,  
Y á cada uno dirá: “Tú, que un momento  
Tan solo tienes para hacer dichosos  
A tus vasallos, ocuparlo intentas  
En ser azote del linage humano<sup>t</sup>  
Mira el orígen, y el fallecimiento  
Comunes á los Reyes mas gloriosos  
Con el hombre mas vil, y echa tus cuentas  
De lo que vale el resplandor mundano.  
Leche, y pañales: tal es la primera

## 41

Peticion que tú hiciste,  
Qual los demas, á la naturaleza ;  
¡Y cuál será la súplica postrera,  
Quando tu vida de su fin no diste?  
Un sepulcro, que oculte en su estrechez,  
De tu inmundo cadáver la baxeza.  
Hallándote oprimido  
Entre estos dos extremos tan cercanos,  
La conquista de un mundo es poca cosa  
Para poder mover tu alma ambiciosa.”  
Quando Dios de su trono, al extendido  
Orbe vuelve sus ojos soberanos,  
No ve en él otro objeto mas augusto,  
Que el alma pura, el corazon del justo.  
Nada mas noble, nada mas precioso,  
Que las prendas ocultas que la obscura, |  
Sencilla vida del varon virtuoso.  
;Quán frívola es la gloria que procura  
Arrebatat el corazon ansioso  
De las pompas mundanas,  
Si se compara con la que ha sabido  
Grangearse aquel feliz desconocido.  
Que sin aduladores, sin rivales,  
Menospreciando distinciones vanas,  
Pobre de plata y oro,  
Posee de virtudes un tesoro !  
Oculto en su retiro á los mortales,  
Su alma con Dios estrechamente unida,

## 12

Disfruta en paz una tranquila vida,  
Y ve acercarse alegre y confiado,  
El término postrero,  
En que el campeón, el héroe maspreciado  
Pierde todo el valor, y el ceño fiero,  
Con que al mundo admirado, hasta aquel día,  
Inmortal, é invencible parecia.  
El hombre solo religioso y bueno  
Aquel golpe fatal sufre sereno;  
Pero no son así los cortesanos,  
Que ansiosos cercan á los Soberanos.  
Desdeña el ambicioso  
La gloria solitaria  
Que á Dios tiene por único testigo.  
Sostendrá valeroso,  
Aunque sea la mas extraordinaria  
Carga de ocupaciones, si consigo  
Los públicos aplausos le acarrear.  
Mostrara á veces tal desembarazo,  
Y tanta fuerza, que quantos le vean  
Juzgarán, que aun le queda sano el brazo  
Para mayores pesos. Pero cesen  
Los hombres de mirarle;  
Suspendan sus aplausos, y un momento  
En lo que haciendo está no se interesen;  
Su pujanza comienza á abandonarle;  
Presto esta en el mayor decaimiento;  
Se aflige, y muere, qual si no viviera

## 43

Por sí, y solo en los otros existiera.  
Fuera preciso para contentarle,  
Que el universo entero á sus pies puesto,  
De servirle de basa se gloriára,  
Y que á él únicamente todo el resto  
De los hombres sus cultos dedicára.  
¡Quánto peligra, el que con demasiado  
Ardor anhela verse celebrado!  
Entre todos los vicios, no hay ninguno  
Ménos diestro, ni mas inoportuno  
Para lograr el fin que se propone,  
Que la vanidad necia, que no pone  
Cuidado en ocultarse á nuestra vista.  
Quanto estar más cercana la parece  
Del deseado término, mas dista.  
El que da á conocer que con sobrado  
Ahinco los elogios apetece,  
La vanidad de los demas maltrata  
En el punto mas vivo y delicado.  
Con su imprudente presuncion ofrece  
A la malignidad del hombre innata  
El gusto de negarle lo que pide.  
Por lo mismo que quiere aventajarse  
A sus iguales, y orgulloso impide  
Que con él llegue alguno á compararse,  
Es inútil su esfuerzo, y al momento  
Que á lo mas alto piensa remontarse,  
Le derriban con ímpetu violento.



## 44

El público envidioso, se coliga  
Contra su despotismo, y se complace  
En humillarle en todo. En esta liga  
Entran hasta los hombres mas honrados.  
De su virtud se olvidan, é irritados,  
Su ofendido amor propio satisface  
Cada uno en él, y su ilusion castiga.  
En general los hombres, quando alaban  
A alguno, lo hacen siempre precisados,  
Y su elogio no acaban  
Sin añadirle quanto, en detrimento  
Del mismo, les ocurre al pensamiento.  
Si usa la fama de un clarin sonoro,  
A fin de publicar nuestra adquirida  
Gloria, la infiel, para nuestro desdoro,  
Va tambien de una trompa prevenida,  
Con que al oido del publico murmura  
De todas nuestras faltas sordamente,  
Y sus mismos elogios desfigura.  
Sin duda despertaramos cruelmente  
De los continuos sueños lisonjeros  
Que nuestro orgullo necio nos procura,  
Si todo quanto dice, á nuestro oido  
Llegára. El mismo nombre que glorioso  
Vuela entre los primeros,  
De concurso en concurso repetido,  
En el trato privado  
Del mundo malicioso,

## 45

Sufre quizá un desprecio declarado.  
Aun en la misma boca que ruidosa  
Le aplaude, se verá tal vez grabada  
La sonrisa mordaz, que venenosa  
A la honra agena de segura muerte.  
Nuestro amor propio es un republicano,  
Cuya alma siempre libre, y exáltada,  
Ama su independencia de tal suerte,  
Que odia como á un tirano,  
A todo el que se eleva con exceso.  
Mientras ciñe á sus sienes la anhelada  
Corona de laurel con una mano,  
Aprovechando astuto su embeleso,  
Tira con la otra de un puñal armada  
A hallar su corazon, y atravesarle.  
Como los asesinos del famoso  
César, se postra con artificioso  
Rendimiento á sus pies, para matarle.  
No es el solo insensato el ambicioso :  
Tambien lo son los sabios, ocupados  
En trasladar su nombre á los postreros  
Términos de la tierra.  
; Habrá quien de estos locos no se ria!  
La araña, que en texer sus delicados  
Hilos se agota, á fin que los ligeros  
Mosquitos caigan, y en su red se encierra,  
De su trabajo esclava, noche y dia,  
A su instinto á lo ménos obedece,



## 46

Pues la naturaleza no la ofrece  
Otro alimento mas, que el que adquirirse  
Sepa á puro afanarse y consumirse.  
¡Pero estos sabios qué es lo que desean,  
Quando toda su vida se atarean ?  
¡A qué agotar sus almas, fastidiadas  
En producir continuos pensamientos,  
En enlazarlos todos, ordenarlos,  
Y despues de texidos colocarlos,  
Con tal fatiga, en obras abultadas ?  
¡Qué sacan de este afan, que sus talentos,  
Y su tiempo consume, sino el vano  
Susurro de un aplauso pasajero ?  
¡Y á este susurro, que quiza primero  
Que él mismo acabará, atribuye insano  
De la inmortalidad el nombre augusto ?  
¡Hay trueque mas extraño y mas injusto!  
Sepa que hay casi siempre diferencia  
Del hombre grande, al hombre celebrado.  
El talento y la ciencia,  
Por mas que su valor sea apreciado,  
Nunca sin la virtud, son suficientes  
A dar á un hombre, entre las otras gentes,  
Una distincion tal, ó preferencia,  
Que verdaderamente sea honrosa.  
Quando mas en sus alas confiamos,  
Para volar al templo de la gloria,  
Si de un corazon recto no gozamos,

## 47

Ambas, flaqueando, con ignominiosa  
Ruina, nos precipitan de la altura.  
Para eterna memoria  
De nuestro deshonor, queda elevado,  
Qual patíbulo, el punto á que la fama  
Nos ha subido, á fin que la futura  
Generacion, al ver como se infama  
Al que, sin merecerlo, vuela osado  
A la cumbre eminente,  
De semejante audacia se escarmienta.  
Cada vez que á mis solas considero  
Uno de aquellos míseros mortales,  
Dotados de talentos celestiales,  
De un ingenio sublime, que ha aturdido  
Con su ruidoso nombre el orbe entero,  
Mas cuyo corazon, vil, corrompido,  
De los vicios mas torpes es el nido,  
Se me figura ver una brillante  
Porcion de luz celeste, que arrojada  
De su alta esfera yace sepultada  
Entre el polvo y las ruinas.  
Me siento, á un mismo instante,  
De lástima, y de pasmo penetrado,  
Mas con todo no envidio las divinas  
Dotes de aquel ingenio desgraciado.  
Sin la virtud, los mas vivos talentos  
No son en manos de la ambicion fiera,  
Sino unos instrumentos

## 48

Resplandecientes, mas perjudiciales,  
Con que cubre de males,  
Y afamados delitos nuestra esfera.  
Se sirve de ellos, para unir la gloria  
A la infamia. En los fastos de la historia  
Vemos, que casi siempre, las mayores  
Plagas del mundo, tienen  
A los grandes ingenios por autores.  
Rara vez, tales extravíos vienen  
De un ingenio vulgar y limitado.  
Mas, ¡qué gloria resulta al que dotado  
Se encuentra, como el célebre Agustino,  
De un talento divino,  
Si está de sus virtudes despojado ?  
La rectitud de entendimiento es vana,  
Si el corazón es falso y corrompido.  
Solo á este de derecho pertenece  
Toda celebridad. Si no está sana  
Esta parte del hombre, no merece  
Sino ser sepultado en el olvido.  
A la razón la toca gobernarnos,  
Para que con los medios acertemos :  
A los afectos naturales, darnos  
Fuerza y valor para que executemos :  
Mas siempre debe ser la virtud sola,  
El fin postrero en todo quanto obremos.  
Si este fin nuestras obras no acrisola,  
Si es vicioso; los medios totalmente



## 49

De mérito carecen, y logrado,  
Hace al que lo consigue delinquiente.  
La rectitud del fin, y la armonía  
Entre los medios y él, son el dechado  
En que trabaja la sabiduría.  
Todo aquel que á los vicios prostituye  
Las luces con que el cielo le ha dotado,  
No solo no merece el alto nombre  
De sabio, ó de grande hombre,  
Clase que todo vicio de sí excluye,  
Mas es un ser totalmente imperfecto,  
El bosquejo de un hombre aun incompleto,  
En fin, un monstruo de la especie humana.  
¿Cuál es la gloria, pues, correspondiente  
Del hombre á la excelente  
Dignidad? Sola aquella que dimana  
De la virtud, que solo pertenece  
A el en el mundo, y de la que carece  
Todo ser de inferior naturaleza.  
¿Y es el caracter este por ventura,  
De la que el necio público asegura  
A las conquistas, con que se estremece  
La tierra, ó del ingenio á la viveza?  
¿No podrán de su fuerza y su destreza,  
Como los racionales,  
Alabarse los brutos animales?  
¿Si puede adquirir gloria verdadera,  
El hombre á objetos viles limitado,

## 50

Que nunca sale de la estrecha esfera  
De las cosas terrenas y sensibles,  
No habrá bosque, que no se halle poblado  
De sabios, y guerreros invencibles?  
Y esa recta postura,  
Que nos ha dado la naturaleza,  
Para que nuestras almas no inclinemos  
A la tierra: esa frente que endereza  
La vista siempre al cielo; ¡ por ventura  
Son las únicas prendas superiores,  
De que sobre las bestias nos gloriemos ?  
¡ No hay otros atributos aun mayores  
Que poseamos exclusivamente ?  
¡ No está ahí nuestra razon, cuya sublime  
Fuerza, los cortos límites pasando  
De este tiempo presente,  
En que su ardor el torpe cuerpo oprime,  
Y á lo futuro el vuelo apresurando,  
Aspira ansiosa aun á la misma esencia  
De la virtud, y á su inmortal herencia ?  
Si entre todos los hombres existiese  
Solo uno á quien hubiese  
El cielo á inmortal vida destinado,  
¡ Qué envidia los restantes le tendrían ?  
¡ Cómo aun los Reyes se le postrarían ?  
¡ Y se habrá esta gran prenda envilecido,  
Por lo mismo que á todos se ha franqueado ?  
Venid acá hombres vanos,

## 51

Indignos de este don, con que ha querido  
El cielo distingueros :  
¡ Podedis desconocer vuestros hermanos,  
En esos mismos hombres que en serviros  
Se ocupan ? Si de afrentas y desprecios  
Continuamente los estais saciando,  
¡ No os estais á vosotros afrentando ?  
¡ Y esclavos los llamais ? ¡ Tiranos, necios,  
No ménos que feroces ! ¡ qué habeis dicho ?  
¡ Por qué les dais un nombre  
Tan vil ? ¡ Cada uno de ellos no es un hombre,  
No obstante vuestra bárbaro capricho ?  
¡ Podedis negar que son vuestros iguales ?  
¡ O sois acaso dioses celestiales ?  
¡ Quién podrá creer, que la naturaleza  
Haya sido capaz de la extrañeza,  
De hacer tan extremada diferencia  
De suerte, entre dos seres, cuya esencia  
Es de la misma especie exactamente ?  
Esto no es mas, que darnos un monstruoso  
Confuso quadro del linage humano,  
En que el hombre se esconde, entre un copioso  
Complexô de ropages, y la mente  
Inmortal que le anima, está olvidada.  
Creeme. Si quierdes que tu orgullo insano  
Sea fundado y juicioso,  
Colócalo en aquello, que te acerca  
A esa desventurada

## 52

Turba de humildes siervos que te cerca,  
Y en lo que te es comun con los restantes  
Séres, tus semejantes.  
El poseer un alma destinada  
A la inmortalidad ; contar ufano  
Otro ser inmortal en cada hermano :  
Como amigos mirar, y compañeros  
A espíritus, con quienes algun dia  
Te has de unir, de mas alta gerarquía ;  
Tener por comun padre aquel Dios mismo,  
Que lo es suyo ; estos sí son verdaderos  
Titulos, que te elevan del abismo  
Profundo de miseria, en que ahora gimes,  
Del cielo á las regiones mas sublimes.  
;Y quan grande tambien no es el desdoro  
Del alma, cuya estúpida baxeza  
Hace su Dios del oro,  
Que el tiempo unido á la naturaleza,  
De un vil polvo ha forjado,  
Y con brillo aparente transformado !  
Tales hombres del todo embrutecidos,  
Que una insaciable eterna sed devora  
De riquezas, de la una á la otra aurora,  
Qual forzados trabajan por lograrlas :  
Nunca descansan ; siempre sumergidos  
En la ignominia, aunque sin disfrutarlas,  
Se dan con recogerlas por contentos,  
Y ahogan los naturales sentimientos

## 53

Del pundonor, mirando indiferentes  
Ser el escarnio de las demas gentes.  
¡Infelices esclavos, que cargados  
De aquel metal inútil, en manada,  
La muerte aguija airada  
Delante de ella, hasta la sepultura,  
Sois los mas locos y desventurados,  
Entre quantos padecen de locura!  
¡Quál, pues, será ó mortal tu verdadero  
Tesoro! El oro mismo te responde.  
“ No lo soy yo, te grita,  
No te engañe mi brillo pasagero.  
Si enriquezco la tierra que me esconde,  
Soy pobre para tí. No necesita  
Tu ansia, buscarlo en las profundas minas,  
Que la India oculta en su remoto suelo.  
Dentro de tí es, en donde  
Lo hallarás escondido :  
En esa alma tan rica de divinas  
Prendas : en ese espíritu, que al cielo  
Donde nació, ha de ser restituido.”  
¡Qué riquezas encierra  
Cada sentido tuyo!  
Baxo el dominio suyo,  
Abarcan entre todos cielo y tierra.  
Por medio de ellos gozas la hermosura,  
Los bienes todos, que en su vasta anchura,

## 54

Ha producido la naturaleza.\*  
¡ Mas qué digo? Ella misma á tus sentidos  
Debe su valor todo, y su belleza :  
Ellos son los que dan esa dulzura  
Exquisita á la fruta, á los floridos  
Campos la variedad de sus colores :  
De ellos viene la suave melodía,  
Con que hechizan los bosques, sus cantores  
Alados, y te llenan de alegría :  
Ellos producen el resplandeciente  
Brillo del oro, y aun á su luciente  
Padre, al sol que lo cria,  
La luz le prestan, con que el espacioso  
Orbe alumbra en su rápida carrera.  
Ese átomo invisible y milagroso,  
Ese céntrico punto de la esfera  
De tu ojo, abraza en sola una mirada  
La inmensa perspectiva  
Del orbe, que en él cabe retratada.  
Es qual deidad, que para tí produce  
La hermosura en el orbe derramada.  
Tu vista sola su existencia aviva.  
Sin la magia de que usan tus sentidos, †  
La extension de la tierra se reduce  
Toda, á un caos informe de esparcidos

\* Véase la advertencia que precede á la decima  
tercia Noche.

† Idem.

## 55

Cuerpos, que cubre un velo tenebroso.  
Ese esférico techo prodigioso,  
Cuya inmensidad cierra todo el mundo,  
Es el lienzo de un quadro, á que el fecundo  
Ingenio ha de dar forma y colorido.  
El hombre es el pintor: cada sentido  
Es un pincel, con que los rasgos traza.  
Las figuras varía, distribuye  
Los matices, y todo lo concluye.  
La belleza de todo quanto abraza\*  
El orbe, es obra suya privativa.  
Dios pone al hombre entre esta muchedumbre  
De objetos muertos, qual celeste lumbre,  
Qual alma universal que los aviva.  
Y él, como otro Narciso enamorado  
De su imágen, al verse retratado  
En la onda clara, estúpido se admira,  
Siendo así que sus propias obras mira.  
¡Se desdeñará el hombre por ventura,  
De buscar en el fondo de su esencia,  
Esa alma, esa luz pura,  
Por medio de la qual se hacen sensibles  
Para él, las maravillas indecibles,  
Que fuera de él disfrutan de existencia!  
¡Y qué inmensos tesoros encerrados  
En su imaginativa! El mismo mundo,

\* Véase la advertencia que precede á la decimatercia Noche.

## 56

En que pasean á su gusto holgados  
Los sentidos, es aun sobrado estrecho,  
Para que quepa en él su ardor fecundo.  
Sálese del: engendra en un instante  
Otro universo, mucho mas brillante  
Que el que ha visto; del tiempo, con despecho,  
Los limitados términos saltando,  
Vuela á su arbitrio á la mayor altura,  
O hácia el abismo rápida baxando,  
Del espacio recorre la llanura  
Inapeable, y de una sola ojeada  
Comprehende toda la extension criada.  
Mas allá pasa. Ya oye claramente  
La voz, con que el ser da el Omnipotente,  
A lo que no lo tiene. Arrebatada  
Le sigue hasta la orilla de la nada.  
A la grande obra asiste, y observando,  
Ve los mundos moverse á toda prisa.  
Rápida parte apénas los divisa,  
Y el indecible espacio atravesando  
De sus futuras suertes, los espera  
De la eternidad misma á los umbrales.  
Ya suenan, sus oidos atronando,  
De la última trompeta los fatales  
Acentos, y admirada considera  
La dilatada fila  
De las generaciones, que desfila  
Ante el divina Juez que ha de juzgarlas,

## 57

Y á eterna vida ó muerte destinarlas.  
Aun no la satisface esta pasmosa  
Muchedumbre de objetos.  
Qual si una deidad fuera poderosa.\*  
De una voz, y ve al punto sus efectos.  
Salen de los abismos mas profundos  
De la nada, al oirla, nuevos mundos,  
Y se presentan en el refulgente,  
Y cristalino espejo de su mente.  
Aun no para la vasta fantasía.  
No solo para sí se hacen visibles  
Las cosas que no existen en el día,  
Ni existirán, sino aun las imposibles.  
¡Qué de riquezas no verás patentes  
Del hombre en la memoria! Ella da vida  
A la serie de siglos fenecida :  
Da cuerpos á los entes,  
Que de este mundo han desaparecido:  
Anima sus imágenes, colora  
Todas sus partes, saca del olvido  
Quanto el tiempo solícito devora.  
El momento presente, á su mandato,  
Tiene que repetir quanto ha pasado,  
En los que á su existencia han precedido.  
Padezca el mundo todo un desconcierto  
Universal, ó quede aniquilado,

\* Véase la advertencia que precede á esta Noche.

## 58

Y dexé al hombre solo en su desierto  
Espacio, que con esta prodigiosa  
Facultad que le quede,  
A su arbitrio otra vez sacarlo puede  
De la noche del caos tenebrosa.  
; Mas qué poder se observa en el humano  
Entendimiento! Como soberano  
De la imaginacion y los sentidos  
Por sus órganos todos esparcidos,  
Estos agentes inferiores cita  
Ante su tribunal. Allí severo  
Sus actos examina, los aprueba,  
O si no lo merecen, los reprueba :  
Apura la infinita  
Masa de materiales, que ligero  
Cada uno le presenta  
La trabaja, la afina, y con atenta  
Prolixidad, en la balanza justa  
De la verdad, su resultado pesa.  
De este forma todo arte, y toda ciencia  
A él sus leyes ajusta,  
Y los gobiernos en que se interesa  
De los reynos la dicha y la existencia.  
Es el ingenio humano  
El que á la sociedad da el fundamento,  
Y todos sus adornos ; á su mano  
Deben sus muelles todo el movimiento.  
El hace que la vida, y la alegría

## 59

Circulen en su cuerpo dilatado ;  
Mas ¡ por qué tantas veces se desvia  
Con fatal excepcion de su camino,  
Y dexa lo moral abandonado ?  
El nos traslada con pincel osado  
El quadro primoroso  
De las ideas, y del plan divino,  
Con que hizo el mundo el Todopoderoso.  
¡ Qué energía, qué impulso prodigioso  
Se observa en todas nuestras facultades !  
¡ Qué actividad para reproducirse,  
Y volver sin cesar á dividirse !  
¡ Qué fuerza, aun en las mismas veleidades  
De las pasiones vastas, que nos mueven !  
¡ A qué trabajo ó riesgo no se atreven,  
Por lograr el objeto deseado !  
¡ Y de qué noble libertad dotado  
No está el hombre, pues tiene de su suerte  
La eleccion en su mano,  
Y es de sus actos dueño soberano !  
¡ Qué falta á esta estupenda criatura,\*  
Para que con qualquiera otra compita,  
Sino el estar exénta de la muerte ?  
Pues tambien goza de este don precioso,  
Que los demas corona y asegura.  
Pero aun se necesita,

\* Véase la advertencia que precede á la decimatercia Noche.

## 60

Que al paso que inmortal, sea dichoso :  
Pues en su mano está, siempre que quiera.  
Dime, ó mortal, ¿conoces por ventura  
La virtud? pues esta es la que al presente.  
Si apeteces la dicha verdadera,  
Te la da, y en la vida venidera.  
Este sí, es tu tesoro permanente,  
De todo azar y riesgo independiente  
Cada día podras acrecentarlo,  
Si quieres, sin temor que el despotismo,  
O la codicia puedan usurparlo.  
Mas aun de su valor has de enterarte.  
¿Sabes lo que con el puedes comprarte?  
Admírate. No ménos que á Dios mismo.  
¿Qué necesitas di, con tal riqueza,  
Del oro? ¿Que hace el oro sino darnos  
Cada día mas hambre, y aumentarnos  
Con las necesidades la pobreza?  
¿Infe iz! Ven acá: ¿Por qué te afanas  
En recoger para otros? Al momento  
Que ese pulso tan débil, que no bate  
Sino por un prodigio, el movimiento  
Del todo pierda, esas riquezas vanas  
Que amontonaste, y de que f iste en vida  
Triste esclavo, por último remate,  
Despues de ser saqueadas,  
Y entre gentes extrañas derramadas,  
A una mano tal vez aborrecida

## 61

De tí, irán á tener su paradero,  
Y su nuevo señor será el primero,  
Que insulte y escarnezca al insensato,  
Que se dió por dexárselas tal trato.  
No esperes hallar paz en la opulencia.  
A proporcion que el hombre se enriquece,  
Su voraz ansia crece ;  
Con los mismos arbitrios que él emplea  
Para adquirir, aumenta su indigencia,  
Y se irrita su indómita codicia.  
¿Y quién es el que sabe reprimirse,  
Si una viva pasión le lisonjea ?  
Qual exâctor severo la avaricia,  
Léjos de reducirse,  
Una nueva tarea cada instante  
Nos impone, cargándonos constante  
Unas tras de otras, hasta que espiramos.  
Así quando mas cerca nos creemos  
Del punto, que al reposo destinamos,  
Mas distante que nunca lo tenemos.  
El que es pobre, siquiera no padece  
Mas que sus verdaderas privaciones ;  
Pero el rico es dos veces desgraciado,  
Pues el número de estas siempre crece  
Con otras mil, que son solo invenciones  
Forjadas por un gusto ya estragado ;  
Y ademas sus deseos que sin cuento

## 62

Se multiplican, son nuevo tormento.  
La excesiva opulencia es dura carga,  
Que sofoca la dicha, ó que la oprime ;  
La medianía sola nos exime  
De pena tan amarga.  
Lo necesario es la única medida  
Justa, de nuestros gustos verdaderos :  
En el punto que el hombre de ella exceda,  
Dexa ya de gozar, aunque divida  
Con él todos sus dones lisonjeros  
La prospera fortuna.  
Saciados sus sentidos, no les queda  
Cabida en que reciban cosa alguna.  
La abundancia de bienes demasiada,  
Qual la agua en un estanque congregada,  
A la que de una vez se abre salida, .  
Da por pocos momentos  
Un corto impulso á nuestros movimientos,  
Y sensibilidad adormecida ;  
Mas no dura su fuerza pasagera.  
Por mas que en superar nos empeñemos  
Las fuerzas limitadas,  
Que la naturaleza nos ha dado,  
O en salir de la esfera  
De nuestras facultades, nunca vemos  
Nuestras vanas ideas realizadas.  
Antes despues de habernos fatigado  
Sin fruto, nos hallamos nuevamente

## 63

Metidos en el círculo ceñido  
De aquellas sensaciones generales,  
Y comunes á todos los mortales.  
Mira, como la abeja diligente  
Nunca saca mas xugo del florido  
Barquete, que el que puede meramente  
Sobrellevar su débil contextura ;  
Tampoco el hombre puede hallar dulzura  
En los objetos, siempre que cumplida  
Está de sus sentidos la medida.  
Y así siempre le vemos castigado  
De esta insaciable irregular codicia,  
Que de su razon misma le enagena,  
Pues encuentra, chasqueado,  
Solo fastidio y pena,  
Al buscar en sus fuentes la delicia.  
La alegría, quando es desenfrenada  
Va á dar con el dolor en derecha ;  
Y qualquier sensacion muy exáltada  
Llega á hacerse mortal, si un poco dura.  
La salud, y el vigor de cuerpo y alma,  
Se hallan en los placeres moderados,  
Que la virtud permite ; en una calma,  
Tan pura y deliciosa,  
Como una noche de verano hermosa.  
En esto estan cifrados  
Todos los bienes, con que la presenta  
Vida puede contar únicamente.

## 64

El mortal que los goza, en su faena  
De adquirir otros cese, bien seguro  
De que tiene la copa ya colmada  
De la dicha terrena,  
Y de que es vano apuro  
Llenarla mas, pues ya no cabe nada.  
Quanto quiera añadirla su codicia  
Es superfluo: otro tanto desperdicia.  
Sin fruto intenta el rico presuntuoso  
Deslumbrar á los sabios, abultando  
A su vista el volúmen engañoso  
De su felicidad: pues penetrando  
En su interior, conocen la mentira  
Con que á cegarlos su soberbia tira.  
La ciencia á proporcion de lo que aumenta  
Hace palpable al hombre su ignorancia:  
De la misma manera la abundancia  
De riquezas, al rico hace que sienta  
Lo estrecho que es el círculo, que abraza  
Quantos deleytes gozan los humanos.  
Todos aquellos bienes en sus manos,  
No son mas que juguetes despreciables,  
Con que en niñez perpetua se solaza,  
Hasta la sepultura embebecido.  
El hombre que en los límites estables  
De la naturaleza se contiene,  
Difícilmente se verá afligido  
De la pobreza; y al contrario viene

## 65

En ella siempre á dar, el que se aleja  
De la moderacion, y codicioso  
Por sus caprichos conducir se dexa.  
Para el que así se porta, la fortuna  
Se vuelve el acreedor mas riguroso.  
Aquel que ha enriquecido se convierte  
En deudor suyo. No hay hora ninguna  
En que no esté temblando el miserable,  
Que los atrasos de su feliz suerte  
Venga á cobrar, puntual é inexôrable.  
El buscar nuestra dicha en la opulencia,  
Es querer imitar en la demencia  
Aquel bruto sagaz, que se divierte  
En remedar quanto á su vista hacemos.  
¿Quántas veces le vemos,  
Equivocar la imágen, que estampada  
Un cristalino espejo le presenta,  
Con el original que representa ?  
Fixa en ella la vista sorprendido ;  
En cogerla se empeña, y estirada  
La mano, lo registra inutilmente  
Por todos lados, por la espalda y frente,  
Sin tocar el objeto apetecido ;  
No puede concebír, que es una sombra  
Impalpable, y al paso que se asombra,  
Se obstina en perseguirla enardecido.  
El alma unicamente  
Es del hombre el tesoro. No creciera

## 66

Aunque á él un mundo entero se añadiera ;  
Como tampoco un punto decaeria,  
Por mas que al universo, de repen e  
Sobreviniese la última agonía.  
El sabio, el varon fuerte,  
Que á sola la virtud tiene por guia,  
De los hados se rie y de la muerte ;  
Cierto de que aun despues de que concluya  
Con su carrera la naturaleza,  
Continuará glorioso con la suya.  
¡Qué es de un Rey el magnífico dictado,  
Con el título de hombre comparado?  
Siglos innumerables con presteza  
Los unos á los otros sucediendo,  
Podrán pasar delante  
De nosotros, mas nunca suprimiendo  
De nuestra duracion un solo instante.  
Una mañana que jamas declina  
Hacia la tarde : una vital carrera  
Que nunca se termina,  
Y en que el espacio andado,  
De ninguna manera  
Disminuye el que aun no se ha pasado.  
Una feliz eternidad entera ;  
¡ No son, decidme, privilegios tales,  
Que convengan á dioses inmortales ?  
Pues ¡ O Reyes ! sabed, que pertenecen  
Como á vosotros, al menor vasallo

## 67

De los que vuestras leyes obedecen.  
Conoced, pues, que son vuestros iguales.  
Si alguna cosa en que coloqueis hallo,  
Una justa y fundada vanagloria,  
Es en sentir esta verdad notoria.  
Ellos son qual vosotros inmortales,  
Y son vuestros hermanos.  
¡Qué derechos les dan, tan soberanos  
Dotes, á vuestro amor el mas ardiente !  
Si fuereis nobles, si en vuestro eminente  
Trono tuviere la virtud abrigo,  
En cada uno vereis un tierno amigo.

---

  
NOTAS.

(a) El mundo trastorna la naturaleza de las cosas, y substituyendo el error á la verdad, forma una nueva especie de sabiduría, cuya apariencia engaña, y que logra acreditarse, aun entre las gentes que tienen reputacion de juiciosas. El que solo es juicioso en parte, es loco en el todo. Esta regla nos dará á conocer que el que es á los ojos del mundo mas sabio, es insensato, el mas rico pobre, el que cree ser mas ambicioso, no tiene ambicion, y que el hombre puede ser baxo y vil, aunque sentado en el trono.

(b) ¡Cómo puede el tiempo impedirnos la vista de la eternidad? ¡Oculta acaso un grano de arena, la vasta extension del océano, ó un terron de tierra el orbe inmenso del sol?

## 68

(c) No conoces la ambición; solo ves su exterior que te enamora, pues si la vieras como es en sí, te horrorizarías como si vieres un monstruo.

El penacho con que la fortuna ha adornado tu cabeza, puede ondear sobre los demás, y distinguirte de la turba; pero la verdadera gloria no consiste en semejante distinción.

(d) Un hombre elevado por su clase ó dignidad, es un mendigo soberbio, que hace él altivo al pedir limosna.

(e) Sola la virtud puede erigir monumentos eternos: durarán aun despues que las pirámides de Egipto se hayan arruinado—¿Cuál es el fundamento de estas verdades? La inmortalidad del alma.

## DECIMAQUINTA NOCHE.

## EL MUNDO.

¿QUAL es el premio, que con tal ceguera  
A proseguir la rápida carrera  
Del mundo nos excita,  
A pesar del estruendo  
Que nos aturde, del nublado horrendo  
De polvo, que el aliento nos impide,  
Y del cansancio que nos debilita?  
Jamás reflexionamos, cuando delegado  
Es el telón, que el teatro de esta vida  
Del sepulcro divide.  
Veo al soberbio andar de uno á otro lado,  
Mendigando las públicas miradas;  
Al voluptuoso tras la apetecida  
Presa de algún placer, precipitado,  
Acabar con sus fuerzas agotadas;  
Otros locos más tristes, que sedientos  
Del oro, ó del poder, corren sin tino  
Por el árduo, el más áspero camino:  
Y aunque cada uno de ellos con intentos  
Diversos; todos igualmente insanos,



Esta ilusion brillante. Sumergida  
Con el hombre será en el hondo abismo,  
En que de negras sombras circundada,  
La cruda muerte tiene su morada.  
; Quán frágiles que son, quán pasajeros  
Los bienes de la tierra, el hombre mismo,  
A cuyo gusto sirven lisongeros !  
El mundo es un pais de apariciones ;  
Los hombres otras tantas ilusiones,  
Y vanas sombras, que precipitadas  
Corren á competencia,  
En busca de otras sombras apartadas,  
Que aun tienen mucha menos subsistencia  
El hombre á quien la frívola alegría  
Domina, y el que serio, cada dia  
Consume en bagatelas trabajosas,  
Padecen igualmente de locura.  
Ambos van á caer, este cruzando  
Un yermo triste, aquel atravesando  
Prados llenos de flores olorosas,  
El uno con soberbia y con mesura

## 71

Las plantas imprimiendo perezosas,  
Y el otro alegre sin cesar baylando,  
De un propio abismo en el profundo centro.  
;O Lorenzo! pues ves que ya á tu encuentro  
Sale la eternidad, y que las vanas  
Grandezas de este mundo, en un instante  
Desaparecen, quales las livianas  
Ampollas, que del ayre el incesante  
Soplo, forma en las olas espumosas;  
;De qué te sirve, dime, tu brillante  
Cuna, todos tus bienes, las honrosas  
Dignidades, y toda esa grandeza  
Mundana, que nos dexa en la baxeza?  
Sobre agudas espinas  
Para buscar reposo te reclinas.  
Tu alma de mil quimeras embriagada,  
Aunque de crueles penas lastimada,  
En agradable olvido se adormece,  
Y con soñadas dichas se embebece.  
Romper pretendo este fatal encanto,  
Que al mundo te aficiona.  
El asunto es vulgar, pero mi canto  
No lo será, si aquella luz divina,  
Que invoco humilde, á mi favor se inclina.  
Del letargo que duro te aprisiona,  
;Quál te despertarás, quán espantado!  
;Cómo suspirarás por otros bienes,  
Mas verdaderos, que los que ahora tienes!



La historia abramos desde sus primeros  
Anales. ¡Qué hallaremos? repetidos  
De la suerte los juejøs, un remedo  
De sus actuales vueltas caprichosas,  
Y las necesidades imperiosas  
De la naturaleza:  
De la muger voluble las trayciones:  
Del hombré las mortíferas pasiones:  
De su horrible venganza y su fiereza  
Los efectos sangrientos.  
El clarin de la fama,  
Casi jamas con su sonido llama  
Nuestra atencion, sino para anunciarnos  
Desgracias con sus lúgubres acentos.  
Esta deidad parlara está ocupada  
Sin cesar, en contarnos  
La historia lamentable  
Del hombre, en tantos siglos no variada.  
El hombre siempre es el innagotable  
Objeto de sus tristes narraciones,  
Repetidas en todas ocasiones,



## 73

Desde que el universo fue criado.  
Diríamos, que el tiempo fatigado  
De su eterna carrera, se reposa  
Refiriendo de edades en edades  
Nuestras miserias y calamidades.  
Cada día, en la rueda presurosa  
De la fortuna hilando nuestras horas,  
Ve cortar de repente,  
Por uno ú otro súbito accidente,  
La trama de la vida mas preciosa;  
Y cada hora refiere con sonoras  
Voces, su propia trágica aventura,  
Con escenas ridículas variada.  
; Así el tiempo apresura  
Hasta el fin su carrera señalada,  
Recopilando al paso en sus anales  
Las desgracias de todos los mortales!  
; O tú! que sobre el hombre este espantoso  
Diluvio viertes de enlazados males,  
Para obligarle, á que de quando en quando  
Exhale algun suspiro virtuoso,  
; Qué es este mundo di, en que está habitando?  
; Qué sino un grande acopio de ligeros  
Vapores, un flotante  
Grupo de nubes, que un rayo brillante  
De tu luz inflamada  
Fecundo levantó de los postreros  
Términos de la nada

## 74

En las alas del viento,  
Y que ha de disiparse en un momento?  
Los días de la tierra estan contados.  
Aunque es un poco ménos pasagera,  
Que sus hijos en ella colocados,  
Al fin como ellos es pereccdera,  
Y se aproxima ya su último dia.  
Pero los hombres llenos de alegría,  
Sobre su superficie descuidados  
Retozan, qual si fuera  
Sólida, eterna, y ellos igualmente  
Hubieran de durar perpetuamente.  
¡Y á tí solo, de todo eterno dueño,  
Te tendrán los mortales por un sueño!  
¡Qué es esta tierra mas que una morada,  
De entes imaginarios habitada,  
Sin realidad alguna, una extendida  
Campaña, que promete con sus flores  
Frutos que jamas da? Con mas acierto  
Puede llamarse un árido desierto,  
En cuya superficie desmedida,  
Reynan la incertidumbre, y los horrores,  
Y brotan solo abrojos, que ensangrientan  
Los viageros que en e la los pies sientan.  
¡Qué es si no un mar inmenso y proceloso,  
Cubierto de un sin fin de aventureros  
Audaces, que lo surcan, con pujanza?  
Quanto tiene cada u o de precioso

## 75

Ya está sobre sus hondas. Que en bonanza  
Los guie la fortuna, ó que los fieros  
Vientos soplando, con su turbulenta  
Furia levanten una atroz tormenta,  
Consigo llevan toda su esperanza.  
Míralos, en mil buques navegando  
Con banderas diversas, de colores  
Los mas vivos, los ayres hermozeando.  
Todos estan inquietos, igualmente  
Dudando entre esperanzas y temores,  
Aunque no haya el menor antecedente  
De tempestad en el sereno cielo.  
Pero todos dirigen con desvelo  
A la felicidad, que es su destino,  
Sueitas todas las velas su camino.  
Todos ellos con poca diferencia,  
Tristes se quejan de la insubsistencia,  
De los crueles caprichos de la suerte,  
Tan presto en la alta cima suspendidos  
De las ondas, tan presto sumergidos  
En los abismos, al impulso fuerte  
De aquel fiero elemento, descarriados  
Muy léjos de su rumbo, ó con horrendo  
Aprieto unos contra otros maltratados,  
A los embates rápidos cediendo  
De mil pasiones, que los precipitan  
Y en contrarios sentidos los agitan.  
Harto mayores males padeciendo

## 76

Por su locura, y por su desatino,  
Que los que causa su fatal camino.  
¡O tú océano vasto, que bramando,  
Con tus olas mi patria circundando,  
Eres siempre morada tumultuosa  
De los naufragios! ¡Tú, cuya espantosa  
Profunda sima, sin cesar patente  
Está, para tragar la especie humana!  
¡Vasto sepulcro, en que perpetuamente  
La muerte reyna como soberana,  
Escortada de todos sus horrores;  
Tú como un fiel espejo los errores  
Del mundo y de los hombres representas,  
Y de esta vida triste las tormentas!  
Mientras dura la fresca primavera  
De la edad; mientras brilla en las rosadas  
Mexillas la salud: quando circula  
El vigor por los nervios, y estimula  
La pura sangre con veloz carrera  
Al gozo, nuestras fibras delicadas,  
Novicios aun, sin experiencia alguna,  
Por mil vivos deseos impelidos,  
Y por las esperanzas seducidos,  
Picamos cables, y nos entregamos  
Alegres á la páfida fortuna.  
Ya en el mar sin temor nos engolfamos.  
Nuestros falaces sueños lisonjeros  
Nos persuaden, que todos los luceros,

Que sobre el firmamento resplandecen,  
Y los vientos amigos favorecen  
Nuestra navegacion. Cada uno avanza,  
La onda surcando, lleno de confianza,  
Y de alcanzar seguro se recrea,  
Quanto se jóven corazon desea.  
¡Mas cuál de ellos ¡ay Dios! puede estar cierto  
De ir á abordar al suspirado puerto?  
De ese infinito número de gente  
Temeraria, los mas por su imprudente  
Torpe maniobra, van en derechura  
Contra el escollo á dar, y en él perecen.  
Algunos, que con arte mas segura,  
Bordeando, de este riesgo se guarecen,  
Por un huracan súbito arrastrados,  
Se ven sin esperanza descarriados.  
Los que tienen el alma mas osada,  
A fuerza de luchar contra los vientos,  
Y las olas, recobran el perdido  
Camino, al fin; su esfuerzo sostenido  
Y su valor merecen la deseada  
Felicidad: mas quando ya contentos  
Exclaman juntos: ¡Vednos ya en el puerto!  
No es para ellos el puerto, que á su entrada  
Se opone, aunque mas remen, su cruel hado,  
Y los arrastra con el brazo airado  
A un abismo, hasta entónces encubierto  
A sus ojos, que sorbe prontamente

El desgraciado buque con su gente.  
¡Y cuántos aun en calma han zozobrado!  
El mar se abre—los hunde—y á cerrarse  
Sobre ellos vuelve, y sobre sus gloriosos  
Nombres. Se ignora ya el siguiente día,  
Si acaso han existido,  
Y á los demas, ¿de qué sirvió grangearse,  
A fuerza de sudores fatigosos,  
Alguna fama póstuma y tardía?  
Esta sobre las aguas del olvido  
Resplandece un momento, y sobrenada,  
Qual pabellon de nave naufragada,  
Despues que esta en las ondas no parece,  
Mas luego se hunde y se desaparece!  
Para un César, que el nombre ha eternizado,  
¿Cuántos de la memoria se han borrado?  
Esa turba de mozos temerarios  
Perece así por mil acasos varios.  
¿Cuán pocos son aquellos, que nacidos  
Baxo un signo feliz, por la fortuna  
Marcados, para ser favorecidos,  
Sin avería ninguna,  
Viento en popa en el puerto entran derechos,  
En que hallan sus deseos satisfechos!  
Y aun los que de esto llegan á gloriarse,  
Tampoco tardarán en lamentarse.  
Son hombres.—¿Y los hombres por ventura  
Gozan aquí felicidad segura?

## 79

Aun quando hayan burlado la fiereza  
De la suerte contraria,  
¡Huirán tambien de la naturaleza?  
El fugaz tiempo sordamente mina  
Todas sus fuerzas; con extraordinaria  
Tenacidad los años van batiendo  
Su fragil vida, hasta que con estruendo  
Desde los fundamentos se arruina.  
*Por muchos riesgos que hayan evitado,*  
La muerte es un escollo inevitable.  
Han de morir.—Ninguno se ha librado  
De este último naufragio inexcusable.  
Todos esos sucesos que eternizan  
Su vanidad, no sirven de otra cosa,  
Que de hacerles la vida mas penosa,  
Y volverles la muerte mas amarga.  
Con sola su memoria se horrorizan.  
¡Qué doloroso que es dexar el mundo,  
Quando empieza á ser nuestro, quando alarga  
La mano hácia nosotros, del fecundo  
Seno, de honores y riquezas llena!  
¡Abandonar la suerte venturosa,  
Cuyo logro costó tanta faena!  
¡Y quando! En la preciosa  
Hora en que el hombre estaba preparado  
A disfrutarla! ¡Qué duro tormento,  
El de verse arrancar del suntuoso  
Palacio, que uno mismo ha levantado

## 80

Sin perdonar expensas, con intento  
De habitar un parage delicioso!  
Aquel solo fabrica  
Vivienda duradera,  
Que sobre la alta esfera  
De las estrellas cauto la edifica.  
Mas corramos un velo  
Sobre los muchos males de la vida.  
Démonos el consuelo  
De suponer que la fortuna mida  
Todos sus pasos como lo mandemos;  
Y no obstante, esos hombres que tenemos  
Por ricos, por augustos, por felices  
¿Lo son acaso? El mas afortunado  
Mortal no es otra cosa, que el dechado,  
Que mas demuestra la miseria humana.  
Mira si no á esos mismos infelices.  
Hoy los ves sonreir. Vuelve mañana;  
Los hallarás mas tristes y abatidos,  
Que aquellos miserables reducidos  
A ser esclavos suyos. En el dia  
De la afliccion, se quita su engañosa  
Felicidad la máscara, que habia  
Ocultado su rostro en la presencia  
De sus falsos amigos, y los llena,  
Destruyendo con esto su ambiciosa  
Confianza en él, de intolerable pena.  
;Quánta es de la riqueza la indigencia!

## 81

¡Quánta del poder mismo la impotencia!  
Todos esos dictados orgullosos  
Ocultan mil afanes dolorosos.  
La virtud sola es la áncora segura,  
Que su puede oponer á la tormenta.  
Sola ella de las olas la bravura  
Resiste, hallando medio de salvarnos  
De su rabia violenta,  
Quando va al parecer á devorarnos.  
Ella en fin entra, aun en el espantable  
Sepulcro, como en puerto favorable.

Acabo de juntar ; O Lorenzo! en un confuso grupo, todas las miserias del hombre. Si te las presentase en quadros separados, y baxo todos sus aspectos, seria aun mas doloroso el espectáculo. Aun exhalarás suspiros mas profundos, si le sigues con cuidado en las(*a*) diferentes épocas de su vida. Pero ahora voy á fixar tu vista únicamente sobre tu hijo. Es constante que al mejor de los padres no se le pudiera haber concedido otro mas digno, y por lo mismo debe servirte de leccion su suerte. Por mas empedernido que sea el corazon humano, el de un padre siempre es tierno. La triste verdad, presentándose á tu vista, por un punto que interese á tu hijo, ha de hacer precisamente en tu corazon paternal una impresion muy viva, y esta sensibilidad puede serte muy útil.

Poco ha que Florencio no era mas que una debil criatura, que acababa de abordar de la nada á la vida. Y hoy es ya un niño imprudente. Tus cuidados paternales han sucedido á los dolores de tu amada Clara. Con todo, estas tiernas solicitudes de tu amor son severas como las del odio. Son indispensables sus rigores para reprimir sus pueriles deseos. Así vemos que se acostumbra cercar de agudas espinas una tierna planta para criarla con seguridad. Su razon no puede aun andar sola, necesita un conductor severo que guie y asegure sus pasos. Su tierno corazon conoce ya las inquietudes y el espanto. Mas de una vez al dia se descoloran sus rosadas mexillas, y brilla en sus ojos tímidos un rocío de lágrimas. ¡Y de que, ¡ay cielos! le sirve su inocencia? La tarea señalada oprime al brotar sus facultades. Antes de poder cometer faltas, aprenda á llorar, y es infeliz ántes que culpado. Es inocente, y se ve afligido. ¡Qué crueldad! Aun lo seria mayor la indulgencia. Tal es nuestra situacion. Tenemos que comprar con males actuales, y con años de penalidades, la esperanza incierta de una dicha venidera. ¡Se necesita acaso ser padre para compadecerse de esta triste precision!

Mas ya Florencio no es niño, es un mancebo que tus desvelos han formado para la virtud. Libre ya de preceptores, orgulloso de su independenciam, y



## 83

de poder disponer de su persona, salta la barrera que le detenía, y se precipita en el mundo. Ya por fin, despues de diez años de trabajos, ha logrado verse en aquel mundo que tanto deseaba, y tener derecho á todos sus placeres. ¡Pero ay triste! en él halla otro preceptor mas duro que quantos ha dexado: se desprende penosamente de todas las lecciones que su corazon y la naturaleza lu habian dado, y olvida todos los sentimientos que le habian inspirado los libros útiles, aquellos eloqüentes abogados de la virtud. ¡Ah! No tardará en conocer que el yugo de esta es aun mas suave y ligero que el del vicio.

¡Y qué sugetos son los que se encargan de introducir á Florencio en la sociedad? Son los que comunmente llamamos hombres de mundo: turba vil, y siempre pegada á la tierra. El modesto extranjero se ve recibido en aquellas concurrencias celebradas, cuyo resplandor hechizaba mucho tiempo hacia de léjos sus ojos novicios. En todas ellas es agasajado: todos le acarician con las mas afectuosa benevolencia. Pero presto se desengañará y conocerá aquellos traydores que, demasiado viles para creer en la amistad, destierran sus leyes y sus finezas á los fabulosos tiempos de la antigua caballería. Tales hombre miran la sensibilidad como una flaqueza, y hacen vanidad de que su corazon la haya llegado á sofocar. Se glorían de

## 84

aparentar aun aquellos pocos vicios que les faltan. Se avergonzarian de que los tuviesen por sinceros. Gustan mas de la mentira que de la verdad, aun quando esta no les cuesta mas trabajo que el de proferirla. Parece casi que hallan en el vicio la satisfaccion misma interior de la virtud.

¡Ah Lorenzo! ¡Tienes fuerzas para sufrir ese espectáculo odioso? ¡Puedes ver sin estremecerte á tu hijo metido entre esos malvados, encanecidos en la impostura, y consumados en el arte de engañar? Un barniz brillante pule sus empedernidos corazones, y oculta su falsedad. Un velo impenetrable cubre la profundidad de sus negros desig-nios. No hablan mas que de paz, quando preparan la guerra. La seducccion habita en sus labios, como la dureza en su corazon. Desde que circulan entre la turba, la frotacion y el choque continuo les han hecho perder toda su sensibilidad. ¡Los oyes protestar que serán amigos eternos de Florencio? Impostores.—Sí.—Serán sus amigos mientras tengan interes en serlo; pero envidiando interiormente toda felicidad, de que no participan al momento que ganen algo en dañarle, serán sus mas implacables enemigos. Me da compasion el ver á tu hijo envuelto en la comun suerte. Veo á este jóven amable en su trato, con la verdad y el pensamiento en los labios, prodigar con una sincera sonrisa á quantos le rodean su cariño, del mismo modo que



## 85

sus riquezas, aspirar noblemente á la estimacion pública, y abrir sin reserva su alma ingenua en las dulces confidencias de la amistad. ¡O qué dolor! Le veo correr con el corazon desnudo por medio de los malvados, y clavarle cada uno de ellos un dardo.

Quantos sentimientos le ha de costar su sencilla franqueza primero que la experiencia, hija tardía del tiempo y de los pesares, y que la desconfianza, de rostro pálido y andar incierto, le pongan en las manos el hilo que le ha de guiar en las tortuosas revueltas del mundo, y en el enredado y obscuro laberinto de los corazones. Y aun será feliz si no adquiere esta ciencia á costa de perder su virtud, pues para instruirse en el arte de preservarse de la corrupcion pública, es indispensable acercarse á ella, y es facilísimo contraer su contagio. No hay otro medio de evitarlo que el de tener una alma firme, y velar severamente sobre sí mismo.

Así por una desgraciada necesidad pierde el alma del jóven poco á poco su primitivo valor, y se incorpora con ella una impura liga que rebaxa muchos quilates de su ley. Si ha de ponerse al nivel de la sociedad, si ha de tener curso en el comercio de la vida, es preciso que se pervierta y envilezca. Solo con esta vergonzosa condicion adquiere un crédito seguro en un mundo, en que la infamia se honra con pomposos títulos, en donde

se bautizan los ultrajes hechos á la naturaleza con el nombre de política, y en el qual para nada aprovecha el tener el ingenio mas penetrante y elevado sino para cometer delitos mas arrojados. ; Quántas veces se ven en él talentos casi divinos, unidos con almas infernales! Este puede llamarse el último exceso de la depravacion universal.

No necesitaba atormentarse Maquiavelo para enseñar una política artificiosa y corrompida. Los hombres, que para ser malvados no necesitan de maestros, estaban cansados de practicar su moral muchos tiempos ántes que la escribiese. No hay página en el libro del mundo que no presente el título de alguna virtud ; pero no pasan del título: lo demas está en blanco. Del mismo modo en la sociedad no se ven mas que semblantes, las almas estan aniquiladas ó invisibles. El simple que lleva su corazon descubierto, lo expone al escarnio : nadie pone los ojos sino en sus defectos, y paga su imprudencia con el desprecio de todos. Yo he conocido un hombre, que se alimentaba de una sonrisa, de un gesto de agrado, al mismo tiempo que un negro veneno fermentaba en sus venas. Acarióció miéntras vivió á todos los locos que encontró al paso, y al morir maldixo aun al amigo á quien debió su subsistencia.

;Qué espectáculo mas curioso, para qualquier hombre observador, que el que le ofrecen las cor-

tes! Qué tanto no le entretiene el contemplar dos cortesanos, empeñados en construir, á una vuelta de mano, el edificio de su fortuna: el ver las recíprocas y continuas variaciones de sus semblantes, el notar como endulzan su interior odio, derramando la miel en sus palabras, con la esperanza de sonsacar el uno al otro sus secretos, aplaudiéndose cada uno de engañar á su contrario, acabando ámbos por quedar chasqueados, y á veces—¡oh justicia!—por ser víctimas uno de otro. ¡Sea el vilipendio la recompensa de su arte funesto! ¡Pero será posible que aun los hombres de mérito, entronizados para gobernar á los humanos, se deshonren con iguales baxezas? ¡Querrán privarse del agradecimiento de aquellos amigos á quienes favorecen? Porque ¡quién ha de penetrarse de reconocimiento, quando el corazon de su bienhechor es invisible?

Ocultar con tanto empeño el corazon es descubrir su deformidad. Dichoso tú, hombre sincero, á quien estremece toda mentira, y á quien la verdad impone un respeto inviolable. Tu sencillez, que el mundo llama debilidad, constituye tu gloria. Nada mas grande, ni mas digno del hombre, que el desdeñar todo disfraz: esta franqueza manifiesta la elevacion, y la energía del alma. Se me dirá que el disimulo es necesario en la sociedad; pero yo preguntaré, si es justo y honroso. ¡Y no hay medio tambien de evitar esta pretendida necesidad?



Hay uno y muy seguro, que es el de persuadirse, que ningún empleo, que requiera ser ocupado por un sugeto vil, puede ser verdaderamente necesario. Así pensó un sugeto harto conocido, quando vió en estos últimos tiempos el Estado gobernado por hombres falaces y malvados. ¡Y quién tuvo jamas mejor modo de pensar que él? ¡Cuán difícil es el caminar, á exemplo suyo, por las sendas corrompidas del mundo, sin contagiarse!

Se me responderá, que por mas despreciable que sea el trato del mundo, puede ennoblecer el alma: que nunca son indiferentes los efectos que en ella produce: que es verdad que puede apagar en nuestros corazones la sagrada llama de la virtud; pero que tambien es propio para encender mas nuestra indignacion contra el vicio: en suma, que el mundo bien visto y bien conocido puede formar al hombre. Pero el exponerse á semejante alternativa es demasiado peligroso. El sabio miéntras está sobre la tierra no es una deidad: la virtud tiene sus flaquezas, sus combates, y muchos enemigos encarnizados en perseguirla. Es verdad que sus amigos son entre todos los hombres los que ménos y mas tarde se quejan. Pero si gimen los amigos de la virtud, ¿cómo pueden esperar los malos alegrarse? Si la verdadera sabiduría tiene miserias que llorar, ¿cómo puede la necedad pretender la dicha? Y pues que tanto para el sabio, como para el insen-

sato es comun é indispensable la necesidad de sufrir, ¡qué razon hay de alabar este mundo y la vida presente, en que el mas feliz es aquel que se lamenta ménos, en que la extremada paciencia es la suprema bienaventuranza, y en donde aun nuestros mejores amigos necesitan á cada paso de nuestra indulgencia y perdon ?

¡ Dichoso el hombre que ménos ha conocido el mundo ; el mundo pérfido, que sus mismos apasionados jamas han hallado sincero : este mundo avaro, tan escaso para dar, y tan pronto para recoger sus dones ! Con todo es bueno el conocerle, para que nos engañe, y no seamos víctimas de su falsedad. Lo difícil es conocerle, sin amarle : quanto ménos se ama, mejor se disfruta de él : tal es el secreto reservado á los sabios. No te dexes seducir ; O Lorenzo ! por los suaves acentos de su voz. Tiene toda la dulzura del canto de las sirenas ; pero esta voz canta como ellas sobre un escollo famoso por mil naufragios.

---

### NOTA.

(a) ¡ Acaso habré citado en vano toda la naturaleza en favor de la causa que defiende ? ¡ Dirás que he seducido el cielo y la tierra para deponer contra tí ? Si mi alma es inmortal, exclamarás,



¿qué me queda que hacer? Todo, todo ;O Lorenzo! Es preciso hacer feliz esa alma inmortal. ; Inmortales y desgraciados! ;Qué pensamiento mas capaz de estremecernos? Y no obstante, Lorenzo siempre continúa con su apego á este mundo. En él encierra todos sus tesoros; de él saca los títulos con que se gloria. Se complace en que le llamen hombre de mundo, ;Cómo puedes, ó infeliz, ensoberbecerte, con tan vil dictado? Por una injuria se tenia en los antiguos siglos; en aquellos tiempos en que los hombres no habian aun decaido de la dignidad de tales, ni se avergonzaban de descender del cielo; en que el nombre de cristiano encendia en sus pechos una ambicion sagrada, y era el objeto de su gozo. Olvida, pues, aquel espíritu que te abate, y recobra un titulo mas noble, y un alma mas pura.

;Qué eleccion es la tuya, O Lorenzo! prefieres á los cielos un mundo que el deleyte, la ambicion, y la avaricia se reparten entre sí. Estas tres furias agitan alternativamente el corazon humano, y sin cesar le atormentan. Se lo arrojan una á otro como una pelota, hasta que fatigado, y atolondrado con las continuas vueltas y perpetuo movimiento, busca el descanso, desfallece, y se abismo en la desesperacion. Tal es el mundo, del que hace mas caso Lorenzo, que de aquella felicidad suprema, que ha sido prometida al hombre, que su adorable Monarca descendido del cielo ha venido á comunicarle por sí mismo, y que le ha instado que acepte con sus preceptos, sus milagros, su vida y su muerte. Tal es el mundo, que anhela con ansia la sabiduría de Lorenzo: pretende reposar sobre esa almohada espinosa, cuyo efecto es semejante al de aquellas pócimas mal preparadas, que embriagan la razon, y no la calman, que llenan el alma de visiones

y de locas quimeras, y que la agitan con un sueño mas cansado que la vigilia mas penosa.

Si llegamos á conocer bien el mundo es indispensable, ó que nos corrija, y enderece nuestros corazones hácia el cielo, ó que desde esta vida misma nos haga unos verdaderos demonios. Juzga si este mundo, del que estás enamorado, merece tu necio cariño, pues que ya lo abandones, ya continues en ser su esclavo, escojas lo que escogieres, te mortificará siempre con males inevitables, y con la diferencia de que serán mucho menores, si te separas de él. Todo aquel que no levante los ojos de la tierra, para buscar la verdadera felicidad, y la sincera amistad, no conseguirá aquí abaxo ni aun la sombra de ellas.

## ADVERTENCIA

### A LA DECIMASEXTA NOCHE.

En esta noche trata Young del deleyte considerado en sí mismo, y abstrayendo de que sea espiritual ó corporal, y dice, que sin él no puede ser feliz el hombre; que aun Dios mismo no lo seria, si no se deleytase en su felicidad. De esto infiere que el deleyte considerado en sí mismo, no es un mal, sino un bien; y de tal clase, que en la posesion del sumo deleyte, que solo se halla en Dios, ha de estar nuestra suma felicidad. Contrayendo despues el deleyte, precisamente, al que causa en nosotros el uso de las criaturas, dice con razon, que en sí mismo es bueno, pues es una emanacion del orígen divino de toda felicidad, que lo dispuso, para que lo disfrutase el hombre que crió inocente; pero que está expuestísimo á causar daño al hombre corrompido por el pecado original; porque siendo solo destinado para hacer suaves y llevaderas las penalidades de esta vida, se propasa de este recto uso comunmente, coloca en el su felicidad, y no en aquel eterno señor de quien lo recibe, á cuyos preceptos debe arreglarlo, y que debe su último fin.



Pero como los hombres viciosos se figuran que la virtud por ningun término es deleytable, ántes sí áspera y amarga, y esto los retrae de seguirla, Young fundado en aquellos principios léjos de asustarlos, declamando contra él, los convida al deleyte, les hace ver que no se halla en realidad sino en la virtud, que todo deleyte que no se conforme á las reglas de esta no es mas que un deleyte falso y aparente; y que aun los deleytes que proporciona en esta vida el uso de las criaturas, solo lo son quando tienen la virtud por norte y por regla. Pongo por exemplo, el comer una cosa sabrosa con gusto, para alimentarnos no es malo, pero lo es el comerla por solo el gusto, poniendo en él el último fin de nuestra voluntad, y no elevándola al origen de todo placer y de toda felicidad que es Dios.

Esta doctrina es la misma con que San Agustin expone aquellas palabras del Evangelio de San Juan cap. 6. *Nemo potest venire ad me, nisi pater qui misit me traxerit eum*, diciendo así: *Noli cogitare te invitum trahi: trahitur animus, et amore—pavum est voluptate, etiam voluptate traheris—quid est trahi voluptate? Delectari in Domino—An vero habent corporis sensus voluptates suas, et animus deseritur á voluptatibus suis?—Si animus non habet voluptates suas, unde dicitur filii autem hominum—inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos?* Lo que en cas-

## 94

tellano significa las palabras del Evangelio, en que dice nuestra Salvador: *Nadie puede venir á mí, si mi padre no le traxere*, las expone S. Agustín así: *No pienses que te traerá forzado, et alma es traida tambien por el amor—Poco digo por la voluntad, serás traido tambien por el deleyte—¿Qué es ser traido por el deleyte? deléytate, se nos dice, en el Senor—¿Con que los sentidos tienen sus deleytes, y el alma no tendrá los suyos?—Si el alma no tiene sus deleytes, ¿por qué se dice, empero, los hijos de los hombres—serán embriagados con la abundancia de tu casa, y les darás á beber del torrente de tu deleyte?* Basta esto para asegurar may y mas el bueno y católico sentido de la noche que se sigue, aunque por su propio contexto está clarísimo.

## DECIMASEXTA NOCHE.

## EL DELEYTE Y EL SUICIDIO.

“ABANDONA, me dices, la ambicion; es una locura, (a) que cuesta demasiado cara; pero el agradable deleyte, ¿qué censor habrá tan austero, que pretenda vedarlo á los mortales? El hombre ha nacido su esclavo. Para conseguir los favores de esta deidad pone á sus pies los cetros y las coronas, se expone á todos los males, y arrostra todos los peligros. El guerrero al entrar en una batalla, resuelto á vencer ó morir, no aspira mas que al deleyte disfrazado con las facciones de la gloria: el ambicioso lo busca en las dignidades y honores. Los Reyes sobre su trono obedecen á sus leyes. ¿Qué mortal puede resistir á su atractivo, y sustraerse á su poder? El amor al deleyte es inseparable del hombre: la virtud mas heroyca no puede hacer mas que arreglar esta inclinacion; pero no destruirla. ¿Puede acaso la naturaleza gritarnos con voz mas fuerte, que el deleyte es el bien supremo?” (b)

¿Y quién te dice que desconozcas la voz de la

naturaleza, y el imperio del deleyte? El deleyte reyna\* en los cielos: él es el que hace participar á aquellos espíritus sublimes de la felicidad del mismo Dios: tambien reyna sobre la tierra. ¡Qué no le debe el universo? ¡Qué triste seria sin él el aspecto de la natuleza! ¡Cuán entorpecidos y helados estarian todos los seres, y en qué letargo profundo! El es el alma del mundo, el que por todas partes extiende el movimiento y el calor, conserva la vida del universo, y rechaza sin cesar la muerte.

Todos los entes sensibles han nacido vasallos suyos. Quando no es él, es á lo ménos su imágen la que encadena á los hombres. ¡Cuán pocos son entre estos los que lo buscan en la virtud! Los deleytes del vicio son tan numerosos, y varios, como las pasiones, que pueden agitar nuestro corazon, equivocár su verdadero objeto, ó traspasar sus límites debidos. Porque no creas que solo hay una especie de disolucion. Este nombre debe extenderse á todas las pasiones que nos depravan, y que la razon desapruueba. Observa al padre que acaba de reprehender severo los amores de su jóven hijo: quizá le verás entregarse á otros amores mas infames. El uno seducido por los atractivos del oro lo roba á su dueño legítimo, y vive con él vergon-

\* Véase la advertencia que precede á esta Noche.



zosamente amancebado. El otro se prostituye á la negra venganza. El odio no ménos que el amor, tiene su serrallo, en donde varios monstruos viciosos se entregan á hacer excesos de sangre. El deleyte es siempre el término á que necesariamente se dirigen los malvados, como los hombres de bien. Por él desnuda el horrible asesino su puñal: á él es á quien el ministro del poder, al resplandor de su nocturna lámpara sacrifica su reposo, su sueño, —y quizá los hombres. Por él vela, y se consume el avaro al lado de su tesoro. El orgulloso estoyco buscaba el deleyte en el desprecio mismo del deleyte. Aun el dolor y la aficcion, son sendas que tomamos muchas veces, para llegar á él. Hallamos entónces, ó esperamos hallar deleyte en nuestras penas y lágrimas. ¡ Por qué aquel solitario huye de la sociedad, se esconde en los desiertos, y se irrita contra su cuerpo? Tambien él es una víctima que se sacrifica al deleyte. El deleyte es el padre de las virtudes, y de los delitos de la tierra: él nos hace despreciar la infamia y los tormentos; y él mismo es el que anhelamos asir, aun en los brazos de la muerte, quando nos precipitamos en ella. Este déspota del universo, lo es tambien mio: el deleyte es el objeto de mis cantos melancólicos.

Pero conozco que ofendo los delicados oidos de nuestros pretendidos sabios: veo cubrirse de nubes

su frente austera, echarme en cara como una temeridad insufrible el peligroso elogio del deleyte. ¡Qué imprudencia, dirán la de irritar aun el natural ímpetu que arrastra hácia él todos los hombres! Sabios modernos, si la sabiduría nimia puede mereceros este nombre, oid mi pacífica respuesta. Los hombres darán crédito siempre sobre esta materia á su sensibilidad: en este punto no podemos engañarnos; y aun quando lo pudiésemos, ¡seria justo el hacerlo? Jamas debe la verdad tener que agradecer á la mentira. Confesad, pues, de buena fe que la miel es muy dulce: añadid únicamente que su dulzura es mortal quando está mezclada con veneno. ¡Con qué no podremos alabar sino solamente á la virtud? ¡Es ella acaso el único bien del hombre? ¡Por qué preferimos, pues, la salud á la enfermedad? Lo que la naturaleza ama necesariamente es bueno.

El deleyte es el bálsamo de la vida. Es un impulso de agradecimiento hácia el Criador. ¡Le dariamos acaso gracias de sus beneficios si no excitasen en nuestra alma alguna sensacion agradable? Un ser insensible es necesariamente un ser ingrato. El hombre se sonrie halagüeño desde su cuna, á vista del deleyte: desde que nace queda hechizado de su atractivo, y este amor dura tanto como la vida. La sabiduría no es enemiga de este



déspota de los mortales: está destinada á ilustrarle, guiarle y servirle; pero no á destronarle.

Regocíjate ; O hombre ! eternamente, nos grita la naturaleza. Por todas partes ofrece á nuestros sentidos, quanto puede lisonjearlos. Para nosotros ha hecho brotar todas las riquezas del universo. Mantiene un banquete perpetuo, un festin continuo, en que el hombre se embriague con las sensaciones mas deliciosas. Su mano liberal llena sin cesar la copa del placer, y nos la presenta de parte del Criador. El negarse absolutamente á su dulce convite, seria una ingratitud respecto del magnífico dueño que nos dió facultad para gozar del placer, y que proporcionó con tanta exâctitud los deseos, los objetos y los sentidos. Aceptemos, pues, sus dones, gocemos de ellos á su vista, y sea la satisfaccion de nuestra felicidad un tributo de nuestro reconocimiento. Acordémonos con todo de que debemos beber sobriamente en la copa de los sentidos. Hay otros deleytes mas perfectos, y mas dignos del hombre. Cultivar su razon, exercitar las facultades de su alma, dirigir sus pensamientos á la virtud, alimentar siempre en su corazon un ardor igual para lo bueno, son los medios seguros de conservar la alegría del alma pura é inalterable.

Si tú ; O Lorenzo ! que jamas has sabido pensar con seriedad, si tú, repito, tienes ánimo para examinar un instante lo que es el deleyte, y meditar

## 100

sobre su naturaleza, atiende á mis versos, y t mirarás de ver que tú eres uno de los que ménos lo disfrutan, y de los que mas tiraniza la tristeza. ¡Qué es con efecto el deleyte, si no la virtud misma, baxo una denominacion mas alegre! Aun no es bastante noble el título que le doy. La virtud no es mas que el vástago, y el deleyte es la flor que produce.

Jamas ha encontrado mortal alguno el secreto de la felicidad casualmente. No pueden darle el ser unos vanos deseos. No lo hallarémos en la baxeza del vicio, ni en las inclinaciones de un corazon corrompido. Es un arte que requiere precisamente aprenderse. Es el término, y el premio de un estudio continuado. En el punto en que este se interrumpe, se pierde todo el fruto de los trabajos pasados, y vuelve tras de la ignorancia la desgracia. La fortuna puede quando quiere acumular, sin que la busquemos, sobre nuestras cabezas, honores y títulos: igualmente pueden entregársenos por sí mismas las riquezas; pero en quanto á la verdadera sabiduría es indispensable salir al encuentro. Y no nos desaliente esta diferencia. Aunque es necesario buscarla, tambien está seguro de conseguirla todo mortal que tenga valor. En nada se parece á los demas bienes de la tierra, que regularmente huyen del que los persigue. Léjos de esto, jamas se niega al que la pretende.



## 101

La sabiduría es la madre del verdadero deleyte. El corazón del hombre justo es su trono, desde el qual reyna, con magestuosa dulzura, sobre todas las facultades del alma. Las virtudes la rodean, componen su corte, y velan para su defensa. Estas virtudes, cuyo nombre solo asusta nuestra flaqueza, son no obstante las mas fieles amigas del hombre. Solo desean su felicidad, y son el manantial, y la prenda de su alegría. ¿Qué es, con efecto, lo que nos mandan, sino lo mismo que nosotros deseamos? No aspiran á otra cosa, sino á que seamos felices, haciendo méritos para conseguirlo. Dulce deleyte, deleyte legítimo y verdadero amable y poderoso legislador, si los hombres fueran racionales, si te amaran con un amor ilustrado, tu voluntad no haria mas que seguir su eleccion, tus órdenes se conformarian enteramente á sus deseos. Su felicidad consiste en obedecer á tus leyes, y la infelicidad es la pena impuesta á su transgresion.

Queremos neciamente trastornar los sabios designios, cuyo cumplimiento te ha encargado el Criador sobre la tierra. No baxaste de los cielos para embrutecer al hombre, sino para elevarlo hácia su autor. Como una deidad benéfica has venido hácia nosotros, para ayudar á la razon, y darla nuevas fuerzas con tus poderosos atractivos. Comienzas por socorrer á la virtud, y la virtud agrá.

## 102

decida asegura, eterniza tu imperio. Solo por tu medio subsisten en la vida, la sociedad y la religion. El exquisito sabor, con que los alimentos halagan nuestros sentidos, nos interesa en la conservacion de nuestros cuerpos: la dulzura, que experimentamos en las alabanzas, nos hace procurar agradar á los demas hombres, y produce la union entre todos ellos; y aquella felicidad, por último, que el hombre justo espera en otra segunda vida, le hace deleytable en esta vida mortal, la obligacion de adorar á su benéfico hacedor.

Inunda, pues, para siempre nuestras almas; O deleyte! fuente sagrada, que riegas, y fertilizas todos los retoños de la felicidad. Pero estemos penetrados de que sola la virtud puede abrir esta fuente, y perpetuar su curso: el delito la seca. El error, el exceso, truecan el deleyte en vicio, y nos precipitan en el dolor. Una comida sobria mantiene la vida, la salud, la razon y la alegría: la destemplanza al contrario turba nuestro entendimiento, engendra las amargas y las penas, y nos entrega á la muerte. ¿Qué cosa mas funesta puede desearse al mayor enemigo, que el verle excederse en el deleyte, y saciarse de él sin regla ni medida? Si agotas el placer hasta las heces, encontrarás el dolor en el fondo de la copa. Pero siempre que no ofendas en ello al cielo, ni á los hombres, ni á tí mismo, bébelo sin rezelo; quanto mas te em-

briagues con él, mas te acercarás á Dios. Dios mismo no seria lo que es, si no gozase un deleyte infinito, al qual jamas puede seguirse el arrepentimiento.

Jamas esperes hallar esta propiedad en los placeres del vicio: el arrepentimiento es inseparable de ellos: no puede el malvado evitarlo. ¿Acaso tiene el hombre facultades para trastornar el plan del Ser eterno, y eludir las órdenes del Todopoderoso? ¿Qué mayor locura, que la de pretender inventar una especie de felicidad, contraria á las miras del que crió el hombre y el universo! ¿Acaso las proporciones y las leyes, de las que debe dimanar la armonía de los sonidos, no estan arregladas invariablemente, por el artífice que ha fabricado el instrumento? La mano mas diestra que ha de tañerlo, se ve precisada á sujetarse á aquel órden, y no tiene poder para variarlo. Del mismo modo nosotros jamas podemos hallar el deleyte en los objetos que nos rodean, si no siguiendo exáctamente las leyes de que el Criador lo ha hecho depender. El cielo ligó la vida á la union del alma con el cuerpo, y el deleyte á la union del alma con la virtud. Es, pues, tan imposible sin esta el ser feliz, como lo es vivir sin respirar. Ni puede la fortuna dar la felicidad al malo, ni quitarla al bueno. Sé virtuoso, y dexa al cielo el cuidado de todo lo demas.

## 104

¡O hombres alucinados ! que anhelais el bullicio y la distraccion, que os preciais de disfrutar la alegría ; vosotros á quienes el mundo llama hombres de deleyte, vosotros sois verdaderamente hombres de dolor. Decidme si no, ¿ por qué os arrebatara siempre vuestra imaginacion á lo futuro, por qué ? si no ¿ por qué estais siempre descontentos con lo presente ? Atormentados por un hastío invencible, fastidiados perpetuamente de vosotros mismos, cada instante divulgais el arcano de vuestra miseria. La quietud es para vosotros un tormento inaguantable. La desazon que sentís os fuerza á agitaros ; con el movimiento meceis vuestra alma, para adormecer la sensacion de vuestros males interiores : recurso vano, que los descubre y no los cura.

Si los hombres fueran dichosos, no se les veria turbar el silencio de la noche, con todas esas diversiones ridiculas y tumultuosas. Solo un alma estrecha y liviana, hinchada de amor propio y vacía de razon, puede entregarse sin reserva á esos ruidosos delirios. Deben considerarse estos como los alaridos de un corazon enfermo, al qual dan por algun momento sus movimientos convulsivos una apariencia de fuerza y de salud : como unas violentas cosquillas, que al pronto excitan la risa, y al fin producen el dolor. La risa excesiva disipa la razon, ofende á los demas, y nos hace pasar por in-

## 105

solentes ó locos. Sus ímpetus muchas veces no son mas que el ruido importuno de un hombre, que molestado de sus penas procura enagenarse de los dolores que le causan. No miremos su vana algazara, como señal de una verdadera alegría. No es mas que la alegría del vicio: la menor friolera la produce, y otra igual friolera la destruye: apénas pasa ese delirio momentáneo, quando el hombre se hunde por su propio peso, y cayendo en la mas lóbrega tristeza, siente aun mas activas las penetrantes puntas de sus pesares. Esa loca alegría se asemeja á aquellos turbios torrentos, cuyas aguas crecidas de repente salen de madre, ruedan con estruendo en espumosas ondas, y dan impetuosos saltos. Un momento los ve caudalosos, el momento siguiente los agota, y las campiñas que amenazaban con su inundacion, quedan cubiertas del cieno recogido en su precipitado curso. No es esa la alegría que podrá burlarse de un reves impensado, ni la que abrirá gustosa la puerta á la honrada pobreza, ó se entretendrá tranquilamente con la muerte, sin espantarse de su aspecto amenazador.

No consiste la felicidad en un rapto pasagero de los sentidos; consiste sí en un estado del alma constante y duradero; y este no puede arraigarse permanentemente en un corazon agitado. Para que la alegría sea duradera, es necesario que se funde

## 106

en una causa sólida, razonable y reflexionada. Jamas esta verdadera alegría graba en la frente la insolencia y la soberbia; ántes da al hombre una fisonomía apacible y satisfecha, una dulce serenidad, una especie de ternura, que los insensatos se inclinan á equivocarse, con los síntomas de la tristeza: en una palabra, una cara modesta y seria con una amable sonrisa en el corazón. ¡Y cómo puede haber quien se atreva á manifestar un gozo inmoderado y petulante en medio de los males del linage humano? Un rostro siempre orgulloso y triunfante, es un objeto que choca á todos los demás: es una especie de insulto para los infelices. Pero tambien por otra parte, un semblante abatido es un objeto aun mas vil, no ménos acreedor á nuestro desprecio que á nuestra compasion. ¡A qué vienen esas frentes consternadas delante de los ojos de un ser benéfico, que no nos hubiera criado si no hubiera querido hacernos dichosos? El alma fuerte sabe guardar un justo medio, mantenerse en un equilibrio constante, elevarse insensiblemente de la tristeza al gozo, y volver á baxar suavemente, y por grados, de una alegría moderada á una tristeza útil y razonable. Jamas se presenta el verdadero sabio con un semblante obscuro y oprimido por la afliccion. Como nunca agota el fondo de la interior satisfaccion, que llena su alma, derramándola con los impetuosos impulsos de una



## 107

desordenada alegría, teniéndose por demasiado feliz, para entregarse á la frivolidad y locura, conserva siempre la calma y la serenidad.

Insensato; dexa tus reuniones profanas, abandona esos bulliciosos saraos. El juego, la música y el bayle son unos malos consoladores, otros voy á indicarte mas seguros. ¿Vienen acaso los negros nublados de la melancolía á obscurecer tu frente? ¿Sientes que la tristeza va penetrando tu alma? Pues acude al momento á fixar tu mente en alguna verdad importante; triunfa de alguna pasion; haz alguna accion generosa: enseña al ignorante; haz renacer la plácida sonrisa sobre los marchitos labios de algun infeliz; atrevete á ser el censor intrépido de tu amigo, y el bienhechor de tu enemigo; ó arrojate sostenido en las alas del amor hácia el Autor de la naturaleza, y alcanza á tu Dios con el pensamiento: presto verás disipada tu melancolía, y tus espíritus animados recobrarán su curso y su actividad: no necesitarás ir á sacar la alegría del fondo de una copa de generoso vino, ni de la melodía de los sonidos, y te consolarás facilmente de ver seca tu viña ó tu lira rota.

¿Gustas de reir, quieres reirte de tí mismo? Pues observa cuidadoso la estupidez de tu propia conducta, prescinde de tu interes propio, y producirá en tí dicho efecto. ¿Quieres estar alegre? Pues oye este consejo, que te admirará. Retírate á



solas, tomal a Biblia, y lee. En ella encontrarás una multitud de verdades, que te restituirán la paz. Aun quando el Eterno no la hubiera dictado, como lo ha hecho, no dexarian de ser sus fecundas páginas, uno de los mas ricos tesoros que el tiempo y la razon podian haber formado. No se cansa el hombre sabio de admirarlas.

Me responderás sin duda que esto seria caminar al gozo por una senda demasiado triste. ¡Pero acaso, al primer rayo con que el sol hiere nuestros ojos, ha producido jamas una sensacion agradable? Todo aquello que ha de excitar un gran deleyte en nuestros sentidos, comienza por herirlos con una impresion dolorosa. ¡Con qué compra el caminante un sueño dulce y tranquilo sino con la fatiga? El cielo nos vende todos los bienes: jamas se da gratuitamente el placer al hombre: no lo disfruta sino por derecho de conquista. El precio que el Criador le ha puesto, es el trabajo: este es el que lo trae, y prepara el momento de lograrlo. La demasiada prisa de alcanzarlo lo destruye: es nulo siempre que es prematuro. Es preciso fatigarse y tomarse el tiempo necesario para llegar á poseerlo.

Convengamos, pues, en que el deleyte es el supremo bien del hombre; pero aprendamos á distinguir el falso del verdadero. El unico que merece este nombre es el que lleva impreso el sello de la

razon, que como un juez justo y severo á nada debe aplicarlo sino despues del exámen mas maduro. El deleyte engendrado por la virtud, crece con la posesion, triunfa del tiempo, acompaña al anciano hasta el término de sus días ; y penetrando con sus resplandores lo futuro, disipa las tristes sombras de la muerte que lo oculta. Como el sol, aun despues que se cubre debaxo del horizonte, así la eternidad despide algunos rayos de luz, que doran nuestro sepulcro, y son para nosotros la primera aurora de un dia eterno. El falso deleyte hace aborrecer la inmortalidad, y da una especie de atractivo horrible á la aniquilacion. Si al presente despide algunas mentirosas y pasajeras luces, que atraen al hombre, estas mismas descubren en el propio instante á su vista atónita un velo de tristeza y de horror extendido sobre la inmensidad de lo venidero.

El alma (póstrese el hombre al oír este nombre venerable :) el alma ha nacido en el cielo. Su destino era el de conservar su nobleza y la libertad de su origen, no el de empeñarlas ó venderlas al precio vil á que podian pagárselas en la tierra : debia pasar por esta rápidamente, como un extranjero ilustre : sostener zelosa el decoro de su dignidad. Tener de continuo fixa en su corazon la vuelta á su patria, y no arrimar á sus labios sino con temor y con indiferencia la encantadora copa de

## 110

esta vida, reservando todo su sed, para embriagarse con las delicias de la inmortalidad.

Pero se hallan por desgracia hombres, cuyo gusto depravado anhela con preferencia los frutos de esta infeliz tierra. Estos huéspedes, venidos del cielo, se ven andar vagando por ella, mendigando como unos esclavos viles su subsistencia, y enagenando por un momento de deleyte la herencia de toda una eternidad. ¡Y qué resulta de esto? Que apénas les privan las vicisitudes de la suerte ó los años de aquel ruin pasto con que sustentaban su alma, ó llega á ser insipido á su paladar gastado quando se ven reducidos á la mas dura necesidad: despierta su razon de aquel breve sueño, con ella despierta tambien la desesperacion, y el hombre desfallece totalmente. ¡Quán cansada, quán penosa es entónces su existencia! Hay algunos que quieren, no obstante, continuar en representar el difícil papel de engañar al mundo, engañándose á sí mismos. Pero son pocos los que tienen la paciencia de esperar hasta el fin del drama, y el valor de seguir sonriéndose tristemente hasta que se corra el telon. La mayor parte, arrebatados de furor, lo corren audaces ántes de tiempo con su propia mano. A pesar de los horrores que la naturaleza y la conciencia han acumulado para guardar este terrible pasó; á pesar de las leyes divinas y humanas, cuya espada brilla, y vela para impe-

## 111

dirselo, no obstante el abismo de la destruccion que los rodea por todas partes, y presenta á su caída una profundidad inevitable y sin término, se les ve atropellar todos los obstáculos, y saltar despechados mas allá de las barreras de la vida.

¡Qué oigo, cielos! ¡Qué espantoso gemido! Qué es lo que veo!—Los cabellos erizados, el pecho atravesado y sangriento—la blasfemia aun impresa en sus ojos—el furor de la desesperacion, gravado aun y vivo, sobre su cadáver—¡Ah Lorenzo! ¡es tu amigo! ¡es Altamon! Con que ese jóven, entregado á los deleytes, tan amable, tan valeroso, ¡ha abandonado cobardemente su puesto, ha desertado de la vida! Corramos un velo sobre ese horrible espectáculo. Pero ¡por qué ocultarlo! Tiende la vista, ¡O Lorenzo! al rededor de tí, mira esas espadas, que aun humean, destilando viva sangre; observa aquel frasco envenenado, aquellos funestos dogales, aquellas caras hinchadas y amoratadas; repara en esos jóvenes viciosos, homicidas lentos de sí mismos, espectros ambulantes, cuyo cuerpo está entregado, aun vivo, á la podredumbre; velos como arrastran todavía orgullosos sus vergonzosos y feos restos, y corren á ahogar su desesperacion en el vicio. ¡Cuán espantosas son esas imágenes! ¡Cuán temeroso vasallage tributan á la virtud!

Levantaos, furias, y exterminad el espantoso suicidio. Este monstruo, mas execrable que voso-

## 112

tras mismas, este horrible y triste amante de la muerte, de mirar feroz, de negros pensamientos, ha venido en su vuelo impetuoso á abatirse sobre la Inglaterra. ¡O patria mia, á la que tanto deshonra! ¡por qué estan tus costumbres tan léjos de la razon como tu isla del continente! Cobardía es el temer la muerte; pero lo es aun mas el no poder aguantar la vida. Lávate de esa vergonzosa mancha que obscurece tu gloria, y cesa de espantar á la Europa con las narraciones trágicas de tus furores. No acuses á tu clima de haber dado nacimiento á ese monstruo. Ni él ni el aspecto del sol han tenido parte en tus atrocidades. No está sujeta la razon á declinar por mas que diste del equador; y no ha producido la naturaleza clima alguno opuesto á la virtud. No tu suelo, tu locura es la que produce tus vicios.

Con efecto, confieso que el suicidio es una especie de locura; pero esta nace de la depravacion del corazon. No es otra cosa en suma, que el último atentado de una vida delinqüente, el crecimiento postrero del delirio de un insensato, que ha disipado los años de su edad sin reflexion, que ha vivido esclavo de los sentidos, y que se ha precipitado de vicio en vicio, y de exceso en exceso. Nunca se da la muerte el que ha pensado seriamente en ella. Nuestra obligacion y nuestra gloria consisten en huirla, pero sin perderla jamas de vista.



## 113

El hombre se estremece al presentarsele la idea de la muerte. No da un paso sin temblar hácia la orilla de este desconocido abismo; y en el instante que, inclinándose, tiende su vista á su profundidad, se arroja hácia atras espantado. Bien conocia la sabia naturaleza al hombre, á quien dió el ser. Previendo que el amor de su propia conservacion seria muchas veces un lazo demasiado débil para detenerle en la vida, colocó á la orilla del abismo el terror, que, como un espectro armado de una espada rutilante, apartase de él á los mortales. Aun el hombre bueno, si este espectro no le impusiese respeto, se arrojaría á él, sin que estorbo alguno pudiese detener la impaciencia con que su alma anhela sumergirse en la inmortalidad. Cansado de no hallar sino un continuo fastidio en los mas dulces placeres de la vida, depondría en medio del camino esa carga que le incomoda. Y al malo ¿quién sería el que le pudiese precisar á arrastrar sus cadenas hasta el término señalado por la Providencia? ¿Quién sería capaz de detenerle, quando la negra tristeza del delito inunda su alma, ó los remordimientos la ocupan y la atormentan? A no ser por el terror, que sin cesar le rechaza hácia la vida, impelido de su rabia, rompería sus grillos, saltaría la barrera, y se sumergiría en la muerte. Si tienes aun, ¡O Lorenzo! la justa y venturosa flaqueza de temer tan horrible desesperacion, si no

## 114

te lisonjeas de entrar con insensibilidad en el sepulcro, reflexiona sobre la eleccion de tus deleytes; piensa en consultar tu ser en toda su integridad. Sujeta los bienes de fortuna á la salud del cuerpo, el cuerpo al alma, y el alma á Dios. Siguiendo este órden natural, podrás levantar el edificio de tu felicidad perpetua. El invertirlo, es querer que el cúspide de una pirámide la sirva de basa y la sostenga.

Ni el vicio, ni los sentidos, ni las ilusiones de la imaginacion pueden dar á un ser inmortal la felicidad que le corresponde. Unos vanos deleytes, cuya duracion es momentánea, no se hicieron ciertamente para llenar la capacidad de su corazon. Busquemos en la virtud aquel gozo puro, que dilata y ennoblece al hombre, que siempre inagotable, al paso que da de continuo, promete dar aun mas, que nos ayuda á atravesar en paz el espacio de la vida, y muestra al fin de su camino por término la felicidad; aquel gozo celestial, que no está sujeto al imperio de la casualidad ó del tiempo, ni aun de la muerte misma; pues esta, al contrario, lo aumenta, y que crecerá sin cesar, mientras dure el interminable dia de la eternidad; aquel gozo tranquilo, que la esperanza acompaña, y que no nos aparta de la tristeza sino para aproximarnos al Ser benéfico, cuya mano liberal mezcló tantas maravillas y prendas divinas con el polvo del hombre. Oxalá

## 115

pueda yo encontrarte, ¡O mi amada Lucía!\* en una morada en que tu presencia misma, nada sea capaz de añadir á mi felicidad.

\* Lucía es el nombre que da Young á su difunta muger.

## DECIMASEPTIMA NOCHE.

## EL INGENIO.

O ciego amante de un mundo vicioso, ¿he de (a) sufrir que alabes sin cesar sus vanas grandezas, sus deleytes funestos? He desnudado á tus ojos ese ídolo, al que prodigas los inciensos: he acercado á él la luz de la verdad, y te lo he hecho ver tal qual es. ¿Qué puedes pues alegar en su favor? —¿Pero guardas silencio? ¿Podré lisonjearme de que ese silencio me anuncie el triunfo de la razon? No por cierto. Si es fácil el confundirte, no lo es el convencerte, y obligarte á confesarlo. Aspiras al título de grande ingenio, y el ingenio acostumbra á continuar hablando, aun quando ya la razon no halla que replicar. No puede esta por mas que quiera refrenar su insolencia, ni contener el flujo de sus vanas palabras.

El ingenio es una prenda preciosísima, siempre que se contenta con ser el intérprete de la razon; pero si se propasa á usurpar su autoridad, debemos considerarle como una verdadera enfermedad del alma. No es en tal caso otra cosa que el arte fu-



## 117

nesto de divertirnos con mil vanas agudezas, de embarazar la razon con otros tantos rodeos, de impugnar la verdad á fuerza de sofismas, y de amontonar obscuras nubes, para ocultarse detras de ellas, quando se ve apurado, á la importuna luz de la evidencia. El mundo ciego admira y aplaude aquel talento frívolo y peligroso. Se le figura, que tal ingenio es un dote raro. Pero ¡quán errado discurre! El juicio ¡O Lorenzo! es el que escasea, y al contrario abunda el ingenio. Este se halla en qualquiera hombre apasionado. El vino solo basta para producir sus mas felices ocurrencias. Rara vez dexa de acompañar un poco de locura al ingenio. Qualquiera causa, que baste á conmovier violentamente los espíritus animales, le hará dar esos falaces resplandores. La casualidad misma es suficiente para oponer al hombre ingenioso los mas viles rivales. ¡Quán poco aprecio debes hacer de esa frívola gloria, al ver que la estupidez, equivocando el sentido de tus mas felices ocurrencias, quizá se queja, con una compasion filosófica, de haber tropezado en tí con un loco!

Pero al contrario, ¡quán pocas veces (*b*) se halla aquella sabiduría, aquel juicio precioso, que profundiza y desmenuza los objetos, que nos hace analizar, comparar y pesar sus mutuas relaciones, asir y sujetar la verdad fugitiva! No busques esta sabiduría en las concurrencias numerosas: solo

## 118

un numero de mortales privilegiados logran la suerte de poseerla. El ingenio que carece de ella, tan comun como pernicioso, es un talento abandonado á la muchedumbre.

En la vida civil el juicio forma hombres: el ingenio no produce sino intrigantes: aborrece la autoridad, ama las turbulencias, y se aparece, como el relámpago que enciende las tormentas. Si es peligroso para los estados, no lo es ménos, para la religion. ¿Acaso se querrá abatir el ingenio á creer lo que creen los que él mira como necios? El juicio es como un morrion que nos defiende: el ingenio, al contrario, como un penacho, que sobresaliendo, es blanco seguro á los tiros, y no sirve sino para exponernos mas á los riesgos. El juicio es un diamante de peso, que tiene por sí mismo un precio verdadero. Si el ingenio lo pule, despedirá mas resplandor; pero, aunque quede en bruto, nada pierde de su valor intrínseco. El ingenio sin el juicio es una piedra falsa; y en lugar de ser un bien, es un mal: de nada sirve, sino de dar mas vela al navío, para que se precipite quanto ántes contra el escollo. Para ser un hombre completo, es menester que concurren en él ingenio y juicio; si este le falta totalmente será un loco rematado, despreciado de los mismos necios, que se juzgarán mas felices con su necesidad.

## NOTAS.

(a) Ven acá, amante supersticioso del mundo, acostumbrado á mirar con lastima á los desgraciados que estan enamorados del cielo, experimenta tú tambien el desprecio que mereces, y confúndete. ¡Qué eres tú, que así te envaneces! ¡Qué vienen á ser tu mérito mundano, tu grandeza teatral, sino un ligero vapor que se eleva sobre la orilla del horizonte? A tal distancia su aparente masa nos admira; aproximase, la buscan nuestros ojos, ya se ha desvanecido. Al contrario, el mérito del hombre virtuoso se asemeja á aquellos montes, que crecen, y se elevan mas y mas hácia las nubes, quanto mas se les acerca el caminante. El cielo le está prometido: ya lo goza con la esperanza, y dentro de poco será su poseedor eterno. ¡O y cuánto tarda para él este deseado momento!

(b) Es cierto que en el mundo se hallará una extraña rapidez de movimientos materiales, una admirable vivacidad de espíritus animales, cuya agitacion jamas produce idea alguna; pero de la qual nace, como ligera espuma, una alegría loca, que fermenta y chispea un instante, dexando al alma como evaporada, y en una especie de vértigo ó de atolondramiento. Se encontrará tambien un juego vivo y continuo de fibras elásticas, cuyo mecanismo jamas dirige la razon; pero cuya accion y movilidad se mantienen, mediante los sucos y tenues líquidos, que llenan y recorren tubos bien proporcionados, y conservados en perpetua tension. Se verá, en fin, que es una máquina de extremada



## 120

delicadeza; pero tambien que casi nunca estan sus resortes acordados; y una vez descompuesta, á Dios el dulce canto de tus sirenas, á Dios toda tu alegría. Parecias un semidios, y ya eres ménos que un hombre, sumergido en una cobarde tristeza ó una feroz desesperacion.

¿Es posible que la felicidad del cielo no haya de hacer impresion alguna en los sabios del mundo? ¿Ha de ser este, derecho privativo del error y de la locura? Nada produce en el hombre pensamientos mas serios que la idea de que la eternidad depende de una hora: con ella alimenta el sabio su razon; y toda su gloria y su placer se reducen á meditar de continuo esta verdad. No os avergonceis hombres mundanos de ocuparos del cielo. Vuestros proyectos acerca de la adquisicion de una inmortal felicidad no son de aquellos que se deben ocultar, y con todo son los únicos, cuya publicidad os causa rubor. ¿Cuán impropio es este, y cuán mal colocado! Pues os teneis por sabios oid una verdad, que jamas habrá hallado cabida en los infinitos planes que os habeis formado: verdad que ántes bien habeis desechado, siempre que os haya ocurrido. No es otra sino que la única diferencia, que distingue al sabio del insensato, es que este no proyecta sino para esta vida pasagera, y el sabio al contrario no pone sus miras sino en la futura. Esta es la balanza en que te pesarán todos los hombres sensatos; y así, no te admires si te encuentran falta de peso y liviano. ¿Y acaso serán ellos los únicos, cuyo concepto no aprecias? Sigue, sigue el sencillo plan que la recta razon te presenta en mis versos: salva tu reputacion, y asegúrate, gozando tambien de este mundo, la posesion del otro.

Y vosotros, verdaderos hijos de la tierra, pues á serlo reducis todos vuestros deseos, ya que juzgais que un sacerdote que os predica en verso, tiene mas

## 121

derecho á cautivar vuestra atencion, y que la poesía puede ennoblecer el ejercicio de mi profesion, mi musa se ha acomodado á vuestro capricho, y ha aventurado en metro las mismas verdades palpables, que hubiera podido anunciaros mi voz desde la cátedra evangélica. Olvidad si quereis mis versos; pero retened mis lecciones. No anheo vuestros elogios, sino vuestra felicidad. Mas ¿por qué razon me habian de mover los elogios? Veo la suerte que me espera, y me precipito animoso como otro Curcio en la sima del olvido. Mil obras voluminosas mueren cada dia sin ser lloradas. Ve, pues, produccion leve, y consagrada al mismo destino. ve á sufrirlo: envanécete de ser víctima de la verdad. El linage humano indignado no te dexará vivir mucho tiempo, y aun tu muerte misma no bastará para que logre el descanso. Tendrás que comparecer debaxo de la infernal bóveda ante el príncipe de las tnieblas, que te condenará como traydora á su imperio, y como blasfema contra su amigo el mundo: este mundo, en donde á tan baxo precio levanta exércitos tan numerosos, en donde se alistan tantos voluntarios debaxo de sus banderas, olvidados de toda prudencia, y de su propio interes.

¡Y es posible, exclama Lorenzo, que todos hayan de ser locos! Si, amigo, todos, excepto los que siguen la doctrina que acabo de exponer, y que tan nueva te parece. La voluntad es la madre de la sabiduría verdadera; y sin esta el hombre de mayor ingenio no es mas que un insensato. La sabiduría del mundo ha hecho muchos progresos, y los hará aun mayores en las ciencias y las artes, en la guerra y en la paz; pero así las artes como las ciencias y las riquezas, te dexarán á la hora de la muerte, y quedarás abandonado á una total pobreza.



## DECIMAOCTAVA NOCHE.

### LA CONCIENCIA.

Quando el cuerpo padece, implora el hombre el auxilio del médico. No sucede así al alma. Si la acomete alguna enfermedad, el primer efecto que esta produce es un delirio que la quita toda idea del mal que experimenta, y del riesgo que la amenaza. Quanto mas cerca tiene la muerte, tanto mas sana y robusta se cree. La enfermedad que se siente, y se conoce bien, está medio curada. Y por la razon contraria, es extremado nuestro peligro quando el hábito del vicio hace nuestro corazon insensible á la vergüenza. La conciencia perece entónces en fuerza de las multiplicadas heridas que la hace la maldad, y enmudece la voz del remordimiento. Perdemos poco á poco el conocimiento de nuestros vicios, nos connaturalizamos con ellos, los adoptamos como legítimas costumbres, nos gloriamos de ellos, y nos engreimos de nuestra propia ruina.

Así embriagada por el vicio se adormece la con-

## 123

ciencia al hechizo de un alhagüño canto. Languida se entrega á los brazos del deleyte, dexa caer de su perezosa mano las riendas de nuestras pasiones, y nos abandona al ímpetu de nuestros deseos, sin volver á llamarnos, y sin dar á entender que advierte nuestros extravios. ¡Te alegras ya de verla profundamente dormida sobre una cama de flores? Pues teme. No te fies de ese sueño, que es pérvido y pasajero. Repara aquel delator astuto, que, ocultándose detras de ella, anota hasta los ápices en su fatal libro la serie de nuestros vicios, y llena con muestras faltas su abultado volúmen. Espía incansable, tiene ocupados siempre sus ojos en acecharnos, y oye invisible á nuestro lado hasta el menor murmullo de nuestro corazon. Apunta todos nuestros errores. Nuestras mas rápidas imaginaciones no escapan de su vista penetrante. Apénas brotan los deseos quando los percibe; y sorprende en su mismo gérmen el punto imperceptible en que comienzan á nacer nuestros vicios. Semejante en sus inhumanas treguas al insaciable usurero, que oculta el libro devastador de sus cuentas al incauto jóven heredero, hasta que llegue el dia en que esté consumada su ruina, la conciencia nos dexa disipar el inapreciable tiempo; pero anota cuidadoso, léjos de nuestros ojos, todos los momentos consumidos frívolamente, ó manchados por las culpas. Graba

nuestra historia en láminas mas duras que el bronce. Llegará el tiempo en que la muerte lea esta historia al oido del pálido delinvente, y el Juez supremo la publique delante de todo el universo reunido, (a)

No; esta voz que habla al hombre en lo íntimo de su alma, no es una vana ilusion. No ha establecido la naturaleza dentro de nuestro pecho un oráculo embustero, ni se revocarán los juicios que pronunciamos acerca de nosotros mismos. La conciencia es un Ministro del Ser supremo, que le representa en el hombre. En nuestro interior tiene erigido su tribunal; y el Dios del universo confirmará las sentencias que este delegado suyo pronuncie.

¡Dichoso aquel que se introduce á menudo en su audiencia, que tiene ánimo para fixar la vista en su corazon desnudo, presentarse cara á cara á su conciencia, atender á sus reprehensiones, resignarse constante á sus juicios, y prometerse con fundamento imponer presto silencio á las delaciones y clamores de los remordimientos! Pero; quán raro es este valor! ¡Quán superior al de los héroes que el mundo admira! El hombre por lo regular huye cobardemente de sí mismo, y al mismo paso corre á su perdicion. Si le ocurre alguna vez volver á mirarse, no pasa de una veleidad, que al instante se desvanece. Podrá suceder que alguna vez se



## 125

determine á consultar su conciencia: quizás llegará á preguntarla que es la verdad—pero dexará la conversacion sin aguardar su respuesta, y huirá precipitado á esconderse en el tumulto del mundo para no percibir su voz.

A la primera vista de los bienes que la suerte presenta, retírate un poco, ¡O Lorenzo! suspende tu eleccion; pésalos con desconfianza uno á uno, y si hallas alguno, cuya posesion puedas asegurarte, admítelo. Verás que en ninguno encuentras esta seguridad, sino en aquellos que puedes tú mismo darte. *Todo es mortal en el hombre ménos la virtud.* Sola ella eterniza las felicidades que nos adquire, y comunica á sus bienes su propia inmortalidad. ¡Ah! si la razon dominase como soberana á tus sentidos; si tú conocieses las suaves delicias de la virtud, no darias oido, sino temblando, á los placeres frivolos. *Aun los mas indiferentes no lo-grarian llegar á las puertas de tu corazon sino con el beneplacito de tu conciencia, concedido despues del mas riguroso examen.* Si esta Reyna legítima no tiene un absoluto dominio sobre tu ser, todo él está en anarquía. Un pueblo innumerable de deseos se subleva dentro de tí mismo, se divide en bandos, se combate, y se destruye. No halla cabida la paz, y á cada instante se ve turbada tu falsa felicidad. Vagando léjos de tí tus pensamientos, y tus afectos corren sin cesar precipitados en busca

## 126

del deleyte por medio de las tormentas y de los escollos. Caro te cuesta el alcanzarlo; y con todo, ¡quánto ganarias en quedar burlado! Despues de padecer mil tormentos para conseguirlo, tienes que expiar su conquista con otros mil mas crueles. Cargas tu nave en riberas apestadas, y con tus tesoros traes el mortífero contagio. En lugar de apagarse se irrita tu sed rabiosa, y tu imaginacion insaciable, aun quando desfallecen cansados y agotados los sentidos, no cesa de perderles nuevos placeres.

Los deleytes que la conciencia desapueba son contrarios á la naturaleza, y así es indispensable que produzcan hastío y dolor. Sobre una misma basa colocó el Criador los fundamentos del universo y los de la virtud. A esta la combinó con nuestro ser. Las mas íntimas relaciones la unen con la naturaleza del hombre. Sus comunes intereses estriban sobre una misma ley. Así el insensato que se empeña en separarlos, padece en su misma esencia y la destruye.

En medio de los interminables combates del cuerpo contra el alma, no pueden ménos esta ó aquel recibir alguna herida. Si es preciso que uno de ellos la reciba, es justo que sea el que es á un tiempo ménos noble y ménos sensible. Este es el cuerpo, limitado por su naturaleza á las impresiones materiales de lo presente. El alma al



contrario, recorre y sujeta á su exámen lo pasado y lo futuro. A ella pertenece volver atras la vista, y sepultarse en la noche de los siglos, que ya no existen, como el anticipar con sus conjeturas la llegada de los venideros. Sus deleytes son inmensos como el tiempo y la naturaleza, y sus fruiciones son infinitamente mas vivas que las del cuerpo. Pero ¡quánto no sobrepuja tambien á este en la grandeza de sus dolores! Por los mas crueles, de que es capaz el cuerpo, puedes presumir los que causará el delito en el alma, quando llegue el momento de su castigo. Si la justicia humana tuviese poder para asirla y vengar en ella las maldades mas atroces, presto se abolirian los suplicios que se usan, se harian pedazos las ruedas, y se derribarian los cadalsos. Cuida, pues, de conservar tu alma, y abandona á la suerte todo lo demas.

El no vivir mas que la vida animal, que camina al compas del pulso, es estar ya muerto. Si no queremos estar en continua guerra con nosotros mismos, si queremos amarnos, aprendamos á conocernos. El hombre es un compuesto de dos partes, cuyas inclinaciones son opuestas. El alma ama la virtud, se prenda de la hermosura que la adorna. El cuerpo se apasiona al vicio, y mira como enemiga la virtud. Cree que la modestia le envilece, la justicia le despoja, la beneficencia le empobrece, la verdad le vende, y el valor le des-

## 128

truye. Siempre que no se oponga á la virtud, trátale con equidad, defiéndele, alimentale; pero en el momento que pretenda ser su rival, sujetale, mírale con el último desprecio, y si la virtud lo manda, no te detengas en abandonarle, sin misericordia, á las fieras y á las llamas. El amor de nosotros mismos nos impone este sangriento sacrificio; el desobedecerle seria aborrecerse á sí propio.

¿Qué es en efecto el vicio, sino una equivocacion de este amor de sí mismo, que, engañado por la apariencia, compra muy caro un falso deleyte, creyéndolo verdadero? ¿Y que otra cosa la virtud que este mismo amor ilustrado, instruido de sus verdaderos intereses, y atento á no hacer trato, que no sea ventajoso? ¿Qué es sino el amor del Ser eterno, de quien así él mismo, como todos los bienes dumanan? Todo otro amor que nos tengamos, no es amor, sino un odio disfrazado, mas perjudicial para nosotros, que el aborrecimiento de todos los demás hombres. Es un enemigo domestico, tanto mas temible, quanto se abriga en nuestro corazon. Demasiado lo reconoceremos en aquel dia en que el culpado, maldiciendo su existencia, anheará su destruccion, y deseará, penetrado de dolor, ser totalmente otro de lo que ha sido.

Dios depositó la verdad en la última hora del hombre. Adormecida durante la vida en el fondo

## 129

de su alma, permanece allí muda y oprimida, baxo de un cúmulo de vicios y de errores, á la manera que el gigante de la fábula, baxo la ardiente mole del etna. Pero esta hija del cielo, que asistió al consejo del Eterno quando crió el mundo, asistirá igualmente quando le juzgue. Entónces se despertará, saldrá del íntimo fondo de las almas en que se ocultaba, estremecerá con el trueno de su voz los oidos del culpado, y se apacentará en él como una voraz llama. El fulminante ceño de la verdad, vista cara á cara, penetra, agita, abrasa, atormenta de modo al delinquente, que no necesita otro suplicio. No aguardes, pues, ¡O Lorenzo! que tu conciencia rompa á pesar tuyo su silencio: atiende á sus consejos ahora que te son útiles, y que te los da con blanda y suave voz. Ten presente, que aunque los hombres pueden si quieren vivir como insensatos, todos mueren sabios á despecho suyo.

---

  
NOTA.

(a) La imaginacion se parece á las herrerías de Pafos. La imágen de la felicidad estropeada, coxa, y con el semblante encendido y ahumado como Vulcano, forja como él, y compone con infernal ciencia, de mil ideas extravagantes, aquellos dardos funes-



## 130

tos, que dan la muerte á tu tiempo, á tu salud, á tu riqueza, á tu gloria. ¿Quieres hacerte invulnerable á sus tiros? Pues vistete aquella armadura de celestial temple, que con arte divino fabrica la Sabiduria de rectos y saludables pensamientos, y que vendrá á traerte desde el cielo un ángel, para defender tu paz y tu virtud.



## DECIMANONA NOCHE.

### LA VIRTUD.

MI musa ya de describir cansada  
Los vicios de los miseros mortales,  
Va á retratar, para tomar aliento, (a)  
Un hombre virtuoso. Arrebatada  
Por su corazon mismo, con violento  
Impetu, á las mansiones celestiales,  
En ellas copiará su imágen bella.  
Mas que luciente estrella  
En medio de la noche tenebrosa,  
Brillará contrapuesta á la espantosa  
Obscuridad del quadro, que presenta  
El triste mundo á nuestra vista atenta.  
Tú que vas á admirarla,  
Proponte seriamente el imitarla.  
Baxad, ángeles todos: ayudadme,  
Y mi mano guiad, para que pueda  
Un mortal retratar, que aunque arrastrando  
Qual los demas en este instable suelo,  
Con el ánimo vive ya en el cielo.  
Miéntas qual torbellino el orbe rueda,

El va á su paso al puerto navegando:  
Qual poderosa nave, que aunque hundida  
La quilla, siempre sobre la espumosa  
Onda domina, recta y magestuosa.  
Observa mas allá de la extendida  
Esfera adonde alcanzan los sentidos.  
Ve aquel sabio sentado con sosiego  
Baxo de un cielo inalterable y puro,  
Adonde jamas llegan los temidos  
Huracanes que forman las pasiones.  
Nunca el cuidado, nunca el furor ciego  
Empañarán con su vapor obscuro  
Las claras y pacíficas regiones.  
Resignado y constante en su esperanza,  
No le inquietan los mas inopinados  
Sucesos, no la mas dura mudanza  
De los tiempos. Con ojos no alterados  
Recorre lo futuro, y si padece  
A gun vez, jamas su pena crece,  
No solo tanto que á desespera e  
Llegue, sino aun siquiera á perturbarle. (.)  
Todos estos nublados tenebrosos,  
Que sobre el mundo ruedan,  
A una distancia impnderab e quedan  
De aquellos horizontes v nturos s  
En que él seguro habita.  
Al rayo mismo que se p ecipita,  
De sus ardientes senos disparado,

## 133

Bien léjos de sus pies lo ve apagado ;  
Y sin perder la paz, compadecido  
Oye sonar remoto el estadillo.  
Repara su semblante tan sereno,  
Su mirar dulce, y de temor ageno.  
Mas ; qué mucho, si al cielo mismo ascienden  
Todos sus pensamientos, y descienden  
Hasta su corazon, á la manera  
Que los ángeles santos la escalera  
Mística de Jacob en aquel sueño  
Con que le confortó su eterno dueño!  
; Con qué placer tan puro se recrea  
En dar á su Hacedor culto rendido !  
; Con qué dulces deliquios ver desea  
Gozar su eterna escencia, descorrido  
Este velo mortal que le rodea !  
; Y cuánto mas en el feliz instante  
En que la oracion pia con semblante  
Inflamado al empíreo le conduce,  
Y hasta el pie de su trono le introduce,  
Rios de luz divina derramando  
Sobre él miéntras su Dios le está escuchando !  
Allí á solas el hombre venturoso  
Con su Señor, inmóvil, silencioso,  
Recogido aun en mas profunda calma  
Que la de los sepulcros, fixa en su alma  
Los ojos, y en sola ella reconcentra  
Todas sus reflexiones.

## 134

Allí el divino amor, qual fuego ardiente,  
Destruye todas las imperfecciones,  
Que aunque ligeras, siempre en ella encuentra,  
En su interior, quál plácida corriente,  
Un placer inefable derramando,  
Una delicia pura,  
Que va toda su esencia penetrando.  
Si el feliz hombre desde aquella altura  
Los ojos desdeñosos vuelve al mundo,  
Apénas las cabezas coronadas  
De los Reyes divisa, y agolpadas  
Turbas de esclavos viles, que afanados  
Los cercan, qual de un monte en un profundo  
Valle vemos confusos los ganados  
En su lóbrego centro derramados,  
¡Quán satisfecho vive, quán gozoso,  
Al ver quanto es su estado mas dichoso!  
¡Con qué lástima mira la aparente  
Grandeza de que gozan, y su necio  
Orgullo! Entónces sí que claramente  
De la virtud conoce todo el precio.  
Conoce que esta es real y no fingida,  
Como las que tal vez, con brillos vanos,  
Adornan á los hombres mas profanos.  
La suya reducida  
Está, á concluir con su sudor y empeño  
La imagen sacra de su eterno dueño.  
En su ser bosquejada

## 135

Quando benigno lo hizo de la nada.  
Las virtudes que ostentan  
Los mundanos son sola una apariencia,  
Un falso colorido  
Con que sus vicios disfrazar intentan.  
De un semblante estudiado la decencia  
Su corazon oculta corrompido,  
Que si desnudo al mundo se mostrara,  
Aun á sus semejantes asustara.  
No así, del justo la conciencia pura : (c)  
A todos se presenta, bien segura  
De que en su ámbito no hay rincon, que tenga  
Cosa que la avergüence, ó no convenga  
A su nobleza, aunque la luz mas viva  
Su interior todo á nuestra vista exhiba.  
Mas su mérito esconde, rezeloso  
De que la vanagloria  
Lo empañe con su aliento ponzoñoso.  
La modestia, sobre él tendiendo el velo,  
La mitad nos oculta de su gloria.  
Del mundo á los elogios, igualmente  
Que á sus desprecios, siempre indiferente,  
No pone su desvelo  
Sino en la aprobacion de su conciencia.  
En ella cifra todo su consuelo.  
Que vengan á buscarle los honores,  
Que los empleos, que las dignidades  
Le coloquen del mundo en la eminencia,

## 136

No perturban su juicio los vapores  
De la soberbia. Su alma se mantiene  
Inmutable entre aquellas vanidades.  
Nunca al exterior brillo se aficiona,  
Sino al mérito real de la persona.  
Si conocer alguna le conviene,  
Los prestados adornos separando,  
La grandeza del alma verdadera  
En ella sola atento considera.  
Ve que en el hombre nada hay comparable  
Al hombre en la nobleza, y respetando  
Su propia dignidad, si fuera dable  
Que el imperio del orbe á sus pies viera,  
Como el ente mas vil se miraria,  
Si en el grado menor se envanecia.  
Los sequaces del mundo se contentan  
Con qualquier cosa, que por solo un dia  
Resplandezca y agrade. Nunca cuentan  
Con lo futuro, y sí con lo presente.  
Muy al contrario el sabio; cautamente  
De todo objeto, todo pensamiento  
Hace exámen prolixo. Inquiérese atento,  
Primero que en su pecho les dé entrada,  
Qual su precio será, pasado un cuento  
De siglos; qual su brillo y su hermosura.  
En sus alas de fuego transportada  
Su alma, á lo mas remoto de la obscura  
Serie de lo futuro penetrando,

## 137

Desde aquel punto sin error alguno,  
Quanto existe actualmente exâminando,  
Los objetos aprecia uno por uno,  
Y su valor señala verdadero.  
¡Cómo muda de aspecto el orbe entero  
A su vista! Lo que ántes reputaba  
Un monte, ya es un átomo invisible.  
El peso de un imperio, que baxaba  
Su balanza hasta el suelo, es mas ligero  
Que el de un grano de polvo imperceptible.  
El punto mas brillante y hechicero  
Del mundo, le parece ya una impura  
Ligera niebla, que su vista impide.  
De un soplo la disipa, ó la divide,  
Y á dilatar ansioso se apresura  
Su perspectiva, hasta los apartados  
Objetos inmortales suspirados:  
Miétras que los demas en el luciente  
Disco del sol se fixan, y termina  
Su admiracion en la obra, él impaciente  
Mas allá de los límites, que dora  
Con sus luces, sus ojos encamina,  
Y á su artífice alcanza omnipotente;  
Le ve, se postra y su deidad adora.  
El solo á su Hacedor los soberanos  
Cultos tributa de un amor sincero.  
Solo él á los humanos  
Sabe tener afecto verdadero.

## 138

¡Cuán sin razon se alaban arrogantes  
Los mundanos, de amar sus semejantes!  
Sin pudor atribuyen  
A su afecto á la patria las acciones  
Con que á su interes propio contribuyen,  
Encargando á la fama que al momento  
Publique al mundo con aclamaciones  
Su zelo, y su falaz desprendimiento.  
¡Pérfidos! Ni valor tienen siquiera  
De amar á aquellos, á quienes prodigan  
El título de amigos. Siempre abrigan  
En su pecho la envidia mas grosera :  
Un rival peligroso  
Ven en cada uno de ellos, que pudiera  
Con el tiempo usurparles codicioso  
Los deleznales bienes á que aspiran,  
En cuya posesion su dicha miran.  
A la sombra menor, á una desnuda  
Sospecha de la envidia, el rompimiento  
Se sigue presto, la amistad se muda  
En mortal odio; y qual leon hambriento  
Su interes propio con furor se arroja  
Sobre ellos, los maltrata y los despoja.  
La humanidad y la virtud habitan  
Siempre unidas. Jamas un enemigo  
De la virtud fué verdadero amigo  
De los hombres. Aun quando nos excitan  
A admirarlos sus prendas, adornadas

## 139

De nobleza aparente,  
Nacen de impura y corrompida fuente.  
Tiembla, pues, del malvado las dañadas  
Ocultas intenciones,  
Si te hace cariñosas expresiones.  
El hombre anhela siempre ser dichoso,  
Cueste lo que costare.  
No puede serlo, mientras no juzgare,  
Que otro no alienta, en todo el espacioso  
Orbe, mas feliz que él. Si esto consigue,  
Muere su envidia. No hay un pensamiento,  
Que turbar pueda la profunda calma  
Con que el deseado bien disfruta su alma.  
No queda en ella ya donde se abrigue  
Pretexto alguno de aborrecimiento  
A los demas vivientes su iguales.  
Sus amigos serán, no sus rivales.  
El corazon entrega satisfecho  
Todo al suave y puro sentimiento  
De amarlos, y aun lo tiene por estrecho.  
¡Mas acaso en los bienes terrenales,  
Por mas que se acumulen, lograremos  
Tal dicha, que alguna otra no envidiemos ?  
¡Tú, justo, solo logras esta suerte !  
¡Solo en tí mora la beneficencia !  
¡Jamás la envidia viene á entristecerte !  
Tu riqueza conoces demasiado,  
Para que puedas codiciar la agena,

## 110

O mirar nunca con indiferencia  
De los demas mortales el estado.  
Seas feliz, ó seas desgraciado,  
Mientras la vulgar turba se enagena,  
Enfurecida, á la menor vislumbre  
De injusticia, tú sufres sosegado  
Todo perjuicio, toda pesadumbre.  
A un Dios justo los ojos dirigiendo,  
De la maldad sostienes los embates,  
Y á mirar no te abatís  
Como á enemigo al que te esta ofendiendo.  
Mas el aborrecerle te diera  
Que lo que aguantas de su rabia fiera,  
Pues que jamas perturba su reposo  
Sino lo que es á la virtud odioso.  
¡Ah, y quan grande deleyte experimenta  
Aquel, que en medio de las injusticias  
De los hembres, ó en medio del estruendo  
De tanta atroz tormenta  
De desgracias, ó ya entre las caricias  
Falsas de la fortuna, poycido  
Inmóvil su alma, puede descansar e  
De su Dios en el seno, reñido,  
Y en aquel dulce puerto resguardado,  
Del universo mismo enagenarse!  
¿Dónde está ese varán tan prodigioso?  
Dice al oirme, aquel cuya baxeza  
Nunca idea formó de la grandeza

## 141

De que es capaz el hombre virtuoso,  
Porque él jamás lo ha sido.  
¡Se halla acaso un mortal, sigue orgulloso,  
Que á resistir de la naturaleza  
Los impulsos alcance,  
O que oponerse pueda al encendido  
Raudal de las pasiones? ¡ Por ventura  
No fué el cielo, quien fuerza y movimiento  
Dió á este torrente para que se avance  
Rápido hácia el objeto apetecido?  
En vano humana fuerza se conjura  
A detenerle; arrastra turbulento  
Al hombre, y sus proyectos, sepultando  
En la profunda arena de repente  
Quanto por largo tiempo tristemente  
Contra él estuvo la razon labrando.  
Callad cobardes: ese hombre sublime,  
Que reputais un ente imaginario,  
Existe, y de las leyes no se exîme  
De la naturaleza. Dirigido  
Como vosotros por su plan constante,  
Mas siempre por sendero muy contrario,  
Ni un ápice le aparta la pujante  
Furia de las pasiones del debido  
Camino, ántes calladas y obedientes  
Su voz siguiendo van sin resistencia,  
Y encuentran su deleyte en su obediencia. (d)  
No conoce su pecho los ardientes

## 142

Fuegos devoradores, que producen  
Los intereses y rivalidades.  
Sus potencias, que claras siempre lucen,  
Las ideas distintas solo admiten  
A exâmen, y juzgândolas severas,  
La entrada únicamente á las verdades  
En su ánimo permiten.  
Nunca culpa con quejas lastimeras  
El arrepentimiento la acertada  
Eleccion, siempre en la virtud fundada,  
Y, por decirlo así, aquella alma pura  
Sin cesar goza de inmortal frescu a.  
Todas las partes de su ser unidas  
Con pasmosa concordia, y armonioso  
Movimiento caminan dirigidas  
A un mismo fin. Ya al hombre venturoso  
No cuesta la virtud esfuerza alguno.  
Esta en su corazon tiene adquiridos,  
En fuerza de los actos repetidos,  
Los derechos de un hábito constante. (c)  
Bien léjos de oeder al importuno  
Grito del vicio, reyna allí triunfante,  
Con mayor ascendiente  
Que la pasion mas viva y mas ardiente,  
De la voluntad dócil disponiendo,  
Que tan libre y gustosa va siguiendo  
Su impulso, que á sí misma se atribuye,  
Quanto aquella benéfica la influye.

## 143

¡ Quán feliz est ¡ El tedio mismo ignora!  
Este lento veneno, que destruye  
A los humanos, nunca se incorpora  
Con el curso agradable de su vida.  
Aunque uniforme tiene la dulzura,  
Que hace á la variedad apetecida.  
Es muy rara la aurora,  
Que al rayar no le muestre la hermosura  
De un horizonte nuevo, y le presente  
Delicias que no tuvo anteriormente.  
La órbita que hace la naturaleza  
Le ofrece las escenas mas brillantes,  
Que ya la variedad, ya la belleza,  
Hacen á competencia interesantes.  
El voraz tiempo en fin nunca envejece  
El objeto infinito que apetece.  
Solo él goza deleytes verdaderos. (f)  
Su dicha, como un hilo refulgente  
Se extiende, y dora toda la cadena  
De sus dias. Se le hacen tan ligeros  
Estos, que jamas siente  
La languidez que engendra la fatiga,  
Ni la incesante pena,  
Que la inconstancia causa, le atosiga.  
Como fundada sobre la admirable  
Basa de una virtud incontrastable.  
Por el brazo divino sostenido,  
Sobre una misma voluntad constante,

## 144

Qual firme estatua se mantiene erguido  
En la actitud mas noble. Ni un instante  
El equilibrio pierde, aun quando rueda  
De tal manera el mundo conmovido,  
Que de él al rededor nada en pie quede.  
Contento de sí mismo, con el claro  
Testimonio interior, y en el amparo  
De Dios poniendo toda su confianza,  
Halla en sí mismo, sin buscarla fuera,  
La felicidad pura y duradera,  
Que ni aun á sospechar el mundo alcanza.  
Qual Narciso en la fuente retratado  
Miraba su belleza enamorado,  
Así su mayor gusto es el de verse,  
Y nada teme mas que distraerse  
De aquel raptó completo y delicioso.  
Absorto, disfrutando del reposo  
Mas envidiable, quanto mas se mira,  
Mas satisfecho queda de sí mismo,  
Y mas humilde el insondable abismo  
De la bondad de su Hacedor admira. (g  
; Con cuánto amor, con qué fervor le adora!  
Hombre feliz, tú puedes alabarte  
Con verdad de que existes, y tú solo  
De tu existencia debes alegrarte.  
Perfecto encuentra el curso cada aurora  
De tu brillante vida, quando extiende  
Su grata luz del uno al otro polo.

## 145

Venga el día que quiera, no sorprende  
La muerte á tu alma, siempre prevenida.  
Ayer lo estaba, lo estará mañana,  
Si el cielo un día mas te da de vida.  
Así el justo, jamas de su inhumana  
Guadaña tiembla, y que se acorte el hilo  
De su tiempo, ó se alargue, está tranquilo.  
Si para el hombre frívolo es vacía  
E infecunda la vida, ¡quán fructuosa  
Es para el sabio! El hace con juiciosa  
Conducta que le valga un solo día,  
Y aun el menor momento,  
Un tesoro sin cuento.  
Como aquellos preciosos libros raros  
De la Sibila, cada vez mas caros  
Se vendian, al paso que menguaba  
Su número; así á un precio mas crecido  
El valor de sus dias va subiendo,  
Al paso que la edad los menoscaba,  
Y el del último ya es incalculable.  
O Reyes, si llegase á vuestro oido  
Su precio, qual trocarais corriendo  
Por él los tronos, y si fuera dable  
El mundo todo á vuestros pies rendido.  
¡Quién sino el justo sabe ser valiente?  
Si á la muerte los otros hacen frente,  
Ceden al torpe vicio acobardados,  
En los combates solo son osados,

## 146

Y aun allí, porque viene la engañosa  
Imágen de la gloria á confortarlos;  
Pero suceda que esta poderosa  
Extraña fuerza llegue á abandonarlos,  
Desaparece el héroe en el momento,  
Y queda solo el hombre sin aliento.  
El justo armado de un valor constante,  
Que jamas le abandona, se mantiene  
Firme en su puesto siempre y vigilante.  
Ni le arredra el dolor, ni el placer tiene  
Sobre él dominio alguno.  
Para él la misma fe fabrica un puente,  
Que atraviesa el abismo inapeable  
Lóbrego de la muerte, y junta en uno  
Los límites distantes del presente  
Mundo, y del venidero.  
Dirian que aquel hombre á la espantable  
Muerte y domina, con el mismo fuero  
Que si Dios su poder cedido hubiese  
Para que él á su arbitrio la risiese.  
Todo sin alterarse lo tolera.  
No hay cosa que no emprenda su atrevido  
Corazon, combatiendo hasta que muera.  
Cae por fin—grabado en el escudo  
Este letrero dexa: “Ya he vencido.”  
Todo hombre exclama, al verle tan dichoso;  
Sea mi fin al suyo parecido—  
Vive como él—mas á esto queda mudo

## 147

Cada uno, irresoluto y perezoso.  
Hombre frívolo, dime, ¿no conoces  
Que es este tu retrato verdadero?  
¿Tu débil corazón no reconoces?  
Incapaz de un empeño algo penoso,  
Inconstante y ligero,  
No puede hallar reposo en cosa alguna.  
De objeto á objeto vuela,  
Y de un deseo en otro se desvela,  
Ciego siguiendo una falaz fortuna  
Busca el placer, y sin placer se agita.  
Una inquietud eterna le ejercita.  
Esta es tu única herencia.  
También de la quietud la displicencia,  
Es para tí un tormento intolerable.  
Lo peor es que el mal es incurable.  
Son vanos todos sus medicamentos,  
Para aliviarlo, pues que á tus sentidos  
Con el uso continuo ya estragados,  
Son precisos deleytes, sazonados  
Con nuevos y exquisitos condimentos.  
Estos por algún tiempo repetidos  
Pierden su fuerza, y doblan tu amargura.  
No te queda otro medio, que olvidarte  
Hasta de los menores sentimientos  
De racional, y á ciegas entregarte  
Del torpe vicio á toda la locura.  
¿Mas aun así qué ganas? Es prestada

## 148

Esa facticia dicha decantada.  
Nunca tuya será, ni con sosiego  
Lograrás poseerla. Desde luego  
Que se aleje el objeto á que está unida,  
Es para tí totalmente perdida.  
Es onda, que resbala deleznable  
Baxo tu mano; tela despreciable,  
Que de inconexâs piezas recosida,  
Presenta á cada paso una abertura;  
Extravagante velo mal tejido:  
Como obra al fin, que labra la lura  
Con que, en vano pretendes prumido,  
Ocultar la miseria que te apura.  
De la fortuna el mas ligero aliento  
Todo su urdimbre rompe en un momento.  
Pieza por pieza se la va llevando,  
Y te dexa desnudo, y sin defensa:  
Qual blanco, expuesto á aquella lluvia densa  
De dardos, que la suerte cruel dispara.  
Siempre como Cain triste, y errando  
Sobre la tierra; huyendo presuroso  
De tí, porque á tí mismo eres odioso,  
La única dicha que la suerte avara  
Te da es mudar alguna vez de males.  
Es menester con todo, que gimiendo  
Sobre el hado fatal de los mortales,  
Confesemos, que en esta infeliz tierra  
De destierro, en que estamos padeciend

## 149

Una sangrienta y continuada guerra,  
Sin gozar otro bien que la esperanza,  
En este día de trabajo duro,  
Ve tal qual vez el hombre mas virtuoso  
Turbada de repente la bonanza,  
Cubrirse su horizonte de un obscuro  
Velo de nubes ; pero en un instante  
Tambien ve disiparse el proceloso  
Aparato, que siempre es pasajero,  
Y aunque por un espacio muy ligero  
Turbe del día el resplandor brillante,  
Nunca con total noche la obscurece.  
Lo único tal qual sólido que ofrece  
Este mundo, está todo reducido  
A exprimir de las cosas que presenta,  
Lo poco que contienen de dulzura,  
Y de ella hacer el uso permitido  
Por el cielo, de modo, que en la cuenta,  
Que ha de tomarnos, la alma se halle pura :  
En admitir con pecho indiferente  
Todo sutil placer, aunque inocente,  
En sufrir las desgracias sin rendirse,  
Y aun de ellas con desprecio sonreirse.  
De esta leccion la práctica produce  
Los héroes virtuosos, si fielmente  
La observan, y hasta el cielo los conduce.

## NOTAS.

(a) Su corazón dirigido siempre al cielo, se abandona al impulso que le lleva hacia aquella estrellada mansión.

(b) ¿Por qué? Porque la Sabiduría arregla con balanza justa los grados de amor que profesa á los hombres, y los enlaces que forma sobre la tierra, nunca aflojan los lazos que le unen al cielo.

(c) La desnudez cae bien a su corazón inocente, al paso que las espesas hojas, con que los otros cubren los suyos, atestiguan su corrupción.

(d) Sus pasiones, como una águila bien amaestrada, jamás toman el vuelo, que no lo dirijan hacia el Infinito.

(e) Los ángeles, sus amigos, bajan del cielo á fomentar en su corazón aquel grado fuego.

(f) La suprema Sabiduría es la suprema felicidad. Nada se halla en la virtud que sea diminuto, insípido ó vil. Quando consideramos que las ódenes que nos da nuestra recta razón son las del mismo Dios, ¡qué tanta grandeza no comunica al más pequeño acto de nuestra obediencia, el ser que no hacemos más que ejecutar su soberana voluntad!

(g) Los mayores de este mundo no llegan al primer grado de la felicidad del justo. Su loca alegría les cuesta la pérdida de la felicidad futura. Al contrario la del justo es una prenda de ella. El únicamente puede gloriarse de que su verdadera existencia aún no ha comenzado.

## VIGESIMA NOCHE.

## LOS CIELOS.

*La existencia de Dios y de los espíritus*

Así como despues de una jornada  
Larga y penosa, quando el caminante  
No halla el asilo á que se dirigia,  
Y ve venir la noche apresurada,  
A la primer cabaña, que delante  
Descubre, sus inciertos pasos guia;  
Y en ella recogido, aunque contento  
De lograr aquel pobre alojamiento,  
Piensa triste algun rato en el perdido  
Viage, restaura su vigor rendido,  
Con lo que allí la escasa suerte ofrece,  
C n cantares sus penas adormece,  
Y engaña el tiempo, hasta que su beleño  
Dulce bre sus oj s vierta el sueño.  
Así yo, fatigado  
De los largos errores de la vida,  
Y locuras del mundo tumultuosas,

## 152

Al fin de mi carrera, desahuciado  
Ya de mis esperanzas engañosas,  
A este humilde cabaña reducida,  
Para hallar el descanso me he acogido.  
De mi alma para siempre he desterrado  
Quanto deseo vano la ha afligido;  
Determinado irrevocablemente  
A no dexar jamas este retiro,  
En paz aguardo la hora, que suspiro,  
De mi reposo, y en la tarde obscura  
De mi vida divierto dulcemente,  
Entre tanto que dura,  
Mis amargos pesares  
Con los mas serios y útiles cantares.  
Mil dolores crueles martirizan  
La vejez: mis acentos los suavizan.  
Todo el mundo moral he recorrido:  
La vanidad he visto y la mentira  
Dominar juntas su ámbito extendido.  
Tambien he visto, que al linage humano  
Le persigue un dolor inevitable,  
Mientras por las penosas sendas gira  
De su vida caduca; este tirano  
Le asalta á cada paso inexôrable.  
Con lágrimas sinceras he llorado  
La muerte de cada uno  
De mis amigos, y con oportuno  
Aviso he señalado



## 153

Los legítimos límites, que debe  
Respetar la tristeza, á que nos mueve  
Su pérdida. Tambien he demostrado  
A los hombres la sola duradera  
Fuente de la alegría verdadera.  
He expuesto los efectos prodigiosos  
Del amor con que Dios al hombre mira :  
No ménos he pintado los de su ira,  
Quando supremo Juez de los humanos,  
Coronado de rayos espantosos,  
Castigará severo á los profanos,  
Que sus justos preceptos no han cumplido.  
Al hombre he convencido  
De su inmortalidad. He delineado  
A sus ojos un quadro, aunque abreviado,  
De las verdades que creer debemos,  
Y de aquellas virtudes que tenemos  
Que practicar, á fin que en paz vivamos  
En este cruel destierro, y consigamos,  
Que á la dulce esperanza  
Suceda eterna bienaventuranza.  
Al llegar á este punto, su carrera  
Interrumpe mi musa un breve instante,  
Y volviendo los ojos de esta altura  
A la tierra distante,  
Las sendas poco holladas considera,  
Que de la luna aclara la luz pura,  
Y acaba de cruzar aventurada.

## 154

La vejez, de su audacia lastimada,  
La previene, que en breve  
Es preciso que piense en el reposo:  
Que el espacio que aun debe  
Recorrer, para dar por acabada  
Su empresa, es demasiado trabajoso,  
Y prolongado para su flaqueza;  
Pero ella se consuela y regocija,  
Al ver ya cerca el fin de su prolija  
Fatiga, y se desdeña de escucharla,  
Pensado con viveza,  
Solo en el gusto que ha de resultarla,  
De llegar á aquel término deseado.  
Así otro caminante  
Rendido del cansancio, y anhelante,  
Que por fin ha trepado  
De un alto monte á la empinada cima,  
Registra desde allí la dilatada  
Serie de oteros, rios y llanuras,  
Que ha atravesado en su aspera jornada,  
Y al paso que á su casa se aproxima,  
De viajar fastidiado, en las dulzuras  
Que en ella ha de gozar, con mas empeño  
Piensa; su corazon suspira ansioso  
Por llegar á ella. No le desanima  
La distancia, ántes bien al desempeño  
Del camino que falta mas le alienta:  
A sí mismo se jura, que al reposo

## 155

Una vez vuelto de su dulce asilo,  
Sin salir á arrostrar nueva tormenta,  
Su vida en él acabará tranquilo.  
Sí: demasiado tiempo me he obstinado  
En mi amarga tristeza :  
Sobradamente al cielo he importunado  
Con mis quejas culpables. Ya ha adquirido  
Mi débil corazon otra entereza :  
A fuerza de experiencias he aprendido  
Del cielo á agradecer las paternales  
Miras, y sonreirme de mis males.  
Muda, pues, ya de tono, musa mia ;  
Y descorriendo á tu esperanza el velo,  
Con los suaves acentos del consuelo,  
Aquellos cantos de dolor expia.  
Mas ahora, quando ya estan agotadas  
Por la vejez mis fuerzas, y apagadas  
Casi del todo mis inclinaciones,  
Quando mi corazon marchito y frio,  
Entorpecidas ya sus sensaciones,  
Ha perdido aun el gusto de la vida,  
Y el mas privilegiado afecto mio,  
La amistad misma está desfallecida :  
Ahora, quando la muerte con impío  
Furor, uno tras de otro ha arrebatado  
Todos quantos amigos he contado,  
Y aun á mí propio, con su soplo horrendo  
Está ya de apagarme concluyendo,

## 156

¡Será posible ; O noche ! que piadosa  
Me animes nuevamente á la gloriosa  
Avanzada carrera,  
Y que de nuevo con tu soplo alientes  
Aquel celestial fuego, que anos hace  
Inflamaba mi pecho, y ahora yace  
Entre cenizas muerto, de manera  
Que despida otra vez llamas ardientes?  
A tí ; O noche ! debia  
Todos los pensamientos,  
Que despues en mis versos repetia !  
Tú me los inspirabas,  
En aquellos momentos solitarios,  
En que á tí te dirigen sus lamentos  
Secretos, los amantes ;  
Y quando el dulce sueño derramabas,  
Qual bálsamo eficaz de los diarios  
Males del mundo, sobre los restantes  
Mortales, yo velaba únicamente  
Haciéndote amigable compañía.  
No ; aquella Diosa misma enamorada,  
Que la fabu'a cuenta, que velada  
De sombras, desde el trono reluciente  
Sostenido en los ayres, descendia  
Con silencio á los brazos del querido  
Mortal, no tuvo el corazon herido  
Por su bello pastor, con la ternura  
Que el mio se sintió por tu hermosura !

## 157

Con todo, á tí, cuya presencia amable,  
Cuya influencia propicia,  
Causáran de mis cantos la delicia,  
Todavía en ellos no te he celebrado :  
Ven, pues, para que pague esta innegable  
Inmensa deuda, asísteme benigna:  
Esta gracia concede última y digna  
De tí misma, á mi ingenio, aventurado  
A bosquejar tus prendas inmortales !  
Y vosotras esferas celestiales,  
Prestadme vuestra plácida armonía ;  
Haced de modo, que á esta Reyna angusta,  
Que vuestro excelso coro arregla y guía,  
Tributar pueda una alabanza justa !  
Entónces sí ; suspenderé gustoso  
Mi lira, sin pulsarla nuevamente,  
Hasta que vuelva mi ceniza fria  
A despertarse al eco melodioso  
Del angélico canto, y del obscuro  
Sepulcro vaya vivo y refulgente,  
Con mi acento sonoro,  
Tambien á acompañar sus arpas de oro,  
En el asilo plácido y seguro,  
En donde nunca la vejez helada,  
La inquietud, ni el dolor tienen entrada.  
En aquel paraiso afortunado,  
En aquellos vergeles deliciosos,  
Por la noche jamas obscurecidos,

## 158

En que siempre la muerte y el pecado,  
Monstruos devastadores y espantosos,  
Fuéron desconocidos.  
Allí los astros, que ahora tan distantes,  
Unas débiles chispas nos parecen,  
Perdidas en el éter, qual brillantes  
Inmensos soles juntos resplandecen,  
Y del hombre á los ojos admirados,  
Derramarán raudales incesantes  
De luces, que los dexen deslumbrados.  
¡O noche! tu, en quien todo es magestuoso,  
Del universo Augusta antecesora,  
Tú, que nacistes ántes que la aurora,  
Y has de sobrevivir al luminoso  
Astro que la produce,  
Tú, que inspiras à todos los mortales,  
Sin arbitrio un respeto religioso,  
Al divino poder, que se trasluce  
En tu noble belleza;  
¡Cómo cantaré yo los celestiales  
Rasgos, que adornan tu naturaleza?  
¡Por dónde he de empezar á celebrarlos?  
Y si comienzo, ¡quando he de acabarlos?  
Tu frente tenebrosa  
Se presenta de estrellas coronada.  
¡La multitud de nubes, matizada  
Por las diversas sombras, con hermosa  
Variedad de mil nubes diferentes.



## 159

Por tu inmenso contorno señalada,  
Salpicados de adornos refulgentes,  
Componè tu soberbia vestidura,  
Que de tus pies ondeando al movimiento,  
Se despliega por todo el firmamento !  
; En nada ; O noche ! la naturaleza  
Mas su magestad muestra, y su ternura,  
Que en tu obscura grandeza !  
; Mi musa cantarà reconocida  
Tu elogio, hasta que seas  
Por todos los mortales aplaudida :  
El coronará el fin de mis tareas !  
Es un negro telon, todo sembrado  
De estrellas de oro, que correr intento  
Sobre los demas quadros que he pintado,  
Para qué dé á la escena complemento.  
; Y qué objeto mas digno de cantarse,  
Para un ingenio humano puede darse !  
Los ángeles celebran en el cielo  
Del universo la maravillosa  
Creacion. Pues nosotros desde el suelo,  
Alegres entonemos  
Tambien esta preciosa.  
Cancion, miéntas que llega el feliz dia  
De seguirla en su excelsa compañía.  
; Con qué ensayo mejor conseguiremos  
Preparar de estos débiles sentidos  
Las fuerzas desiguales,

## 160

A sostener los rios desmedidos.  
De las felicidades celestiales ?  
El Dios eterno, destinando el hombre  
A mirar cara á cara la radiante  
Gloriosa magestad de su semblante,  
A fin de que de pronto no se asombre  
Y desmaye, ha dispuesto que por grados,  
De su vista acostumbre la flaqueza,  
A ver, del universo en la belleza,  
Algunos de sus rasgos trasladados.  
Quiere, que estos prodigios recorriendo,  
En este teatro inmenso amontonados,  
A contemplar aquella luz divina  
Poco á poco sus ojos vaya haciendo,  
A que mediante su bondad camina,  
Que se familiarice  
Su alma con los portentos,  
Para que á tal elevacion subiendo  
De ideas nuevas, no se atemorice,  
Y la energía de sus sentimientos  
Aumente cada dia, de manera  
Que no quede oprimido á la primera  
Impresion de su dicha inopinada.  
Que en fin, mirando atento la apartada  
Mansion del alto cielo que le espera,  
Contraiga la actitud correspondiente  
De admiracion, de amor y reverencia,  
Con la que de su Dios en la presencia

## 161

Ha de permanecer eternamente.  
Así, quanto mas se haya engrandecido  
Nuestra alma en esta vida transitoria,  
Con estos elevados pensamientos,  
Tanto mas se atraerá de aquel crecido  
Raudal de deliciosos sentimientos,  
De aquella inmensa inundacion de gloria.  
¡O Monarca del cielo poderoso!  
¡Tú, cuya vista sola es la inefable  
Y suma dicha! ¡Tú, que únicamente  
Puedes llenar el hueco prodigioso,  
Que el universo dexa en la insondable  
Capacidad del corazon humano!  
Que en medio del torrente  
Rápido y delicioso  
De celestiales raptos, que gozaba  
El hijo de Jesé, quando fixaba.  
Buscándote, su vista en el lejano  
Quadro del firmamento,  
Y sus nocturnos fuegos contemplaba,  
Te dignaste tocar sus encendidos  
Labios, dar á su voz divino aliento,  
Y acordar su arpa de oro  
Con la armonía del celeste coro:  
Pues que hoy, con mis pinceles atrevidos  
Emprendo trasladar la mas sublime  
Entre todas tus obras materiales,  
La que mejor tu magestad exprime,



## 162

Mi audacia favorece,  
Haz que mi alma inflamada,  
Vuele bien lejos de los naturales  
Términos de esta esfera limitada,  
En que el sol resplandece ;  
Mi ingenio eleva, desde el escondido  
Rincon del universo, en que ha vivido,  
A la vasta region de las ideas,  
Que á pesar de mil ásperas tareas,  
Jamás mortal alguno ha conocido :  
Enséñame á subir esta escalera  
De entes, que de esta base tan distante  
A tu trono brillante  
Guia á todo mortal : de tal manera  
Mis pasos endereza,  
Que hasta tu llegue, sin que deslumbrado  
De alguno de ellos cayga despeñado.  
Haz que vea toda la naturaleza,  
Con los divinos ojos de su dueño,  
Y que mi ingenio brille, qual la pura  
Luz de una estrella, entre la noche obscura.  
¿ Me engañaré en mi empeño ?  
¿ Acaso no es tu influencia  
La que ya penetrar en mi alma siento ?  
¿ Lograre que mi endeble inteligencia  
Despida, del nublado tenebroso  
Que cerca su terreno alojamiento,  
Un fulgor inmortal y milagro o ?

## 163

Tú también ¡O Lorenzo! cuidadoso  
Pasas la noche en vela; mas tu objeto  
No es la virtud. Los dos crueles tiranos;  
La ambición y el placer, que te dominan,  
No dan á sus esclavos mas reposo,  
Aun quando ven que estan en tal aprieto,  
A fuerza de fatigas, y de insanos  
Trabajos, que vencidos y no atinan  
A cumplir sus tareas, que un instante  
De sueño apresurado,  
De suspension inquieta y vacilante.  
¡Por sus vanos caprichos agitado,  
No trastornas tú mismo, por seguirlos,  
El órden natural de noche y dia,  
Llegando totalmente á confundirlos?  
A media noche empieza tu culpado  
Dia, que dura hasta que su sombría  
Cortina corre el sol, que aun ve pasmado  
De tus vicios los últimos excesos;  
Pero quando ya notas los progresos  
Que hace su luz odiosa,  
Como las fieras á su tenebrosa  
Caverna, al lecho corres á ocultarte:  
La noche empieza para tí, y qual leño  
Insensible te vuelve el tardo sueño,  
Hasta que el sol se inclina á la otra parte  
Del claro mediodia: de manera  
Que quando con mas vivos fuegos dora,



## 164

Desde aquella alta cumbre nuestra esfera,  
Entónces para tí apunta la aurora.  
Interrumpe ahora un poco la carrera,  
Que de uno á otro delito te conduce.  
Un instante siquiera toma aliento.  
A ese estrellado cielo, que reluce  
Sobre tí, mira atento,  
Si poder sostener la vista entiendes  
De ese cielo que tanto audaz ofendes.  
Si eres afecto á la magnificencia,  
Si te hechizan palacios adornados,  
De techos de oro puro artesonados,  
En que compitan arte y opulencia.  
Si gustares de bóvedas suntuosas,  
En que brillen las piedras mas preciosas,  
O si acaso, infeliz, buscando fueres  
Los deleytes, y entre estos prefirieres  
Los que se gozan en la sombra obscura,  
Esa bóveda Augusta considera,  
Repara en su divina arquitectura,  
Tan magnífica en todo y duradera,  
En donde encontrarás amontonada  
Tal multitud de objetos admirables,  
No menos ostentosos que agradables.  
Pues tu puedes gozar de su hechicera  
Belleza, sin temor de que arruinada  
Tu salud quede, de perder tus bienes,  
Ni de hallar vergonzosamente aiada



## 165

Aquella gloria que adquirida tienes. (a)  
Mira del sol la amable y blanca hermana,  
Que con su luz templada te convida  
A recrear tu endeble vista, herida  
Del resplandor del día. Mas humana  
Que el despota radiante de la esfera,  
Cuyo fuego en tus ojos reverbera,  
A tus sentidos luce,  
Mas sin causarles la menor fatiga.  
Léjos de deslumbrarte con su amiga  
Claridad, tus miradas introduce  
A lo mas interior del mismo cielo:  
Te pone en posesion de su brillante  
Espacio inmenso. Rasga el denso velo  
Que te estorbaba, y te abre aquella escena  
Desconocida, de portentos llena,  
Cuya belleza es mas interesante,  
Porque de negra sombra está cercada.  
La antorcha moderada,  
Que á la noche preside,  
Solo unos rayos débiles despide  
De luz, que por los ayres derramada,  
No sirve de otra cosa,  
Que de hacernosla ver mas magestuosa.  
¿Cómo? ¿El astro que el mar de su hondo asien  
Elva en masa, y á baxarlo vuelve  
Con diario y arreglado movimiento,  
Que con el mismo arreglo desenvuelve

## 166

Sus cristalinas ondas, inundando  
Las costas, y de nuevo las encierra  
En su fondo, su furia sujetando,  
Con cuya agitacion, de ellas destierra  
La corrupcion, que experimentarian,  
Si en perpetua quietud permanecian !  
¡Este astro no tendrá atraccion bastante,  
Para elevar una alma desde el suelo,  
Hasta el punto del cielo,  
Que este de él mas distante ?  
Ven, ¡O Lorenzo! Ven á enardecerte  
¡Tu corazon arranca de esa estrecha  
Esfera, en que lo tiene atormentado  
La ambicion, y á sus pies encadenado !  
Comienza á desprenderte  
De esos prestigios, de esa contrahecha  
Belleza, con que el mundo te alcina :  
Ven á formarte una alma enteramente  
Distinta, que con fuerza peregrina  
Supere del poder el aliciente  
El oro dexa á aquellas almas viles,  
Que á los pies de los grandes, qual reptiles  
Inmundos, arrastrando lo mendigan,  
Y ve á surtirte á aquellas eternas  
Copiosas minas que en su seno abrigan  
Los altos cielos para los mortales.  
Leva anclas : abandona este pequeno  
Globo. Yo te prometo ser tu guia .

## 167

Sígueme con empeño,  
Por ese azul océano infinito,  
Que ni conoce escollos ni riberas.  
No hay en él tempestades, ni varia  
El viento el rumbo, no hay en su distrito  
Pirata alguno, que la paz quebrante,  
Ni enemigas banderas ;  
Nadie detiene ó roba al navegante.  
Tus largos viages te han evanecido ;  
Pues sábete, que aun eres extranjero,  
Respeto al universo. Recogido  
Contempla ese hemisferio ilimitado,  
Que la naturaleza, con ligero  
Y agradable pincel ha dibuxado.  
Por ese vasto espacio es por donde hemos  
De caminar. Comienza pues conmigo  
A andar la vuelta entera,  
Que á todo lo criado dar debemos.  
Aun quando exácto la terrestre esfera  
Hayas rodeado, con razon te digo,  
Y tú mismo, al mirar lo que te pasa,  
Dirás, que aun no saliste de tu casa.  
Claramente hallarás que nada viste,  
Hasta que toda la obra has recorrido.  
¿ Pero estas libre ya ? Víctima triste  
De la ambicion : ¿ por fin has sacudido  
Sus cadenas ? Pues juntos dirijamos  
Nuestro vuelo, qual nuevos Prometeos,

## 168

Al estrellado alcazar; no temamos  
Robar, pues no es delito, su celeste  
Fuego, tan digno de nuestros deseos.  
Despreciando el trabajo que nos cueste,  
A la lumbre de aquellas apartadas  
Antorchas, que dan luz al firmamento,  
Corramos á encender con noble aliento  
De la virtud las llamas apagadas.  
Dexa atras con tu idea esta espaciosa  
Atmósfera, en que lidian con rabiosa  
Furia los elementos encontrados;  
Sube mas lejos que los dilatados  
Depósitos, de donde se originan  
Las lluvias; de los vastos almacenes  
Del granizo y la piedra, de la helada  
Region, donde los copos delicados  
De la nieve se afinan,  
Que el seco suelo de abundantes viene  
Cubren con su benéfica morada;  
Penetra mas allá de las ardiente  
Fraguas, en que los rayos se fabrican,  
Y se forman y encienden las tortuosas  
Centellas: mas allá de los pendientes  
Aereos antros, en que las tormentas  
Nacen, se crían y se fortifican:  
Donde envueltas en sombras silenciosas,  
Aguardan que las lentas  
Horas, las armen de las vigorosas,

## 169

Y prestas alas, de la voz tonante,  
Y de aquella violencia irresistible,  
Que emplearán quizás, en el instante  
Para los hombres mas inopinado,  
En trastornar con rapidez horrible  
Un mundo por sus culpas profanado.  
Dexa atras, aun las órbitas inmensas,  
Por la ciencia en el dia calculadas,  
De los astros errantes,  
Que en tiempo antiguo, con sus colas densas,  
Y con sus cabelleras rutilantes,  
Tuvieron aterradas  
Las gentes ignorantes,  
Que pronósticos tristes los creian  
De los males, que al mundo sucedian.  
Nada de eso detenga tus curiosas  
Miradas: sigue el vuelo hácia otras cosas,  
Que al hombre mismo exceden,  
Y con mas fruto contemplarse pueden. (b)  
Tu alma, hasta aquí aterida y marchitada,  
Por los vapores frios y groseros  
De la tierra, va á abrirse á los primeros  
Rayos ardientes, que esa congregada.  
Multitud de orbes sin cesar despide.  
Todas tus facultades, juntamente  
Puestas en un activo movimiento,  
Van á restablecerse y desplegarse.  
Cesará esa torpezá, que ahora impide,

## 170

Que por tu ser circule libremente  
La energía, y verás tu entendimiento  
De sublimes ideas adornarse.  
Quando Dios crió al mundo,  
Dixo á esos luminares celestiales :  
“ Id, y alumbrad al hombre puntuales.”  
¡ Juzgas acaso tú, que resplandezcan,  
Para guiarte á ese escondite inmundo  
De los vicios, ó á fin que favorezcan,  
Como cómplices viles, tus odiosos  
Excesos, tus deleytes vergonzosos ?  
No: sino solo para dirigirte  
Por las sendas morales,  
Qual lo executan por las materiales.  
¡ Por qué, pues, ¡ O mortal alucinado !  
En las tinieblas vas á sumergirte,  
Léjos de los senderos que conducen  
A la virtud ? ¡ Aguarda desdichado !  
Vuelve á seguirlos, que para esto lucen  
Esos astros. Tus pasos encamina  
Tras de su resplandor, asegurado  
Que te guiarán á su mansion divina.  
A vista de los cielos,  
El alma de respeto penetrada,  
Se abre toda á su activa y dulce influencia :  
La sensibilidad, los duros hielos  
Derrite, que se oponen á su entrada,  
Y hasta lo mas profundo la enternece.

## 171

Ya por sí, el alma no hace resistencia  
A la sabiduría, que procura  
Apoderarse de ella, ántes se ofrece  
Pasiva á la impresion, que la hermosura  
De tantas maravillas la ocasiona.  
De su admiracion misma el placer nace:  
*Este sus facultades aprisiona;*  
Y el alma, que ya plácida sosiega,  
Sin resistencia á la virtud se entrega.  
Sí: yo mismo este enlace,  
Y graduacion de efectos, ahora siento.  
En el primer momento,  
Mi alma de admiracion extraña llena,  
Un confuso deleyte percibia,  
Qual si estuviera de su juicio agena:  
Mas presto me despiertan repentinos  
Impetus de placer casi divinos.  
El pasmo y el amor ahora á porfía,  
Sobre poseer mi corazon contienden,  
Le conmueven, le agitan y le encienden.  
¡Cómo arde! ¡No me cabe ya en el pecho!  
¡Ay Dios, y qué aparato tan suntuoso!  
¡Qué adorno magestuoso  
En ese celestial inmenso techo!  
¡Qué enorme profusion de maravillas!  
¡Qué pompa aun en las cosas mas sencillas!  
¡Qué luxo, en todo lo que el soberano  
Criador ha puesto su divina mano!

## 172

¡Qué arte desconocido  
Ha podido hermanar la dulce calma  
Al placer vivo con que hechiza el alma  
La vista de ese hermoso y desmedido  
Teatro, y hacer que con inagotable  
Encanto, á proporcion que lo miremos,  
Sin cesar adoremos su inefable  
Autor, y un placer nuevo disfrutemos !  
Un sol alumbra solo el claro dia,  
Mas la noche los cuenta á millaradas,  
Cuya claridad gua  
Nuestra vista, hasta el trono inaccesible  
Del Eterno, por mil ilimitadas  
Sendas, en que se encuentran señaladas  
Huellas de su poder incomprehensible.  
De esas urnas sin cuento,  
¡Qué torrentes de fuego se derraman,  
Y á unirse vienen desde el firmamento  
De mi vista en el punto imperceptible !  
¡Ni allí se paran, ántes descendiendo  
Al corazon, ya siento que lo inflaman !  
Absorto, confundido,  
Entre dos movimientos suspendido,  
Opuestos totalmente, me estoy viendo ;  
Tan pronto al alto cielo arrebatado,  
Como en el polvo átonito y postrado.  
¿Y habrá acaso mortal que al cielo mire,  
Sin que le ocupe el pasmo,

## 173

Sin que á un tiempo le inspire  
El terror de un respeto religioso,  
Y el ardor impetuoso  
Del mas vivo entusiasmo ?  
¡Quién puede contemplarlo, y detenerse  
En solo lo que ve, sin resolverse  
A atravesarlo, y á buscar ansioso  
Aquel Ser poderoso, incomprendible,  
Que sacó de la nada  
Esa multitud de astros indecible,  
Que aunque de una materia inanimada,  
Animan toda la naturaleza ?  
¡Obra maravillosa, ilimitada,  
Digna del Dios que te hizo ! ; Es imposible  
Que alcance la flaqueza  
Del hombre á ponderarte dignamente !  
No obstante, el hombre desagradecido,  
A esta hora en torpe sueño sumergido,  
Olvida el culto, que tan justamente  
Tributar debe á tu Hacedor potente.  
Mas no velo yo solo ;  
Millares de millares de invisibles  
Espíritus celestes, esparcidos  
Del uno al otro polo,  
Con acentos al hombre imperceptibles,  
Cantan conmigo unidos  
La alabanza inefable,  
Debida á tu arquitecto incomparable.

## 174

¡El universo es el augusto templo,  
En que humildes le adoran !  
¡Quántos miles de lámparas brillantes  
Su alta bóveda doran ?  
¡Cómo derraman, quando las contemplo,  
En mi alma los ardores fulminantes  
Del zelo, y la dulzura  
De la religion pura !  
Sí: ¡ á voces ese templo nos predica  
El Dios, que dentro de él está escondido !  
¡Con qué elocuencia esta verdad explica  
La noche, al corazon que la da oido ?  
La religion es hija indisputable  
De las verdades de la astronomía:  
Un astrónomo ateo es un portento  
De estupidez, el mas inexplicable:  
Todas las criaturas á porfia  
De Dios nos hablan; mas si conocemos,  
Aun en las mas pequeñas, que de intento  
Registramos sus rastros misteriosos,  
En las grandes Dios mismo se apodera  
De nuestra alma en el punto en que las vemos.  
En un momento se halla iluminada,  
Llena de sentimientos deliciosos,  
Que toda la penetran, qual la cera  
Penetra un fuego activo. Ya inflamada  
Su curiosidad, quiere adelantarse  
A conocerlo todo, mas pa mada,

## 175

A cada paso ve multiplicarse  
Los objetos. Descubre por instantes  
En el vasto universo, otra infinita  
Muchedumbre de nuevos habitantes,  
De espíritus de clases diferentes,  
Que numerar en vano solicita.  
¡O remotas estrellas refulgentes!  
¡Vuestro destino cierto declaradnos!  
Satisfaced también la ansia curiosa  
Que nos mueve, ¡ó planetas! explicadnos,  
¡Cuál es el fin para que fuisteis hechos!  
Di por tu parte, ¡ó bóveda suntuosa!  
¡Qué tanta multitud de astros contienes,  
Que aun nos parece que estarán estrechos,  
No obstante tu grandeza desmedida!  
¡Edificio infinito, que no tienes  
Límites que terminen tu cabida!  
¡Obra sublime! ¡Fuistes destinada  
A ser del Dios eterno la morada!  
Pero que he dicho. ¡Apénas he nombrado  
A Dios, tu vasta imagen se ha achicado!  
¡Ha desaparecido tu belleza!  
¡Y en miseria se ha vuelto tu riqueza!  
Delante de aquel ser, se desfigura,  
Desaparece todo lo criado.  
El universo mismo todo junto,  
A su divino dueño comparado,  
Perdida ya su agigantada altura,



## 176

Es un pigmeo, un invisible punto.  
Mas si á Dios olvidando,  
A tí, ó grande universo, te cotejo  
Con el hombre, que presto recobrando  
Tus derechos perdidos,  
Vuelves á aparecer en mi presencia,  
Con el tamaño interminable, anexo  
De tu naturaleza á la existencia.  
Mi alma ve dilatar tus reducidos  
Círculos, y alejarse de repente  
De cada centro la circunferencia,  
Por muchas líneas infinitamente  
Largas y varias, rápidas huyendo,  
Y yo me quedo aislado en un horrendo  
Desierto, en que anchamente  
Contenerse pudiera,  
Un segundo universo, si existiera.  
Así quando saliendo  
De su vasto depósito, rebenta  
Por todas partes una atroz tormenta  
Aun mi mo tiempo, c n la repentina  
Fuerte explosión, el ayre conmovido  
Se abre, y entre sus ondas apartadas  
Queda un abismo, de donde impelido  
Con presta rapidez se remolina :  
Huye cada nublado, dilat das  
Y circulares líneas formando,

## 177

Unas contra otras con furor chocando,  
Ruedan, se extienden desde su hondo asiento  
Hasta tocar al alto firmamento.  
Siempre que pienso en Dios, los encendidos  
Astros se apagan, y á mis sorprendidos  
Ojos minoran y desaparecen :  
Pero si miro al hombre, cada esfera  
Recobra su tamaño, y resplandecen  
Todas, con luz tan viva, que qualquiera,  
Si solos sus sentidos consultara,  
Por los dioses del mundo los juzgara.  
; Y extrañaremos que esas inmortales  
Obras, que entre las cosas materiales  
Sobresalen suntuosas y brillantes,  
Llegasen á usurpar de las naciones,  
En los siglos groseros é igaorantes,  
Qual si fueran deidades,  
De un culto errado las adoraciones ?  
El que contemple su magnificencia,  
Casi disculpará las necesidades\*  
De aquella ménos torpe idolatría,  
Y admirará quizá la inteligencia

\* Esto mismo dice el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría, cap. 13, hablando de los idólatras por las siguientes palabras : Se imagináron que el sol ó la luna ó las estrellas eran dioses—pero es eran siquiera ménos culpables que los que adoran las mismas obras de sus manos.

## 178

De los antiguos sabios, que explayáron  
La poca fuerza que en el hombre halláron,  
Y desde le baxeza en que yacia,  
Hasta el cielo siquiera le subiéron :  
Mas por desgracia el vuelo detuviéron  
En los planetas y astros, engañados  
Con los adornos de que estan dotados,  
Y por sus dioses los reconocieron,  
Sin llegar, qual debieran, á la pura  
Deidad, que les dió el ser y la hermosura.  
Si del arte ¡O Lorenzo! los primores  
Te deleytan, repara ¡qué admirable  
Arte, quan elevada geometría,  
De los cielos se observa en la estructura !  
En las piezas menores,  
Como en las grandes, brilla inimitable  
Aquella celestial Sabiduría,  
Que con número obró, medida y peso,  
Quanto su augusto sello lleva impreso.  
Quando los hombres débiles emprenden  
Un edificio débil, y pretenden  
A una excesiva altura levantarle,  
Se ven regularmente precisados  
A dexar á los siglos, ó á los hados,  
El cargo de acabarle.  
En las obras de Dios muy al contrario,  
La eleccion y el acierto han esculpido  
Su sabia intervencion por todos lados.



En un objeto vasto y ordinario  
Al parecer, ó un punto reducido  
Que en ellas observemos,  
Resplandecer veremos  
Los brillos del ingenio y la grandeza.  
En cada una la fuerza y la destreza  
Estan exáctamente combinadas.  
De sus adornos ni uno hay que no sea  
Util, al mismo tiempo que hermosa :  
Jamás Dios gasta en vano su riqueza.  
Reyna en sus arregladas  
Expensas una noble economía,  
Una sabia opulencia.  
Mira en ese hemisferio ; que armonía !  
;Qué perspectiva ! ;qué magnificencia  
En todo brilla ! ;quan bien entendida !  
;Con qué variable novedad movida,  
Sin fin se extiende á nuestra vista ansiosa,  
Su forma cada vez mas delectosa !  
;Y qué diremos de esos celestiales  
Viageros, que dan vuelta á su alta esfera  
Resbalando en sus líquidos cristales !  
;Quánta es la rapidez de su carrera !  
;El rayo mismo, quando arrebatado  
Vuela, con su presteza comparado,  
Arrastra torpe sobre sus fatales  
Alas de fuego ! Solo el pensamiento  
Puede seguir veloz su movimiento.

## 180

¡Qué multitud de esferas desmedidas,  
Que unas sobre otras incesantemente  
Se remontan ! ¡Qué de órbitas inmensas,  
Que no paran, en otras incluídas,  
Y de ruedas con ruedas endentadas !  
¡Obra en que todo está siempre corriente !  
Quedan á este espectáculo suspensas  
Las potencias del hombre y abismadas.  
La fantasía deslumbrada y ciega,  
A lo que la razon ve claramente,  
Casi el credito niega.  
¡Qué infinidad de lineas espirales,  
Y de curvas en todo desiguales,  
Que unas con otras forman, con distinto  
Impulso entretexidas, sin reposo,  
Un vasto y arreglado laberinto,  
Mas cuyo enlace y órden no alcanzamos !  
¡Qué enxambre numeroso  
De orbes, cuya grandeza inconcebible  
Hace que el que habitamos  
Parezca solo un punto imperceptible !  
Y qué intervalo inmenso los separa  
Unos de otros ! ¡ Pues qué será el enorme  
Espacio á contenerlos suficiente,  
Y á que todos circulen libremente ?  
Por mas que nuestro ingenio trabajara,  
Jamás comprehenderia la disforme  
Capacidad de aquel inapeable

## 181

Abismo, en que se pierde el pensamiento.  
Y nunca creas que esa formidable  
Máquina, del desórden es asiento:  
Tus ojos otra cosa no perciben  
En ella mas que un caos luminoso :  
No puedes distinguir su delicada  
Trama, el impulso oculto que reciben  
Sus resortes, el órden primoroso  
De su invariable marcha acelerada  
;Qué de magnificencia y de belleza !  
;Qué enormidad de masas ! ;qué presteza!  
;Qué constante armonía !  
;Qué exâcta y admirable policía  
Entre tal sociedad de orbes errantes !  
;Qué diseño en el plan tan acabado !  
;Qué conexiõn entre las mas distantes  
Partes ! ;con qué órden todo colocado !  
;Qué grandeza en el fin ! ;cómo el conjunto  
Todo concurre al ideado punto  
Del bien universal ! Mas obedientes  
Que el hombre, á las sagradas  
Leyes, por su alto dueño promulgadas,  
Esos orbes sin número puntuales  
Caminan por las sendas diferentes  
Que les trazó, sin que un paso siquiera  
Salgan de ellas, en toda su carrera.  
Las órbitas que forman desiguales  
Sus varios movimientos,

## 182

Se cruzan sin cesar y se dividen,  
Mas nunca se embarazan ni se impiden.  
Tal vez se anudan ; pero por momentos  
Se desatan. Parece á nuestra vista,  
Que esos planetas confundidos se unen,  
Mas presto sin esfuerzo se desunen,  
Y uno del otro un vasto espacio dista.  
La ley que los precisa á separarse  
Es la que hace que vuelvan á juntarse.  
Un órden invariable  
Sus irregularidades de tal modo  
Mide y sujeta, que lo arregla todo.  
Mas lo que observo, aun es mas admirable.  
Mientras todo va y vuelve apresurado,  
En tanto que está todo en movimiento,  
En medio de las vueltas y revueltas  
De ese sin fin de enormes masas sueltas,  
A pesar del impulso continuado,  
Que con la rapidez del pensamiento  
Hace andar tanta rí eda desmedida,  
En que está esa grande obra sostenida  
¿Qué silencio en toda ella tan profundo !  
¿Qué universal quietud ' ; no se percibe  
El menor ruido en la extension del mundo '  
; Ni un leve soplo se oye que lo avive !  
; Todo el está callado,  
Qual si fuera un inmenso despoblado '  
; Ese pueblo de globos prodigioso,

## 183

A un tiempo, con silencio respetuoso,  
Rápido rueda á vista del divino  
Criador, que el ser le ha dado,  
Sin suspender un punto su camino!  
Se les mandó que nunca descansaran;  
Pero que al mismo paso respetaran  
El reposo del hombre, resbalando  
Sobre él ligeramente, y no vibrando  
Mas que una suave luz, para arrullarle  
El sueño, y que no pueda incomodarle.  
Pero esa inmensa mole registremos;  
Por toda ella la vista dilatemos.   x  
Mas ¡qué digo! mis ojos fatigados  
No hallan en su extension límite cierto  
Y último que los fixe, y extenuados  
Sin fin, por un desierto,  
Que á todas partes es interminable,  
Se pierden, y con ellos se extravía,  
Sin saber donde va mi pensamiento.  
Mi imaginacion misma, que incansable  
En su elevado vuelo parecia,  
Lo abandona oprimida; y si porfia  
En recobrar su aliento,  
Ni puede resistir al atractivo  
Que la arrebató, ni por mas que avance  
Llegar á distinguir el fugitivo  
Término, que se escapa de su alcance.  
¡Tal es de aquel deleyte la viveza!

## 184

¡Tal del plan que recorre la grandeza!  
Aquí es ¡ay cielos! en donde se encuentran  
Los hombres y los ángeles, en donde  
De igual placer se ven arrebatados.  
Nuestros ojos aquí se reconcentran  
En los mas altos cielos, y se esconde  
La tierra, que dexamos remontados,  
Para mezclarnos con los venturosos  
Celestes habitantes.  
Y esos inmensos soles luminosos  
De la lóbrega noche, ¡quan distantes  
De nosotros no estan! ¡ En vano suda  
El sabio en numerar su incalculable  
Elevacion! De algunos de ellos duda  
Si la luz que despiden ha podido,  
No obstante su presteza incomparable,  
En tantos años como ya ha existido  
El mundo, andar aquel espacio inmenso,  
Y llegar á esta tierra tan lejana.  
¡ Ah! ¡ dexad todavía que suspenso  
Dé licencia á mi vista, que se afana  
En volver á teneros por objeto,  
Para que os exâmine con respeto!  
¡ Jamas, jamas me cansaré de veros,  
Y admirar ese piélago indecible  
De prodigios, profundo y extendido,  
Cuya grandeza en todo inconcebible,  
Jamás muestra sus límites pestreros!



## 185

¡ Ese campo de luces desmedido,  
En donde solo un Dios numerar sabe  
Ese sin fin de estrellas, que oprimido,  
Aun en su inmensidad apénas cabe!  
¡ Ven, pues, ¡ O tú, ambicion! á ponderarnos  
Las conquistas que has hecho  
En esta tierra, en este átomo estrecho,  
En que el grande Hacedor quiso ocultarnos!  
¡ Pero que nuevo pasma irresistible  
De mi alma se apodera?  
¡ Quáles son las columnas, que la esfera  
Del cielo apoyan! ¡ Qual el inflexible  
Eje sobre que rueda  
De todo el universo el peso horrendo,  
Sin que jamas falseado un punto ceda?  
¡ Qué industria, que poder, que no comprendo  
Son las que hacen nadar esas inmensas  
Masas sobre las ondas cristalinas  
Del éter? ¡ Si acaso las divinas  
Manos del Criador, las que suspensas  
De mil cadenas de oro las sostienen?  
Sí: su voluntad sola es la que fixa  
A todas en su centro, y allí tienen  
Sobre aquel ayre mismo deleznable,  
Para siempre una basa incontrastable,  
Dura como el diamante. Y quando exija  
La ocasion que el diamante su dureza  
Pierda, el mismo poder en el momento

## 186

Lo ablandará, y hará que en ligereza  
Exceda aun al mas líquido elemento.  
¡Qué extrañas! ; Si es el Dios que de la nada  
Lo saca todo, y con igual presteza  
Lo vuelve á anonadar quando le agrada!  
; Quan legible se muestra su existencia  
En ese azul volúmen dilatado,  
A la vista del mundo siempre abierto!  
; El mismo de ese cielo en la eminencia  
Grabó en letras de fuego su sagrado  
Nombre, á quantos le miran descubierta!  
; Quan auténticos son, quan permanentes  
Todos esos lucientes  
Caractéres, que quando comenzáron  
Los siglos su existencia se estampáron!  
; Jamas pudo del hombre la profana  
Mano alcanzar á su remota altura,  
Ni alterar su pureza!  
En lugar, pues, de la mania insana  
De afear de esos astr s la belleza,  
Adoptando quimeras, que figura  
Nuestra desordenada fantasia,  
O trocando en imágenes monstruosas  
Sus formas celestiales, c n impía  
Baxeza : en sus esferas al contrario  
Leamos las preciosas  
Verdades, que á la vista n s presentan.  
Esa vasto espectáculo tan vario,

## 187

¡Qué es otra cosa mas que un acabado  
Sistema, que demuestra la existencia  
De un Dios, y en que se ostentan  
Completamente su poder y ciencia,  
Que la naturaleza ha desplegado  
A los ojos, que estudian su hermosura  
En el silencio de la noche obscura?  
¡Y el hombre necio pide todavía  
Milagros! ¡Necesita por ventura  
De otros para notar sobre la alteza  
De la naturaleza  
La mano que la guía,  
Aquel supremo Ser que la ha criado,  
Y que es su último fin determinado?  
¡Cuál es el hombre que contemplar puede,  
Por los velos rompiendo  
De la lóbrega noche ese estupendo  
Y callado universo, sin que quede  
En un pasmo total, y diga ansioso:  
“ ¡En dónde podrá estar esa divina  
Mano, que á nuestros ojos se ha ocultado  
Detras de esa magnífica cortina?  
¡Y qué brazo invisible y poderoso  
Será el que á ese soberbio y complicado  
Sin fin de mundos puso en movimiento,  
Do toda la gran máquina arreglando  
Los resortes diversos é infinitos?  
¡Quién, esos vastos globos redondeando,

## 188

En medio de ese líquido elemento  
Los arrojó inflamados, los distritos  
Inmensos del espacio atravesando,  
En número mayor que las brillantes  
Perlas que vierte la rosada aurora,  
Quando asomada ya hácia los distantes  
Balcones del oriente, húmeda llora,  
O que las chispas de una dilatada,  
Selva, de enormes árboles poblada,  
Quando un rápido incendio la devora?"  
La antigua noche vió en solo un momento,  
Por la luz invadida, y habitada  
La desierta extension de su hemisferio  
De millares de fuegos, que en violento  
Tropel, para usurpar su quieto imperio,  
El negro y denso velo la rasgaron,  
Y esmaltado de estrellas lo dexáron.  
¡Y quién es el caudillo que conduce  
Detras de sí ese séquito luciente,  
Ese ejército de astros obediente,  
Que sus nombres alista, y los reduce  
A una regla severa, señalando  
A cada qual su puesto, y ordenando  
Sus marchas y sus vueltas incesantes  
En períodos fijos y constantes?  
¡Acaso no es el mismo que tronando  
En el reyno del caos tenebroso,  
Los hizo levantarse á la primera

## 189

Seña, y salir del seno de la nada,<sup>1</sup>  
Donde yacian en mortal reposo;  
Que de oro los vistió, y de duradera  
Resplandeciente luz, y que formada  
Su muchedumbre toda con severa  
Disciplina, de fuego vivo armada,  
Del éter la guió por la llanura,  
Para hacer una guerra eterna y dura  
A tu impiedad, y á quantos lisonjeros  
Vicios conducen sus pendones fieros!  
¡Querrás decir que la naturaleza  
Es la que lo hace y lo dispone todo?  
Pero ¡qué es ella misma, y su belleza,  
Sino la obra de un Dios, y un nombre vano,  
Si este la dexa un punto de su mano?  
¡Pudo de ningun modo  
A sí misma el ser darse,  
O puede por sí misma conservarse?  
¡Pides milagros! ¡Hombre ingrato y ciego  
¡No tienes á tu vista el mas patente?  
Del universo el órden prodigioso  
¡No demuestra y persuade desde luego,  
Aun al ingenio ménos ventajoso,  
La existencia de un Dios omnipotente?  
Qualquiera otro portento,  
Que este órden regular saca de asiento,  
No es otra cosa que una alarma dada  
Por el mismo Señor á los dormidos

## 190

Mortales, con el fin de que despierten,  
Y le conozcan en la inusitada  
Prueba. Mas por desgracia, empedernidos,  
Ya ni aun con ella quedan convencidos,  
Y hácia otra parte la atencion divierten,  
Porque palpar su ingratitud les hace,  
Al paso que sus dudas satisface.  
;Incrédulos! decidme: ;aquella mano  
Que la naturaleza ha recludo,  
Y la tiene sujeta en el ceñido  
Círculo de sus leyes invariable,  
Ménos ostentará su soberano  
Poder, ó será ménos admirable,  
Que la que, contrapuesta en el intento,  
La saque de su asiento,  
Y su curso ordinario  
Interrumpa con ímpetu contrario?  
¿Se necesita acaso ménos fuerza  
Para formar un sol, y precisarle  
A seguir inmutable su camino,  
Que para hacer que su carrera tuerza,  
O de pronto pararle  
Quando está al occidente ya vecino,  
Y obligarle que á paso acelerado,  
De fuegos respirando un torbellino,  
Vuelva al remoto oriente amedrentado,  
En tanto que la luna, suspendido  
Su curso, se reposa

## 191

Sobre el valle florido  
De Ajalon, y el prodigio observa ansiosa?  
Grande portento es este, mas no puede  
Compararse al criar la menor cosa.  
Con ventaja infinita este le excede.  
Desde aquellos vergeles hechiceros,  
Dulce morada de nuestros primeros  
Padres, hasta estos días infelices,  
Sigue la gran cadena con cuidado  
De los prodigios que el Señor ha obrado:  
Por mas que sutílices,  
No podrás hallar otro semejante  
En la magnificencia, ese brillante  
Conjunto de portentos, que varía  
A tus pasmados ojos cada día.  
A estos grandes milagros que observamos,  
Que siguen un período constante,  
Efectos naturales los llamamos ;  
Mas no lo son, sino para el que necio  
A nada sabe dar su justo precio ;  
Para aquel hombre, cuya limitada  
Y torpe vista, le hace semejante  
A los brutos estúpidos, que nada  
En el cielo distante  
Reparan, si lo miran,  
Mas que unas vanas chispas que en él giran  
¡Y es posible que haya hombres tan endeble  
Que elevarse no pueden á esa altura,

## 192

A leer en caracteres indelebles  
La existencia de Dios, y que se atrevan  
A tratar de locura,  
El creer lo que no puede comprenderse?  
; Necios, para los cuales no se llevan  
Entre sí diferencia, lo imposible,  
Y lo que meramente es invisible!  
; Quál, pues, fué el fin, que pudo proponerse  
El geómetra Todopoderoso,  
Quando despues de haber al infinito  
Del vasto plan las líneas prolongado,  
Entes en él sin número sembrado,  
Y un pasmo silencioso,  
Esparcido por todo su distrito,  
Dexó caer de su mano,  
Del universo á la mayor hondura,  
Ese pequeño racional gusano,  
El hombre, á fin de que sobre la dura  
Tierra arrastrando, viese  
De aquella vasta escena la hermosura,  
Y en incesante admiracion viviese?  
; Y por qué quando abraza nuestra vista  
La bóveda del cielo, y encendidos  
Globos que en su extension giran perdidos,  
Y la inflaman, no es dable que resista  
Nuestra alma al estupor, que repentino  
La embarga, ántes turbada  
Al ver la omnipotencia del divino

## 193

Autor, parece quasi anonadada ?  
¡Quál será el fin si no es el de que el homb  
Presumido, á medida que se asombre,  
Aprenda á no negar al Ser supremo,  
Lo que su corto ingenio no concibe?  
¡Lleva á bien una vez, mortal blasfemo,  
Que aquel Señor glorioso y admirable,  
De quien tanto portento el ser recibe,  
Sea él mismo un portento inexplicable !  
El que hizo de la nada ese hemisferio,  
¡No será, quando ménos, un misterio,  
A su obra no inferior ? ¡Pretenderémos  
Que aquellas cosas mas inaccesibles  
Sean las mas perceptibles  
Para la torpe vista que tenemos,  
Y que nuestra razon, mas fácilmente  
Comprehenda al Hacedor, que á sus hechur  
Para que comprehender á Dios lograra,  
Seria menester precisamente,  
Que de ser Dios dexara,  
Y nosotros de ser sus criaturas.  
Nadie comprehende á Dios, sino Dios misur  
¡Qué distancia, qué abismo  
Infinito separa  
Al hombre del Señor que le ha criado !  
En este asunto aquello mas sublime,  
Y que mas nos espanta, mas se acerca  
De la verdad, y nada satisface

## 194

A la razón, sino lo que su osado  
Orgullo á fuerza de grandeza oprime.  
¡Hubiera acaso tu vanidad terca,  
Que de la autoridad aprecio no hace,  
Creído que esos astros existiesen,  
Por solo el testimonio que otros diesen?  
Mas tus ojos te tienen satisfecho,  
De que de esas lumbreras la existencia  
Una fábula no es, sino es un hecho.  
Los rasgos de grandeza  
Y magestad que la naturaleza  
Lleva grabados en su misma esencia,  
Son en cierta manera un juramento,  
Con que el Eterno á la razón humana  
Su existencia asegura.  
No solo la atestigua el firmamento,  
El universo todo se la jura.  
Si separas su esencia soberana  
De la naturaleza, á esta no queda  
Nada de noble y grande. El hombre mismo  
Desesperado, en el momento rueda  
A un tenebroso y espantable abismo  
En que ya no divisa cosa alguna.  
En él se arroja voluntariamente  
El infeliz incredulo, tiente do  
Por una gran fortuna  
El arrastrar vilmente  
De aquel estrecho fondo en la impureza.

## 195

¡Esfuézrate, infeliz! ¡Del pozo horrendo  
Alza los ojos! ¡Queda penetrado  
De susto al verte en él encarcelado!  
¡Repara como la naturaleza  
Te sitia sin cesar por todas partes,  
Para vencer la indómita fiereza  
De ese tu pirronismo pernicioso!  
¡En vano apurarás todos tus artes  
Para defensa tuya! ¡Circuido  
De ese esquadron de mundos formidable,  
Que no te dan un punto de reposo;  
Cubierto de la luz de la evidencia,  
Advierte qual te encuentras oprimido  
Por una muchedumbre innumerable  
De cadenas brillantes, que por fuerza  
Te sujetan á un Dios! ¡Tu resistencia  
Es inútil! ¡No puedes libertarte  
De su poder! Feliz en ser su esclavo.  
¡Qué impía sugestion tu ánimo esfuerza,  
Imprudente, á arrojarte  
A escapar de las manos generosas  
De ese bienhechor tuyo blasfemando!  
¡Te tienes por tan bravo,  
Que triunfar puedas de las temerosas  
Fuerzas, con que su brazo irresistible  
A la felicidad te está arrastrando?  
¡Y qué esfuerzo opondrás á esa indecible  
Multitud de portentos coligada,

## 196

Que hácia él te impele rápida y porfiada?  
¡Ese sinfin de globos que la tierra  
Por todos lados cerca, y que te encierra  
En su estrecho recinto, te executa  
Para que un Dios confieses sin disputa!  
¡Obedece, y adóralo rendido!  
¡Aun dudarás; y tú solo atrevido  
Desmentirás la atestacion conforme  
De ese concurso enorme  
De testigos, á quienes sin rezelo  
Debes dar fe, y que juntos en el cielo,  
A confundir tu falsedad se aplican,  
Y la existencia de su autor publican?  
El hombre al universo fué enviado  
Para ver. Por los ojos se introducen  
En su alma las ideas que conducen  
A la dicha á que ha sido destinado:  
Se le entregan sin que él las solicite,  
Ni que un ímprobo estudio necesite.  
No le precisa la naturaleza  
A que vaya á perderse en la penosa  
Metafísica, ó rompa la maleza  
De una enredada lógica espinosa,  
Ni ménos á que corra fatigado  
Por el círculo enorme de la historia,  
De anécdotas cargando la memoria.  
Tarea harto mas facil le ha asignado,  
Despues de haberle dado la postura

## 197

Recta, para que mire en derechura  
Al alto firmamento,  
Y fixe en él tambien su pensamiento.  
“! Lee, le dice, en todas ocasiones,  
En esos cielos tus obligaciones!”  
;Cómo penetran mi alma, y la enternecen  
*Los rayos despedidos*  
Por los astros, que en ellos resplandecen!  
Sus morales influencias se introducen  
A sus mas escondidos  
Senos, y suavemente la reducen  
A abrazar las verdades, que descienden  
De los tesoros que sobre ella penden.  
Quando miro esos mundos apartados,  
Creo ver otros tantos diputados,  
Que vienen á anunciarnos, que á infinita  
Distancia de ellos su Monarca habita,  
A los mortales ojos invisible,  
De su gloria en el templo inaccesible.  
;Y podrá el habitante presumido  
De la tierra, negarse á dar audiencia  
A esta excelsa y magnífica embaxada,  
Que de aquella region tan elevada,  
Hasta el humano alcance se ha abatido,  
Para hablarle del ser, y la excelencia  
Del Soberano eterno que la envia,  
Y darle, llena de sabiduría,  
Consejos importantes y sinceros

## 198

Sobre sus intereses verdaderos ?  
¡O Lorenzo! ¡despierta el pensamiento!  
Que las alas tomando, y movimiento  
Del presto rayo, en un instante solo  
Vuele de polo á polo,  
Y llegue del oriente al occidente!  
Ya todo el universo has recorrido;  
¡Dime, has podido desapasionado  
Contemplantarlo, sin verte totalmente  
Confuso y convencido?  
Renuncia, pues, á la razon, ó adora  
A tu Criador postrado,  
Y el perdon de tu audacia humilde implora.

Cansada ya tu vista del espectáculo de los cielos, ó demasiado torpe para leer en ellos, ¿deseas una prueba mas sencilla de la existencia de Dios? Pues atiende. Esta sirve de basa á todas las demas; pero no puede hacer impresion sino en un oido aplicado. Para abarcar con tu entendimiento esa cadena indivisible, retírate del tumulto del mundo, en donde interrumpidas las ideas, es imposible que se sigan y se encadenen. Cierra por dentro las puertas de tu alma, recoge todos tus pensamientos, reprime tu imaginacion inconstante, corre un velo sobre tus sentidos, y acalla los gritos de tus pasiones. Vele y reyne sola tu razon. Entónces en la mas profunda calma, en el silencio de la naturaleza y de la

## 199

noche, seguro de que se desvanecerán todas dudas, pregúntate á tí mismo, como yo me he guntado:

¿Qué soy yo? ¿de dónde he salido? Lo igno lo único que sé es que existo. Luego ha de ex un Ser eterno: porque si hubiera habido un instante en que nada existiese, jamas hubiera tido ser alguno. Y si hay alguna cosa eterna acaso el género humano? Si así fuera, seria precision infinita la cadena de nuestros ascenc tes. ¿Y cómo podemos concebir que lo sea, al que cada uno de sus eslabones es tan frágil, y saparece tan presto?

¿Puede acaso ser cada uno dependiente de para existir, y ser el total de ellos independie Supongámoslo, y venos aquí envueltos en nu dificultades, metidos en medio de un océano límites, y sin descubrir una ribera á que poda abordar. ¿De dónde provienen la tierra, y globos luminosos? ¿Son tambien eternos? ] concedamos aun la eternidad de la materia. ¿ tienen otro padre que ella esos globos? Sus for y sus movimientos anuncian prevision, design miras sublimes. La prevision, los designios, miras, suponen arte, inteligencia. Este arte, inteligencia no proceden por cierto de la mat ¿Procederán acaso del hombre? ¿Mas cómo pu este ser autor de una obra, de la que, aun desj

## 200

de acabada, apenas alcanza á concebir la menor idea? Con todo, hasta ahora nada habemos supuesto, que exceda al hombre en poder y grandeza. ¿Quién ha dado, pues, el movimiento á esas masas enormes? ¿Quién ha comunicado al informe cuerpo de la inerte materia la facultad de perder su innato reposo, de mudar de lugar, de dividirse, y de revestirse de millares de varias formas? ¿Quién la ha dado alas para volar rápida por el inmenso espacio? ¿Es por ventura el movimiento de esencia suya? En tal caso cada átomo participaría esencialmente de él, y agitándose todos ellos de continuo, formarían á cada instante un nuevo universo. Pero si el movimiento es extraño á la materia, y no puede por consiguiente dársele á sí misma, ¿cómo han podido salir esas esferas aladas, esos cuerpos brillantes, con tan distintas y hermosas formas, de su conjunto inmóvil? ¿Reune acaso la materia á la facultad de moverse el pensamiento, el ingenio y el juicio? ¿Posee á fondo las Matemáticas? ¿Es ella la que ha arreglado esas proporciones y establecido esas leyes, cuyas simples conjeturas han inmortalizado á Newton? Si así es, ¿cómo se reirán sus sabios átomos del hombre, que tan satisfecho está de tener mas entendimiento que el barro! Pero despreciando, como debemos, estas ridículas burlescas suposiciones, no podemos ménos de confesar, que para formar, mover y guiar esos



globos, son indispensables arte, poder y sabiduría, muy superiores al hombre, y que tales facultades son inconcebibles en la pura materia, sin que dexa de serlo, ¡y no se infiere palpablemente que hay un Ser dotado de ellas, que reyna en el universo? Sea este Dios un espíritu invisible y eterno, y queda resuelto el problema. ¡Pero no vuelve esta hipótesis á sumergirme en un caos de dudas, mas obscuro que el que acabo de aclarar? ¡Cómo hemos de suponer un Ser, que no podemos concebir, un Ser, que jamas ha comenzado, y jamas ha de acabar? Alégrate, incrédulo—ya estás libre—no hay Dios—¡y por qué? ¡No se presenta acaso la misma dificultad que contra la eternidad de Dios, contra tu sistema de la serie infinita de los hombres, y de la eternidad de la materia, y sobre ella otras mil para siempre indisolubles? Adoptemos, pues, la hipótesis en que no tenemos que vencer mas que aquella sola dificultad, y desaparecen todas las demas, dexando descubierto á la razon todo su horizonte, sin nube alguna. Y prescindiendo de que la dificultad de concebir la eternidad de Dios no lo es en sí, sino lo es respecto de nuestro entendimiento, por la limitacion de sus alcances, aun quando lo fuera, ¡qué nos prescribe la recta razon en este caso? ¡Qué, sino que nos determinemos en favor de aquel sistema, que haga caer la balanza, aunque no sea sino por el peso de un solo grano? ¡Pero

## 202

qué inmenso peso es el que lleva de ventaja este sistema al otro? ¿Puede acaso la razon gritarte con voz mas fuerte—"cree que hay un Dios?" ¿Quántos absurdos es necesario tragarse para preferir qualquiera otra hipótesis? Es caminar á la incredulidad, por los excesos de la credulidad mas estúpida.

Preséntese el ateista mas sutil, mas determinado, mas abandonado á los delitos y á los vicios; le desafio á que con toda su desvergüenza, con todos los recursos de la ciencia humana, pase nunca, acerca de la existência de Dios, mas allá de una mera duda. Tendrá vivos deseos, tendrá un grande interes en no creer en Dios; pero jamas podrá convencerse de la verdad del sistema que sigue. ¿Y qué extraño es que la existência de Dios incluya para nosotros algunos misterios, que no podamos concebir? Nuestros órganos materiales no pueden exercitar su alcance sobre un espíritu; pero podemos verle en sus obras hasta aquel grado, en que el hombre puede verle en esta vida mortal. Su omnipotencia resplandece por todas partes en el hombre, en la tierra y en las maravillas del firmamento. Despide desde todos los puntos del universo rayos de viva luz, que aterran al incrédulo. Esos astros, que como deidades de la materia, retuviéron injustamente tantos siglos sobre su insen-

## 203

sible superficie el culto de los mortales, doman la razón rebelde, y sujetan toda el alma á su Criador.

Dios no es en el cielo un Monarca solitario. Descubro la corte numerosa que la rodea. Veo una multitud de espíritus colocados en orden admirable al rededor de su trono. Sus oficios son tan varios como sus gerarquías. La púrpura, el azul celeste, las perlas, el oro brillan en sus diversos trages, y matizan sus inmortales colores. Con las alas tendidas, atentos á la primera seña de su alto dueño, aun no ha pasado un instante, quando han atravesado el universo. ¿Quién podrá numerar su muchedumbre? Quizás en cada esfera preside un ángel, que la conduce, conserva y anima sus fuegos, ó executa otros ministerios ignorados de los mortales. El aparato exterior de esos orbes anuncia grandes designios, ocultos al presente para nosotros. Puede que sean otros tantos tronos resplandecientes, en que esten magestuosamente sentados los Ministros del Ser eterno, y desde los cuales ejecuten sobre el universo las órdenes de su amor ó de su venganza. Porque ¿quién podrá creer que Dios, habiendo sido tan pródigo en criar entes materiales, haya sido escaso en criar espíritus esos nobles hijos de su poder, esas imágenes mas perfectas de su divinidad, para quienes parece que aquellos han sido únicamente formados? Así nos revelan los cielos la existencia de una infinidad de



espíritus, superiores al hombre por la excelencia de su naturaleza. Todos ellos forman una nube de testigos suspendida sobre nuestras cabezas. Así el hombre ejecuta todas sus acciones, aun las que le parecen mas ocultas, en la area de un vasto anfiteatro, en donde se atropella una inmensa multitud de espectadores para verlas. Quizás en el menor rayo de luz que hiere nuestros ojos, baxan invisibles millares de ángeles, que vienen á introducirse entre los mortales. Esta consideracion á lo ménos imprime respeto, y puede ahogar el delito en la voluntad del hombre, que verá que su corazon está por todas partes descubierto.

---

## NOTAS.

(a) ¡Quáles deben de ser los pensamientos, las esperanzas y los raptos de una alma, que conociéndose nacida para ser eterna, y elevándose sobre los elementos, se arroja mas alla de la esfera del sol, barrunta la perspectiva brillante de su venidera suerte, y sondea la profundidad de su eterno destino? ¡De qué afectos no se siente penetrada en aquel momento de entusiasmo? ¡Cómo vela sobre sus pensamientos, quando reflexiona que está toda hasta lo mas íntimo, patente á los ojos de su Criador, que descubren imperfecciones, aun en los mismos ángeles? Dios fixa en los corazones de los mortales una vista zelosa: graba en el libro de los



cielos el nacimiento y el progreso de nuestros deseos: el día solemne del juicio se abrirá este libro, y nos pondrá de manifiesto, tales quales hayamos sido, á la faz de los ángeles y los hombres.

(b) Allá sobre las azuladas llanuras danzan al compas, y cantan aquellas esferas, en honra de su Dios, los himnos de un júbilo eterno, celebrando sin cesar sus alabanzas. Aunque sus ecos no lleguen á nuestros oídos, las figuras complicadas que forman, interpolándose en sus danzas, presentan á nuestra vista los caracteres geroglíficos de su magnificencia incomparable, que componen enlazados la gran cifra del Todopoderoso. ¡Quanta es la grandeza de estas letras para los angeles que las ven de cerca! ¡Y quan legibles son, aun para los ojos del hombre tan distante!

Congrega con el pensamiento las montañas mas enormes: figúrate que estas hijas agigantadas de la tierra, arrancadas de sus profundos cimientos, se precipiten en el océano; que sus enormes masas sobrenaden encima de sus ondas como si fueran ampollas de ayre ó ligeras plumas, que al mismo tiempo todos los vientos de la atmósfera, rivales de la armonía de las celestes esferas, concierten unos con otros los silbidos de su ruidosa sinfonía, y animen sus movimientos: ¡no quedarias absorto de admiracion! ¡Pues quanto mas debe pasmarle el espectáculo de todos esos mundos, que nadan en un elemento infinitamente mas tenue, con arte muy superior, con movimientos imponderablemente mas rápidos, y para fines mucho mas nobles!

Con el índice, don precioso de las reflexiones que la noche inspira, voy á conducirte; O Lorenzo! á que leas las lecciones diversas, estampadas en el libro de los cielos. Algunas hay que podrán sorprehender al que no esté iniciado en los

misterios de las noches ; lecciones que no se esperarían quizás de su escuela, y que no se imaginaria pudiesen hallarse en un planeta ó en una estrella. Pero aprovecha la proporcion, pues no será ya tiempo de leer este manuscrito de los cielos, quando arrollados como un pergamino consumido por las llamas, desaparecerán ellos mismos de nuestra vista, con las lecciones escritas en su extension.

¡Y qué es lo que leemos en los cielos? Leemos la existencia de Dios, y la de otros seres superiores al hombre, habitantes natos del éter. Para que aun mas te admires, sabe que la eternidad misma está grabada en los cielos. ¡La eternidad? ¡de quién? La tuya ; O Lorenzo! la de todo el linage humano.—Y no solo para la fe se encuentran allí socorros, sino para dar fuerzas á la virtud. Allí crece la planta salutífera, antídoto soberano contra todos los vicios, y sobre todo contra la venganza, la ambicion y la luxuria.

## ADVERTENCIA

### A LA VIGESIMAPRIMA NOCHE.

ENTRE los portentos que en cielo y tierra se presentan al hombre, hay algunos que estan á proporcion de sus alcances, y que le ayudan á formar idea, aunque imperfectísima, de aquel divino poder, á que deben la existencia. Tales son la grandeza, la distancia y el movimiento de los planetas que puede calcular mediante la astronomía: los prodigios que la anatomía le descubre en la construccion de los cuerpos de los animales, y en especial en el suyo, y todas las demas maravillas que puede observar en la tierra, y que no dexan de serlo para él, como dice S. Agustin, sino porque las ve todos los dias, *quia quotidiana viderunt*. Otras infinitas cosas hay en que ni aun puede conjeturar con fundamento, porque estan demasiado léjos de sus alcances. Tal es v. gr. el destino, así de los planetas, como de esa innumerable muchedumbre de estrellas, de que con la vista descubre solo un corto número, respecto al que le manifiestan los mejores telescopios, teniendo harto fundamento para creer que si

estos tuvieran toda la finura necesaria, quizás las que ahora ve con ellos, serian en número infinitamente pequeño, en comparacion de las que entónces viese. Por otra parte ve que las estrellas fixas que descubre á una distancia incalculable, á diferencia de los planetas que estan tan próximos, respecto de ellas, á nuestro globo, tienen luz propia, pues jamas se nota que se eclipsen, y por consiguiente son otros tantos soles; de lo que puede inferir por analogía, que quizás cada uno de ellos formará un sistema como nuestro sol, y tendrá sus planetas á los cuales comunique la luz. Combinando esta consecuencia con lo que observa, mediante los telescopios, en los planetas que forman nuestro sistema solar, repara que algunos de estos son muchísimo mayores que la tierra, por exemplo, Júpiter tiene ciento veinte y siete veces mas superficie que ella; que se notan en ellos desigualdades y diversidades en la reverberacion de la luz de sol, como desde allí se notarian si se mirarse á la tierra; que muchos de ellos tienen al rededor satélites ó lunas, que, como la nuestra, suplan la ausencia del sol, reflexando su luz; que Saturno, que no los tiene, y está á una enorme distancia del sol, está rodeado todo de un anillo de nueve mil leguas de ancho, y á cosa de diez mil leguas de distancia; que la tierra no es mas que un planeta, y no de los mayores. Estas y otras observaciones que omito por



no ser prolixo, juntas con el principio, de que nada dispone, sin algun fin, la divina Providencia, han hecho cavilar á algun filósofo acerca del destino de todos estos sistemas solares, y aun de los planetas del nuestro, y conjeturar que quizás servirán como nuestro orbe, que no es mas que un planeta, á otras criaturas enteramente diversas del hombre, cuya naturaleza, circunstancias y destino únicamente puede saber el Señor, que, como á nosotros, les ha dado el ser. Tal es el sistema que propone Young en la siguiente noche, no como una cosa cierta y segura, sino como una suposicion conjetural posible, que parece muy análoga á lo demas que notamos en el universo.

Este sistema en estos términos será un disparate, pues nuestro entendimiento es demasiado limitado para conocer la multitud de fines á que quede Dios haber destinado esos ejércitos de esferas, fuera del que por él se les supone; pero aunque sea errado, como he dicho, no siendo mas que una suposicion, en nada se opondrá á nuestros sagrados dogmas.

Lo mismo dice el erudito y religioso Feyxoo en el segundo tomo de Cartas, en la 26, hablando del mismo sistema por estas palabras: *Si Vm. me pregunta qué siento de él, digo que en quanto á la posibilidad no hallo el menor tropiezo: que en órden á la existencia, le juzgo un sueño bien concertado, y nada mas.*

## 210

Para prueba de que Young habla de este sistema como de una suposición, y nada mas, basta ver lo que dice, pág. 224, en estos versos de la misma noche.

Tan temerario fuera el que negase  
La posibilidad de mi sistema,  
Como el que su existencia no dudase.

Y aun con mas claridad en los once versos que siguen á este en la pág. 228.

Pero porque á perderme me aventuro, &c.

## VIGESIMAPRIMA NOCHE.

## VISTA FÍSICA DE LOS CIELOS.

¡QUAN grande eres ; O Dios ! quan poderoso !  
Tú, que entre las espesas  
Masas de tanto globo tenebroso,  
Paso á la luz abriste,  
Y de arrojarla á mares nunca cesas :  
Tú que el soberbio pabellon texiste  
De la naturaleza, y qual diamante  
Rico, al pie de tu trono rutilante,  
El reciente universo suspendiste,  
¡Qual es la inmensidad de esta obra tuya !  
Déxese caer desde una estrella fixa  
Un peso, que á la tierra se dirija.  
¡ O ! ; y quantos siglos pasarán primero  
Que en ella el viage rápido concluya !  
¡ En donde empieza, pues, este edificio  
Imponderable !    ¡ En donde su postrero  
Término está ?    ¡ Hallará quien me dé indicio  
Del remoto parage en que se encuentra  
Aquel último muro, que rodeando  
Quanto existe, en su giro lo concentra,

De la nada el abismo dominando ?  
¡Quién me dirá en qué punto del vacío  
Paró el Criador, las líneas terminando  
De su plan, y depuso su balanza ?  
¡En donde de su brazo el poderío,  
Fuera de lo que alcanza  
El recinto exterior de la criado,  
Dexando de pesar cielos y esferas,  
Y medir lo infinito,  
Colocó aquel pilar, que agigantado,  
Señala de la nada las fronteras,  
Del ser marcando el último distrito,  
Y dixo á aquel celeste ayuntamiento  
De espíritus, postrado  
Ante su soberano acatamiento:  
“ En este punto ceso: aquí límite  
La obra del universo: está acabada  
Mi empresa, y la creación ya consumada!”  
Vosotros que teneis conocimiento,  
Espíritus; vosotras, criaturas  
Corpóreas, que gozais vital aliento,  
Y aun vosotros ¡O seres insensibles!  
Hacia vuestro Hacedor omnipotente,  
Todos las manos puras  
Levantad, y aplaudidle acordemente.  
¡O noche, cuyas luces apacibles  
No esparcen mas que un resplandor suave  
Sobre el quadro del mundo!

## 213

Tú, que del cielo, con plateada llave,  
Nos abres los tesoros, presentando  
A nuestra vista un manantial fecundo  
De maravillas, un nuevo universo,  
Un sin número de orbes, que envidioso  
Mientras nuestro hemisferio está alumbrando,  
El astro nos oculta, rey del día,  
¡Podrás, dime, indicarme, entre el diverso  
Resplandor de su inmensa muchedumbre,  
En el remoto fondo, una vislumbre  
Del divino Monarca, que atavía  
El frente de su eterna inmóvil silla,  
Con tanta y tan pomposa maravilla ?  
Mis ojos codiciosos, vagabundos,  
Le buscan en los senos mas profundos :  
¡O que dichoso fuera,  
Si el menor rayo descubrir pudiera,  
Del magnífico Dios, que mi alma adora!  
Mi corazón te implora,  
Propicia noche : enséñame, tu ruego,  
¡ En donde está su corte, y su luciente  
Trono de vivo fuego !  
Bien lo sabes, pues de él estás cercana.  
Los libros sacros dicen claramente,  
Que tus cortinas lóbregas corriendo,  
De su palacio al frente,  
Lo encubres á la : usiosa vista humana.  
¡Alguna estrella tuya, por ventura,

De aquellas mas veloces, recorriendo  
Su órbita inmensa en la mayor altura,  
Consiguió divisarle ?  
¡O vosotras Pleyadas,  
Y vosotras estrellas, que el brillante  
Carro polar tirais arrebatadas!  
Decidme, ¿en donde lograré encontrarle?  
!Tú, Orion, cuyo semblante  
Está aun mas inflamado:  
Vosotros todos, astros favorables,  
Que dirigis al hombre descarriado,  
Por medio de las ondas espantable  
Del vasto mar, y ya del temor yerto  
De la tormenta, lo llevais al puerto,  
Mostradme hácia qué lado  
He de guiar seguro mi camino  
Para hallar el autor de mi destino!  
Mas vanamente cada noche velo.  
A mis preguntas enmudece el cielo.  
No hay astro, que no guarde cuidadoso  
El secreto del Todopoderoso.  
¡Y acaso este universo que me admira  
Es la única obra suya, ó con su aliento  
Léjos de quanto alcanza el limitado  
Sentido de mi vista, ha fecundado  
El vasto espacio, y en su seno gira  
Con rápido arreglado movimiento  
Otra multitud de orbes ignorada,

Que como este ha sacado de la nada?  
¡Su Autor divino ha puesto por ventura  
En medio de esta inmensa muchedumbre  
De tan varios sistemas su morada?  
¿De allí, qual sol central, su viva lumbre  
Derrama, y los reviste de hermosura,  
Mirándolos fluctuar, imperceptibles  
Atomos, en los rápidos torrentes  
De resplandor, que arroja su semblante,  
Y al negro caos volver, en el instante  
En que cierre, con manos iuvisibles,  
Sus fecundas corrientes?  
Mas ya un vivo deseo se despierta  
En mi pecho, de ver aquel postrero  
Término de los seres. Subir quiero  
De una á otra esfera, hasta la mas distante,  
Por esa escala, que de luz cubierta  
Me presenta la noche silenciosa;  
Pues que hasta el hombre baxa el pie brillante,  
Sin duda á que la suba le convida.  
Ya, toda incertidumbre despedida,  
Al pensamiento suelto la penosa  
Rienda que tanto tiempo le ha oprimido,  
Y en sus alas de fuego sostenido,  
Me remonto, la tierra abandonando.  
¡Qual de mis ojos huye!  
¡Quan de prisa su globo disminuye!  
¡Qué rápido me siento ir elevando!

¡Ya dexé atrás la luna! ¡Ya del cielo  
Penetro el azul velo!  
Aquí la vista perspicaz termina  
Del astrónomo sabio, aunque alargada  
Por la invención del tubo peregrina.  
No hallo planeta alguno, que curioso  
Haciendo una parada,  
No le pida al momento,  
Que noticias me dé del Ser glorioso,  
A quien debe su brillo,  
Y de su rotación el movimiento.  
Desde el inmenso anillo  
Del remoto Saturno, en que cabrían  
Muchos miles de globos de grandeza  
Igual al nuestro, y aun se perderían,  
Mi vuelo audaz más alto se endereza,  
Siguiendo el del cometa. Ya me encuentro,  
Sostenido en mis alas, en el centro  
De aquellos vastos soles soberanos,  
Que del ageno influxo independientes,  
Con propio resplandor brillan ufanos;  
Almas quizá de otro sinfín de mundos,  
Al rededor pendientes,  
Que con vital calor hacen fecundos,  
Aliento y luz en ellos derramando.  
¡Qué es lo que de este sitio estoy mirando?  
¡Un espacio sin término; esparcidos  
En él mil manantiales encendidos,



Y apartados de luz, y otras esferas  
Mayores que la nuestra, que ligeras  
A cada uno rodeando, de él reciben  
El brillo, y vastas órbitas describen!  
Pero vamos de aquí mas adelante,  
Que mi vuelo comienza en este instante.  
Lo que veo no es mas, si bien discierno,  
Que el umbral del palacio del Eterno.  
¡Mas qué error tan grosero! ¡Qué apartado  
Está este umbral aun del limitado  
Alcance mio! ¡Arrastro todavía! (a)  
Quanto mas cerca de él me parecia  
Que llegaba, me encuentro mas distante.  
¡En donde habita pues el Arquitecto  
Prodigioso, que una obra tan brillante  
Fabricó, tan extensa y acabada,  
Para que un triste insecto,  
El hombre, en ella tenga su morada?  
Mas paremos aquí á tomar aliento.  
¡En donde me hallo? ¡En donde  
En globo de la tierra se me esconde?  
¡En donde estas? ¡O sol! ¡Por un portentoso  
De grandeza tenia yo tu esfera,  
Y la órbita que forma tu carrera!  
¡Quan chica me parece! ¡Quan distinto  
Quanto admiraba, desde que encumbrado  
En la cima de todo lo criado,  
De ella domino todo su recinto!

¡Qué de globos sinfin, y quan distantes  
Veo á mis pies, como átomos brillantes,  
Rodar, con órden vario y prodigioso!  
Y hallándome en tan nuevas y apartadas  
Regiones, del pie humano nunca holladas,  
Podré dexar de preguntar curioso,  
¡ Qué seres en un clima tan diverso  
Del de la tierra tienen sus moradas?\*

“ ¡ O vosotros, que al fin del universo  
Habitáis, tan remotos del pequeño  
Globo, en que el hombre manda como dueño,  
Que de su sol los rayos penetrantes,  
Quizás un siglo tardarian ántes  
Que á vosotros llegaran! Extrangero  
Muy léjos de mi patria vengo errando,  
Ver nuevas maravillas anhelando,  
Que el mundo pasmen, de donde he salido.  
En vista de esto perdoneis espero  
Mi libertad: sí que digais os pido,  
¡Cómo se llaman estas dilatadas  
Regiones, que hacen parte del inmenso  
Dominio de aquel Ser, á quien postrado  
Por dueño aclama todo lo criado:  
Si estan estas moradas  
Cercanas, como pienso,  
A aquellas en que estan los manantiales

\* Véase la advertencia que precede á esta Nq:he.



De la felicidad : decid la suerte  
Que disfrutáis. ¡Sois entes inmortales,  
O esclavos como el hombre de la muerte?  
Sea qual fuere la naturaleza  
Vuestra, es preciso sean totalmente  
Diversas de la nuestra vuestra vida—  
Language—ideas—;Qué admirablemente.”  
Unió la variedad á la grandeza  
En sus obras el Dueño soberano !  
“ Pero decidme, ¡quál es la medida  
De vuestro entendimiento?  
¡Reyna aquí la razon, ó envilecida,  
Como acontece en el linage humano,  
Se dexa dominar de los sentidos?  
¡Se rebelan contra ella con violento  
Impetu, ó la respetan y obedecen?  
Quando sus resplandores desfallecen,  
¡Os quedan aun los rayos encendidos—  
De otra antorcha, que os sirva de segura  
Guia entre las tinieblas? Por ventura,  
¡Vuestros felices reynos todavía,  
Gozan la edad del oro? ¡Os transmitiéron  
Sin tacha vuestros padres la inocencia  
Primera, que del cielo recibiéron?  
¡La conservais vosotros hasta el dia?  
¡Hallais facilidad y complacencia  
En la virtud? ¡La obrais naturalmente?  
¡Será vuestra morada permanente

Ese orbe, en que estais ahora avecindados?  
¡A otra sereis en vida trasladados,  
O teneis que morir? Y en este caso,  
¡De qué modo sucede vuestro ocaso!  
¡La cruel enfermedad, y la amargura  
Del dolor, se padecen en la pura  
Region en que vivis, como en la tierra?  
¡Conoceis el azote de la guerra?  
A esta hora misma, nuestra Europa gime,  
Por ese monstruo cruel despedazada.  
De Europa el nombre un rinconcillo exprime  
De nuestro mundo, que incesantemente  
Agitan ciertos Reyes insensatos,  
Movidos de ambicion desenfrenada,  
Con disensiones ó falaces tratos.  
Allí el hombre impaciente,  
No aguarda que la muerte su enemiga  
Exâcta el curso de los años siga:  
Su destemplanza misma la apresura,  
Sin esperar aun á la edad madura.  
Aun á la propia muerte ha parecido  
Tardaba mucho en destruir la humana  
Generacion: su brazo ha suspendido:  
Su carcax ha depuesto: su inhumana  
Guadaña; y á los Reyes ambiciosos,  
Que en vez suya mantengan ha pedido  
Una perenne atroz carnicería  
Del humano linage. Deseosos

De complacerla, lo hacen con esmero  
Tal, que parece ocioso ya su acero.  
¡Y aun hubo alguno entre ellos, que por vía  
De diversion, despues de despojado  
De un todo su rebaño desgraciado,  
Degollándolo, ansioso se bebia  
De miles de vasallos la caliente  
Y viva sangre en sola una comida!”  
¡A qué, del alto cielo descendida,  
La ciencia con su antorcha refulgente,  
Ha venido á enseñar á los mortales  
El verdadero origen de sus males?  
¡Por qué aun como en lo antiguo, no podemos  
Acusar de ellos la maligna influencia  
Ee los astros? ¡Con cuánta mas paciencia  
Se sufriera esta guerra en que ahora vemos  
Arder la Europa, si tan formidable  
Plaga naciera de una inevitable  
Fatalidad! Serian inocentes,  
Sin alguna excepcion, los Soberanos,  
De la sangre que vierten los humanos.  
¡O Reyes, que á mi patria haceis la guerra!  
Los consejos prudentes  
Oid de un enemigo generoso;  
¡Deseais lograr la verdadera gloria?  
¡Quereis ser las deidades de la tierra?  
Que corra vuestro nombre su espacioso  
A)mbito, respetado y aplaudido



De los hombres, y rueda su memoria  
De siglo en siglo, y de una en otra gente,  
Como el astro benigno y refulgente  
Corre del tiempo el círculo extendido?  
Pues cesad para siempre del empeño  
De disputaros esos invisibles  
Puntos, sobre el pequeño  
Atomo de la tierra, y las horribles  
Cadenas que teneis ya preparadas  
Para tantas naciones no culpadas:  
Cargad á los Ministros inhumanos,  
Que la piedad de vuestro trono alejan,  
Y la funesta guerra os aconsejan.  
“ Mas, decidme, ¡ O vosotros ciudadanos  
De estos pueblos lejanos!  
¿Teneis acaso, qual nosotros, Reyes,  
Que desde un alto trono os dicten leyes,  
O vuestro corazon, del mal ageno,  
No necesita de tan justo freno?  
¿Mirais acaso á los conquistadores,  
De sus tristes hermanos destructores,  
Como hacemos los hombres, deidades?  
¿O libres de ser de otros dominados,  
Y de la muerte exentos,  
De un éter puro y suelto fabricados,  
En perpetuas edades  
La dulce vida disfrutais contentos?  
¿Quan feliz suerte, quan apetecible

En tal caso es la vuestra!  
Libres del peso de este corruptible  
Cuerpo, que oprime la energía nuestra,  
; Podreis sin duda alguna remontaros  
Quando querais, por el espacio inmenso,  
O con plácido vuelo recrearos!  
; Nosotros, ¡ay! mortales miserables,  
Fabricados de tierra,  
Que ahogando el alma baxo de su denso  
Volúmen, en un todo constituye  
Con ella dos contrarios implacables,  
Que se hacen uno al otro eterna guerra,  
Nos vemos confinados  
A un estrecho rincon, que nos recluye!  
Pero quizás vosotros, apartados  
Tan léjos de aquel mundo, en que hace el hombre  
Su habitacion, ni aun conoceis tal nombre.  
Así se llama un hospital, que incluye  
En su extension los locos  
Del universo. En él se ven forzados  
Los que algun juicio tienen, que son pocos,  
A imitar en gran parte su demencia,  
O á ser de su recinto desterrados.  
Aun la razon adopta la figura,  
Y el ornato exterior de la locura,  
Para hacer tolerable su presencia.  
; Parece que extrañais esta noticia!  
; Ni que el hombre existiese habeis sabido?

¿No tocó Elías en el encendido  
Carro esta playa? ¿El ángel tenebroso  
Al caer del cielo, y su infernal milicia,  
De este éter, con su aliento ponzoñoso,  
La celestial pureza no mancháron?  
Con sus sombras inmensas no eclipsáron,  
Al pasar, un momento, vuestra esfera?" (b)  
Si es un delirio mio el pensamiento  
De que hay miles de mundos, de otros entes  
Poblados, de los hombres diferentes,  
Por delirio sublime se debiera  
A lo ménos tener. Su fundamento  
Estriba en una idea verdadera  
De la magnificencia  
Del Señor, que dió á todo la existencia.  
¿Y quién podrá probarme con certeza  
Que es un error? ¿Habrà hombre tan osado,  
Que limitar pretenda la grandeza  
De Dios, en este punto en que ha callado?  
¿Por ventura, aunque mas imaginemos,  
A agotar su potencia llegaremos?  
Tan temerario fuera el que negase  
La posibilidad de mi sistema,  
Como el que su existencia no dudase.  
Lo mismo cuesta á Dios criar millares  
De mundos, que de un átomo la extrema  
Pequeñez. Diga: " sean;" y al momento  
De la nada se ve salir un cuento



De nuevos firmamentos, tierras, mares.  
Frio censor, perdona mi entusiasmo.  
Déxame estas ideas, que engrandecen  
Mi corazón, inflaman y enriquecen  
Esta imaginación. La es imposible  
Vencer el triste pasmo,  
Que siente, al sumergirse en el horrible  
Abismo del silencio y de la nada,  
Y por lo tanto reducir procura  
Sus límites, y dar toda la anchura  
Posible á los del ser. Interesada  
Juzga de Dios la gloria en extenderlos.  
Lo que mas en el juicio la asegura,  
Es reparar que acude cuidadosa,  
Aun la experiencia misma á sostenerlos.  
Del microscopio la maravillosa  
Invención, la existencia ha demostrado  
De un sinfín de vivientes ignorado,  
Tan escondido á nuestra vista ansiosa  
Por su pequeñez suma, que aun siquiera  
Sospechar hasta entónces no podia,  
Que tal especie de entes existiera.  
Mas ; quanto no se aumenta cada dia  
La admiración, al ver que al paso mismo  
Que aquel vidrio se va perfeccionando,  
Se nos va descubriendo un nuevo abismo  
De insectos mas pequeños, y probando  
Que no acaba el portento,

*Sino solo por falta de instrumento!*  
Así de lo criado los extremos,  
Corresponderse, equilibrados, vemos.  
No debe, pues, temer el pensamiento,  
Ni de elevarse á la mayor grandeza,  
Ni de baxar á un grado inconcebible  
De pequeñez. Será el errar posible;  
Pero por cortedad, no por exceso.  
Porque ¿qué efecto en la naturaleza  
Podrá nunca espantarnos, si miramos  
A su causa, al poder, que siempre impreso  
En qualquiera obra suya reparamos?  
;O Arquitecto admirable!  
Mi alma puede elevarse ó abatirse,  
Como quiera, en tu idea inapeable,  
Mas de su centro no podrá salirse.  
;Yo soy, es el augusto nombre tuyo!  
Nombre por excelencia,  
Que solo, incluye en sí toda existencia.  
Fuera de tí ninguno tiene suyo,  
Ni aun el ser. Toda la extension criada,  
Que tu querer produjo de la nada,  
Es un ligero velo, que á manera  
De atmósfera ligera,  
Al rededor de un astro reluciente  
Corrido, á nuestra vista limitada  
Tu trono oculta, apénas, eminente.  
Mi ánimo conmovido se enardece,

Tu infinito poder considerando.  
La menor obra tuya le estremece.  
¡Con que quizás, el mapa registrando  
General de tus obras, hallaríamos,  
Que este nuestro universo, que parece  
Inmenso á nuestra vista, está ocupando  
Un solo punto en él, como el que vemos  
Que ocupa la Inglaterra,  
En el ámbito vasto de la tierra?  
Punto brillante sí; pero invisible,  
Casi perdido en la inconcebible  
Espacio á que se extiende la existencia.  
Una isla circundada  
De desiertos inmensos, separada  
Por ellos de otros grandes continentes,  
Cuyos habitantes á la influencia  
Del sol eterno, mucho mas cercanos,  
Y en la naturaleza diferentes,  
Logran quizás en clima tan fecundo,  
Mil frutos de virtudes, mas tempranos  
Que los nuestros, sembrados en la dura  
Arida superficie de este mundo,  
Y que sola la tarde edad madura. (c)  
¡Pero qué es esto? ¡En vano acudo ansioso  
A preguntar á cada criatura!  
Observan el silencio mas profundo.  
Ninguna satisface mi curioso  
Anhelo de saber. ¡No habrá siquiera

Una que me responda? No me admiro,  
Pues á mi corto ingenio, aun de la esfera  
Criada, le parece estrecho el giro.  
Pero ¡por qué á perderme me aventuro,  
Sin guia, en este piélago ignorado?  
Deten ¡O fantasía! el pie atrevido.  
Conoce que tu alcance es limitado:  
Que penetrar no puede el velo obscuro,  
Con que Dios á tus ojos ha escondido  
Lo que para tu bien no es necesario.  
Suspende, pues, el vuelo temerario,  
Y sus secretos humillado adora.  
¡No te basta gozar lo que contiene  
Este vasto dominio que el sol dora?  
Repara cómo viene  
Ese astro rutilante  
A aclarar, precedido de la aurora,  
De tu hemisferio el punto mas distante:  
Con sus celestes fuegos, qual mantiene  
La turba de planetas esparcida,  
Que por esa region, tan extendida  
Como tu pensamiento,  
Círcula con eterno movimiento.  
¡Quántas ventajas lleva esa brillante  
Ciudad del sol, á la que á la ribera  
Del Nilo edificó aquel arrogante  
Tirano del Egipto? No pudiera  
Por lo mismo otra mano destruir la.

¡ Por qué, pues, quiere el hombre presuntuoso  
Los límites pasar del prodigioso  
Círculo, en que derrama  
Este astro rios de luciente llama ?  
Baste á su corto ingenio el encontrarse  
Una gran maravilla, que le admire.  
Un término infinito, en que explayarse,  
Y un firmamento, á cuyo estudio aspire.  
Sabios observadores  
De la naturaleza, aun ignorada,  
Ingenios superiores,  
Que seguís la carrera delineada  
Por el célebre Newton : diligentes  
Habeis averiguado adonde cae  
La órbita del gran ser, que hácia sí trae,  
Qual sol universal, todos los entes.  
¡ Qué satélites son los que rodean  
A aquel astro divino reverentes ?  
¡ Alcanza á conocer la ciencia humana  
Quales son las estrellas,  
Que á sus pies centellean,  
A qué luceros son de la mañana  
Los que á su corte asisten,  
Y de las luces bellas,  
Que á raudales derrama se revisten ?  
¡ Con vuestros telescopios, por ventura,  
Llegais á distinguir el magestuoso  
Trono de aquel, que al infernal tirano



Encadenó en la obscura  
Bóveda, que sostiene nuestro suelo?  
No el saber orgulloso  
A él me conducirá, sino la mano  
De la Religion santa, á cuyo anhelo  
Estan las altas puertas  
Del celestial alcázar siempre abiertas. (d)  
Un corazon que á Dios fielmente adora  
Es el que le halla: el sabio verdadero  
No ha menester la mano conductora  
Del ángel, ni del astro que le guie.  
A la razon soberbia se la niega  
Llegue, adonde el sincero  
Amor humilde llega.  
El pretendido sabio, que porfie  
Penetrar arrojado, los arcanos  
De la naturaleza,  
O sondear el abismo aun mas obscuro  
De la divinidad, esté seguro  
Que no hará mas con sus esfuerzos vanos,  
Que perder totalmente la cabeza.  
No nació el hombre para que curioso  
Aprenda, y sepa quanto el orbe encierra,  
Sino para que admire, y religioso  
Adore, hincada la rodilla en tierra.  
¡ Sí! Cada astro es sin duda un templo augusto,  
En que á Dios se tributa el culto justo,  
Los homenages á su ser debidos.

Yo he visto sus altares encendidos,  
Y qual nube, á su trono el humo denso  
Subir del puro y agradable incienso.  
Mil veces han llegado á mis oidos  
Los cánticos, las voces celestiales,  
Con que en todos á una,  
Se ensalzan sus grandezas eternas.  
No hay en el universo cosa alguna  
Profana. Toda la naturaleza  
Debe mirarse qual lugar sagrado. (e)  
Como el rio estrellado,  
Que desde un polo al otro, la belleza  
De sus luces derrama caudaloso,  
La imaginacion mia,  
Sus fuentes todas pródiga ha vertido  
Sobre el cielo, y unida á su piadoso  
Empeño, la agradable poesía  
Sus hermosos colores ha añadido,  
De modo que mi musa quando vuelve  
La vista á su trabajo, no resuelve  
Qué es lo que ha de admirar con preferencia,  
Si lo que le ha mostrado  
De sus mismos sentidos la evidencia,  
O lo que con su esfuerzo ha imaginado.  
Mas la vista al presente atras volvamos,  
Y la serie de objetos que acabamos  
De pintar en la escena prolongada  
De la noche, ciñamos á una ojeada.



¡Con qué fervor, con qué enagenamiento  
Ha de exclamar el que en su pensamiento  
Los una todos! ¡O qué muchedumbre  
De esferas, de universos derramados,  
Cubiertos todos de celeste lumbre,  
Y de seres poblados!  
¡Qué padre incomparable!  
¡Qué familia tan varia, innumerable!  
¡O Padre universal! á la flaqueza  
Perdona de un mortal, que presumido,  
A hacer de tu grandeza  
Un bosquejo imperfecto se ha atrevido.

---

## NOTAS.

(a) Aunque las obras de Dios nos sirven para formar alguna imperfecta idea de su grandeza, es una locura el querer medirla por ellas; pues quanto mas las consideramos, tanto mas crece á los ojos de nuestra razon la inmensa distancia que hay de lo que Dios ha hecho á lo que puede hacer.

(b) ¡Oxalá que aquel ángel enemigo de Dios se hubiera detenido en alguno de aquellos orbes que encontró en su camino, y no hubiera llegado jamas á la tierra, que ahora es un domicilio, que ha engrandecido y manchado con su huella infernal!

(c) Los astros, al salir de las manos del Criador, retrocedieron penetrados de respeto á su vista, y se apartaron por la extension del espacio á distancias inmensas. Pero si el respeto los aparta, una dulce y fuerte atraccion los arrastra hácia él. Brillantes con los rayos que les presta su resplandor divino, circulan al rededor del Hacedor eterno, haciendo esfuerzos para acercársele; pero continuamente repelidos por el mismo respeto, á excepcion de aquellos que, impelidos en línea recta, han sido enviados como embaxadores á las naciones. ¡O Dios! ¡y á qué latitud! ; mucho mas allá del horizonte de los pensamientos terrestres! ¡Y con qué designio se les ha dado esta comision!—Aquí acaba el esfuerzo de la mente humana, y me quedo tan ignorante como ántes lo estaba, del parage en que está colocado el trono del Altísimo.

¡Pero debe esto admirarme? He equivocado el camino. He nacido en un siglo mas curioso que devoto, en que los que se precian de sabios, se apuran mas por determinar en qué parage estan el cielo y el infierno, que por evitar este, y conquistar aquel.

¡Crees ¡O Lorenzo! que yo no he traído descubrimiento alguno nuevo del inmenso viage que acabo de hacer por las llanuras etéreas? Pues te equivocas. Entre otros he traído este, que Dios no ha dexado estériles ni inútiles los vastos campos de la naturaleza; que por consiguiente uno de los destinos que puede haber dado á esos orbes inmensos, que apenas divisamos, es el de servir de habitacion á otros seres inteligentes, totalmente diversos de nosotros, en cuyo caso allí alimentará su razon, y ferundará sus virtudes con los benéficos rayos de su luz divina, para hacer de ellos como de nosotros, así e corresponden fieles y agradecidos, otros tantos

semidioses, y juntarnos todos en el cielo quando llegue el tiempo determinado.

(d) Miéntas el hombre es mortal puede buscar á Dios, pero no verle.

(e) ¡Qué cadena de mundos amontonados! ¡qué muchedumbre innumerable de globos resplandecientes, cargados de diversos seres, y suspendidos ¡O Dios! de tu invisible mano, como una multitud de dorados racimos de una fecunda cepa, á los quales distribuyes los preciosos sucos de una vida inmortal! También los miro como una constelacion de millares de ricos diamantes; pero ¡de qué dimension y de qué pesó! engastados en un solo anillo, que brilla en un dedo tuyo, sirviendo de precioso sello, cuya impresion brillante, profunda é indeleble, graba sobre todos los espíritus criados los atributos soberanos de tu poder sin límites, y de tu amor, que aun se extiende mas que tu poder. Y si aquí me paro, no es por falta de asunto de parte de la grandeza de Dios, sino por cortedad del alcance humano. Pero esta misma confesion ingenua de nuestra insuficiencia, ¿no es acaso un testimonio mas de su infinidad? Podrémos acrecentar sin termino su idea; pero quedandonos siempre á una distancia imponderable de lo que es en sí.

¡Quanto dilatan estas ideas de la infinidad de Dios, y de sus maravillosas obras el entendimiento de los débiles mortales! ¡quanto lo engrandecen! Y no solo el de los mortales, sino el de los ángeles mismos, para los quales tambien la plenitud de la divinidad es y sera siempre incomprehensible. Considera, pues, á vista de la corteza de alcances de aquellos espíritus purisimos, con qué humildad, con qué ciego y profundo respeto debe adorar el honore los arcanos de su Dios.

¡Te alabas aun ¡O Lorenzo! de refutar con una



sonrisa el cúmulo de invencibles pruebas con que te he oprimido? ¡Quan deplorable es tu satisfaccion! Ríndete: jura por esas estrellas, por el que las ha criado: jura que será tu corazon en adelante tan puro como las luces que derraman; y está seguro de que brillarás como ellas. Como ellas te elevarás de la baxeza á la altura, de las tinieblas á la luz, pasando por los grados que la Providencia tiene dispuestos.

¡De donde te parece que salieron esos astros? Pregúntaselo al caos: él te responderá. Esos brillantes objetos de un culto idolátrico nacieron á la primera voz de Dios, de las tinieblas y de la deformidad. No eran entónces mas que unas masas informes, compuestas de materia grosera y bruta. Se fuéron redondeando en orbes oscuros, comen-zaron á despedir un fulgor opáco. A poco brilláron mas, y en fin llegaron á derramar por todas partes luz resplandeciente. Tal es el órden gradual con que el Criador ha dispuesto que avancen hácia su perfeccion todas las cosas de la naturaleza. Pero no sucede exactamente lo mismo con el alma que con la materia. Sus progresos dependen en gran parte de ella misma. Quando quiere elevarse, el cielo la favorece. Engrandece al alma que anhela engrandecerse, al paso que permite que se estreche la que tiene la locura de desear estrecharse. ¡Conócete! ¡Conserva la dignidad de hombre, y llegarás á ser una deidad! La mitad de tu ser puede ser obra tuya. ¡A qué ambicion mas noble puedes entregarte! ¡O tú, cuya ambicion no aspira sino á lo que ocasiona tu perdicion y tu vergüenza! ¡es posible que no sientas aun en tu corazon un leve movimiento de piedad religiosa, despues de haberte hecho oir de los cielos tan sublimes lecciones, despues de haberte proporcionado ser discípulo de los



astros? ¡Vil esclavo del mundo y de sus caprichos,  
¡te avergonzarás aun de doblar la rodilla á tu su-  
premo Ser! ¡Feliz el hombre que no se precia  
sino de ser religioso y pio! El que siga con do-  
cilidad la doctrina que le enseñan los astros, presto  
remontará el vuelo hácia aquellas elevaciones;  
sostenido sobre alas de púrpura, salpicadas de ojos  
de oro, penetrará á aquellos lugares remotos, adonde  
no puede llegar ahora el pensamiento, y triunfante  
verá alejarse baxo de sus pies aquellas esferas res-  
plandecientes



## VIGESIMASEGUNDA NOCHE.

### VISTA MORAL DE LOS CIELOS.

Si: la magnífica vista de los cielos aparta de nosotros la culpa, y socorre á la virtud. Si los miramos con atencion, sentimos en nuestro interior cierto influxo que encanta el alma, la llena de una fuerza desconocida, y la da un socorro repentino, sin que lo haya implorado.

Al ver un rio caudaloso; un mar inmenso; un bosque dilatado y sombrío; un desierto sin término; una montaña, que oculta la elevada cumbre entre las nubes; una alta roca, que domina la llanura, ó pende sobre las ondas: al aspecto de la lóbrega profundidad de una de aquellas grutas subterráneas, cuyas valientes é irregulares bóvedas ha construido la naturaleza, ó cuyo enredado y magestuoso laberinto excavó la mano del tiempo; al ver en una palabra qualquiera objeto, cuyas dimensiones sean extraordinarias, recibe el alma un secreto impulso, que la extiende, la engrandece, la inspira aliento, y pensamientos sublimes. Parece que la

naturaleza, en aquel momento de entusiasmo, acude á socorrer al hombre, á favorecer los esfuerzos de su ingenio, y á hacer la mitad de la obra.

Y con todo, ¡qué hay de grande ni de inmenso en aquellos objetos, si los comparamos con los cielos? ¡Pues qué será si los cotejamos con estos en quanto á la hermosura de las obras? ¡Y qué dirémos de las tuyas ¡O arte humano! que tanto pondera la vanidad del hombre! Tú bien procuras hincharte y empinarte por parecer alguna cosa; pero ¡qué eres delante de la naturaleza? ¡Qué son al lado de sus obras tus columnas de agua, que se elevan á las nubes; tus soberbios estanques; tus elevados diques, con que encarcelas los rios; tus estatuas colosales; tus pirámides; tus ciudades de cien puertas, cuyas prodigiosas ruinas apenas puede recorrer en tres dias el curioso viagero? ¡Qué tus arcos triunfales; tus vastos teatros; tus jardines suspendidos en el ayre? ¡Qué son sino juguetes de niños? Con todo, su aspecto conmueve y eleva nuestra alma. Al entrar en un templo magnífico, se siente penetrada de veneracion. ¡Quanto no debe, pues, admirarse á la vista de los cielos? ¡De qué santo terror no debes llenarte, al verte colocado por el Criador baxo esa bóveda inmensa que sus manos han construido? Si la presencia sola de un hombre justo predica la virtud; si su silencio mismo habla de ella; si el que le ve, movido de

respeto, no puede ménos de ofrecer á la virtud el tributo de un suspiro, ¡cómo podemos fixar nuestra vista con indiferencia, y sin animarnos á abrazarla, en esos cielos, en ese brillante espejo formado por el mismo Dios, y que reflexa sobre nosotros tantos rayos de su grandeza! Quando la desesperacion se apodera del hombre y le oprime, ¡qué necesita para alentarse y vencerla, sino levantar los ojos á ellos?

¡O estrellada cadena de resplandecientes eslabones, que el Ser supremo suspende sobre la tierra, para atraerse el corazon del hombre, y sujetarlo al pie de su trono, qué de divinas lecciones no das á mi razon! En cada sistema planetario creo ver la imágen de una sociedad, la mas culta, en que reynan la concordia y la armonía. Parece que una especie de amistad une aquellas esferas. Se observa entre ellas un comercio recíproco de luces. Mutuamente se las prestan, y se las vuelven. Todas alumbran, y son alumbradas: atraen, y son atraídas. Ciudadanas de un mismo cielo, inviolablemente fieles á las leyes de su patria, ninguna de ellas se aparta del plan general, ninguna falta al interes comun. Y esta continua é inviolable reciprocidad de luces y de servicios, ¡no es un quadro vivo, en que el hombre puede aprender á amar á sus semejantes con amor inalterable, y á buscar con noble desinteres su bien estar particular en la feli-

cidad pública? Aun entre las criaturas mas insensibles, no hay una en la naturaleza que haya sido hecha para sí sola, y que no dé al hombre, á su modo, una leccion de la mutua benevolencia, que es la primera de nuestras obligaciones.

¡Y tú, hombre silvestre, siempre dispuesto á vengarte de tu hermano á la menor ofensa, como un insecto irritado, esgrimes contra él el aguijon venenoso de tu ira! Pues sabe que el corazon humano fué organizado tan bien como esas esferas; que fué hecho para amar. Tu voluntad es la que lo ha depravado. Tus feroces pasiones son las que desordenan la armonía de sus movimientos naturales, y lo entregan al desarreglo de la discordia y del odio. ¡Y por qué no has de seguir tú el dulce impulso, que la naturaleza da á tu corazon? Todo su empeño es atraerte á la benevolencia social. ¡Bárbaro! y en el momento en que tus miradas y tus pensamientos baxan del firmamento, ¡te atreves á correr furioso á degollar á tu hermano? ¡Y por qué?—¡por una pulgado de cieno! Oye, atiende á la voz de esos astros. A gritos te dicen: ¡detente, y sé benéfico como nosotros! De esta manera, con duplicada utilidad, disipa su luz las tinieblas, que cubren nuestros sentidos y nuestras almas.

¡Oxalá que á lo ménos sintieses algo de aquel entusiasmo, que el espectáculo de los cielos exci-



taba en los sabios del paganismo! (a) A la claridad de esos astros nocturnos pasaban las noches, meditando en silencio, los Sócrates, los Platones y los Sénecas. En medio de todos esos orbes fué donde recogieron las verdades sublimes, que admiramos en sus inmortales escritos.

No te contentes con pagarles un estéril tributo de alabanzas: aprovéchate de sus útiles lecciones. Estos maestros del género humano no fueron pagados para engañar á sus discípulos. Inquirieron la verdad; y si algunas veces no diéron con ella, fué porque el hombre por sí mismo, y sin el auxilio de la revelacion, está expuesto á cada paso á errar el camino. No obstante acertaron muchas veces, y entre ellas en estas máximas: que el hombre no se tendria por desgraciado, si no limitase su vista á lo presente; que la sabiduría consiste en estudiar y juzgar de la naturaleza, no separando sus partes, sino observando todo el conjunto de ella; que esta, bien examinada, puede inspirar la virtud mas sublime, y fundarla en una basa sólida; que Dios llama por medio del universo nuestra atencion, y que el universo reverbera hácia nosotros, aunque debilitados, los rayos de la magestad de su Criador, como el mar reflexa los del sol, cuyo disco resplandeciente no puede fixar nuestra ofuscada vista; que una alma inmortal no ha de gustar de formar planes que no sean inmortales; que un espíritu sin límites

necesita para explayarse de un espacio que tampoco los tenga; que los espectáculos grandes y los objetos sublimes engrandecen nuestras almas. Tal es la doctrina que la noche enseñaba á aquellos sabios mortales. Tal es la perenne inagotable fuente de verdades y de inspiraciones que los cielos tienen abierta para nuestra razón.

El alma ha nacido para viajar por ellos. Allí es donde, escapada de su cárcel, desatados los lazos de la tierra, puede respirar libremente, extenderse, soltar las riendas á todas sus facultades, y alcanzar la verdadera grandeza, sin temer que la engane la ilusión. No se mira como extranjera en aquel jardín esmaltado de estrellas. Vagando entre aquellas maravillas, ella misma es una de ellas. La grandeza de estas la advierte la suya propia. Adivina el arte misterioso, que ordenó aquellos globos con tan exacta proporción y economía, y juzga, como maestra instruida, de las leyes de sus varios movimientos. Satisfecha, pagada de sí misma, se reconoce allí como en su natural morada, y se confiesa á sí misma con justa vanidad su noble origen. En medio de aquellas lumbreras se siente más fuerte, más viva, y vuelve al lugar de su destierro, con afectos más dignos de su ilustre patria. (b) Esta astrología moral es la única verdadera. En este sentido nuevo sí que pueden influir los astros en el destino del hombre, y contribuir á



## 243

su verdadera elevacion. Esta solo puede verificarse en el alma, y el alma la recibe, contemplando objetos grandes. Quanto mas sublimes y divinos sean, tanto mas se transforma y se asemeja á la deidad.

¡Con qué deliciosa embriaguez me paseo sin cansarme en medio de todos esos globos inmensos! En cada uno de ellos encuentro á Dios, y me estremezco al verme desnudo delante de sus ojos. Brillantes ciudadanos de los ayres, ¡cómo penetráis mi alma con vuestros resplandores! ¡Qué fecundidad dais á mis pensamientos! ¡De cuántas gracias os es deudor qualquier corazon sensible y reconocido! A cada ojeada que os doy, veo brotar nuevas verdades. ¡No sientes, como yo, ¡O Lorenzo! en tu pensamiento un impulso secreto, que disipa á tu vista la obscuridad, que sirve de límite al tiempo? Esas esferas, que miden su curso, me dan á mí la idea y la esperanza de la inmortalidad. Ese espacio sin término, que recorren esos globos infatigables, despierta en mí la idea de una duracion sinfin. De este modo, por un nuevo beneficio de la naturaleza, la imágen de la eternidad se nos entra por los ojos, y va á grabarse en el alma que la concibe sin trabajo.

Estudad la verdad á menudo, ¡O mortales! en esos astros. ¡Unios á ellos con el pensamiento!



## 244

¡Procurad fornaros unos corazones intrépidos para aquella hora terrible, en que otros fuegos mas vivos y mas espantosos surcarán las tinieblas de una noche mas profunda; en que esos magníficos monumentos del divino poder, apagados á una mirada suya, cayendo de sus órbitas, cederán el lugar á la negra cortina que cubrirá los cielos!

Herido de este pensamiento, como si me despertase en aquella hora formidable una luz viva y repentina como la del rayo, me deslumbra y me hace exclamar: ¡O vosotros astros que arreglais mis dias y mis años; vosotros que con pasos luminosos medis todas las partes de mi duracion; vosotros que rodais sin cesar con las horas, y os adelantais al perezoso paso del hombre; enseñadme á contar mis dias, y á ceder en fin mi corazon á la virtud!

Ya no me quedan pretextos para prolongar mis locos extravíos. Ya pasó el tiempo en que las pasiones tendian á mi juventud lazos, en que el hervor bullicioso de los sentidos me precipitaba. La vejez ha apartado de ellos mis pasos. Los años han allanado insensiblemente el camino que me conduce á la sabiduría. ¡Desgraciadas mis nevadas canas, si la locura, sobreviviendo á las pasiones, viniese aun á destruir la saludable obra de la vejez!

Astros, asistudme, ó por mejor decir, tú eres el que yo imploro; ¡tú, soberano Artífice de los orbes,

## 245

con que tu dedo todopoderoso ha montado ese inmenso reloj ! ;Cón qué infinita exâctitud y precision se mueven á un tiempo sus innumerables ruedas ! ; Su muestra soberbia señala á la vista la fuga irrevocable de nuestros dias ! ; Dios terrible, abre mis ojos ántes que la muerte venga á cerrarlos ! ; Ayúdame á leer la doctrina muda de tus obras, á ver los objetos tales quales son, y no disfrazados, como nos los representa el infiel espejo del mundo ! ; Pon delante de mis ojos el tiempo y la eternidad ! ; Quan peligroso es equivocarse las medidas de uno y otra ! Este error acarrea nuestra ruina. ; Haz que ámbos los pese en una balanza cabal, que me haga conocer la diferencia de su peso ! ; Que el tiempo me parezca lo que en realidad es, esto es, un rápido instante, y que la órbita inmensa de la eternidad, rodando en toda su grandeza delante de mi alma, la eleve y la atraiga hácia el cielo ! ; Ah ! ; cuándo veré yo otro universo mas hermoso que el que ahora admiro ? ; Quéándo ; O Dios ! podré contemplar en tu esencia ya patente el modelo de todo lo criado, y no pasmarme de su débil copia ? ; Quéándo sacudiré este polvo que me oprime ? ; Quéándo volará mi alma, libre ya del ropage embarazoso de esta carne mortal, á tus paternales brazos á gozar en tu dulce seno de la felicidad ?

## NOTAS.

(a) ¡Ojalá que muchos cristianos tuviesen á lo ménos el zelo que los paganos! Con desdoro de nuestro siglo, al paso que aumentan los conocimientos, disminuye la piedad. Efecto harto contrario al que naturalmente deben producir, y tan extraño en lo moral, como lo sería en lo físico, que el sol nos helase, ó que la luz aumentase á nuestra vista la obscuridad.

(b) ¡Y qué nombre, ¡O Lorenzo! darémos al firmamento? Pues que los cielos dan al alma un alimento, que mantiene su vida inmortal, como la tierra mantiene la del cuerpo, llamémosle el noble sustento del hombre. El alma, que en él se pasea, se fortalece, se recrea, y se entrega á los raptos deliciosos del pensamiento. Llamemosle el jardin de la divinidad, que produce frutas mas dulces que la ambrosía, con que se nutre la razon. Es un Eden, un paraiso, que no hemos perdido. ¡Ojalá pudiera yo llegar al árbol de la vida! Ahí crece, y no se le prohíbe al hombre probar su fruta: ho hay un ángel que con espada fulminante le impida la entrada; y si el hombre la coge, está seguro de vivir para siempre.

¡Piensas acaso, ¡O Lorenzo! que me he extraviado de mi camino? No: he dado recto en el blanco. Mi objeto era resuscitar tu devocion. ¡Y quantas gracias no tributo á las sagradas sombras de la noche, que truecan el universo en un templo inmenso! ¡Y qué templo para orar! ¡y que Dios ha de ser el que habite en semejante templo!

¡Y tu corazón, ¡O Lorenzo! continuará siendo de hielo como hasta aquí? Se verificará en él lo que finges de la salamandra, ¡y no arderá en medio de esos fuegos sagrados? ¡O chispas de la noche, cenizas inflamadas de la vasta hoguera de los cielos, que anima ó apaga el excelso Jehovah! Juntaos conmigo, derramad vuestras influencias sobre el corazón de Lorenzo, libradle de los espíritus infernales, que tanto tiempo hace le poseen, y volvedle al ser del hombre. ¡Pero aun te resistes, infeliz? ¡La vanidad que tienes de tus talentos te impele aun á contradecir las mas claras verdades? ¡No conoces que en contradecirlas deshonoras tus mismos talentos, y manifiestas que la corrupcion de tu corazón excede aun á la ceguedad de tu entendimiento? ¡Quan despreciable es un corazón incredulo! Demasiado estrecho, demasiado vil, para concebir cosa alguna, que sea grande ó noble, un átomo le llena. Hinchado de amor propio, sacrifica á este, que no se cuida sino del cuerpo, los intereses de una alma inmortal.

Si jamas nos hubiera de pertenecer la eternidad, ¡nos hablarían acaso de ella los astros en medio de la noche? Es una blasfemia el pensar que la naturaleza haya enseñado en nosotros el mas ardiente de nuestros deseos, para no satisfacerlo. Así encuentra el hombre, donde ménos se piensa, nuevas pruebas de un artículo de su fe, que tanto le interesa. Así lee en los cielos la inmortalidad de su alma.

¡Qué multitud de instructivas verdades presenta el firmamento á nuestros ojos! ¡Qué parte de la sabiduría no se enseña en él al hombre, si el conocimiento de sus obligaciones puede hacerle sabio! Y no solo le proporciona la instruccion el espectáculo de los cielos: contiene una grandeza sublime

y patética, que se apodera de nuestros corazones, los enardece, y los subyuga por medio de la sensibilidad. ¡Quan elocuente, quan enérgico es el resplandor con que brilla el polo! ¡Con qué fuerza nos predica este mudo orador las mas importantes verdades! ¡En toda la tierra se entiende su misterioso silencio! ¡Que digo en la tierra? Mas allá de los planetas, aun en el fondo del infierno. El infierno mismo, ya que por su soberbia nada alabe, no puede ménos de admirarlo. ¡Y ha de ser el mundo solo mas infernal que el mismo infierno? ¡Sus habitantes han de ser los únicos que nada alaben ni admiren!

Lorenzo, cuya admiracion se ocupa en otros objetos, jamas se ha dignado hacer una pregunta siquiera á la luna. Jamas ha tenido la menor correspondencia con astro alguno: nunca ha tributado vasallage á la reyna de las lumbreras nocturnas, que camina rodeada de claridad, ni ha hecho el menor obsequio á la brillante corte que la acompaña. Sus rivales sublunares son las que se llevan toda su atencion: astros maléficós, que trastornan la cabeza del astrónomo que los observa, ofuscan su razon, corrompen su corazon, y le hacen sacrificar su paz y su gloria á una locura momentánea, que llaman deleyte. Esta es una idolatría aun mas grosera que la de aquellos que besaban la propia mano levantándola hácia la luna, ó derramaban sangre sobre el altar de Júpiter.

¡O tú, Dios sumo, objeto único de nuestro culto, único á quien pertenece todo sacrificio! ¡Dueño divino, que instruyes á los hombres, los cielos son el mas magnífico libro que les das á leer! Todo él está escrito en letras mayúsculas. Su alfabeto de oro brilla, salpicado de lunas y de estrellas, para que hiera mejor nuestros ojos. Se lee de corrida,



y con solo leerse se entiende. No solo es inteligible para los cristianos, lo es para todos los hombres. Está escrito en una lengua universal, que todo racional entiende, sublime para el sabio, sencilla y vulgar para los que no lo son, para el que apacienta el ganado, para el grosero rústico, que conduce el arado, ó que siega inundado de sudor las mieses. ¡Idioma, digno del gran Ser, que lo usa para hablar al hombre! Los cielos sirven de comentario al precioso volúmen de la Escritura sagrada, que muchas veces remite su lector á ellos como á su lección preliminar, sin la qual, su contexto seria infinitamente mas obscuro. ¡O maravilloso libro en que el sabio aprende la sabiduría! Tú ¡O noche! eres la que con tu propia mano abres á nuestra vista sus magníficas páginas.

## VIGESIMATERCIA NOCHE.

## HIMNO AL ETERNO.

¡ He de callar al ver que la alabanza  
Vive siempre en las cortes arrastrando,  
Baxamente á los grandes adulando,  
Que sus cultos tributa á la privanza,  
Y que á precio del oro,  
Al vicio prostituye su decoro ?  
¡ Sufriré que prosiga mendigando  
El pan ignominioso  
Del rico desalmado y orgulloso ?  
¡ Que inciense un corazon envilecido,  
A toda virtud muerto,  
Y derrame su bálsamo escogido  
Sobre un cadáver, ya de horror cubierto ?  
¡ O alabanza, abandona apresurada  
Para siempre las cortes, en las quales  
Tu nobleza se abate degradada !  
Renuncia á la baxeza vergonzosa  
De ensalzar con iguales  
Elogios á los Reyes, sea viciosa

## 251

La conducta que observan, ó arreglada.  
;Hacia tu origen vuelve á remontarte:  
Vuelve al principio todo poderoso,  
Que dió á la humana lengua el útil arte  
De la palabra, al pensamiento el vuelo,  
Y al alma el ser que goza generoso!  
;Cómo á vista del cielo  
Se postra el hombre sin inconveniente,  
Ante otro hombre como él! Continuamente  
El barro al barro, el vicio al vicio, ofrece  
Incensos y respetos sin reparo;  
Y á tí solo, Señor, por cúpo amparo  
El hombre mismo existe—; No parece  
Sino que se avergüenza adorarte!  
;Antes exhale mi postrer aliento,  
Que yo cese ni un punto de alabarte!  
; Ah, si pudiera mi agradecimiento  
Justo vengar este injurioso olvido, .  
Con que el hombre á su Dios tiene ofendido!  
; Pero por donde á este Señor benigno  
Empezaré á ensalzarle,  
Para nunca acabar de celebrarle?  
;Qué encomio habrá de su grandeza digno?  
;A qualquier parte que los ojos vuelva,  
Me gritan las criaturas á porfía,  
Que á cantar me resuelva,  
Con respetuoso tono á su alto dueño!  
; De su mirar risueño



Se forma el claro día,  
Y la obscuridad densa y magestuosa,  
Cuyo soberbio horror viene alumbrado  
De una hueste de estrellas, de su ceño  
Cae sobre la tierra bulliciosa !  
; De quanta maravilla está formado  
El manto de la noche tenebroso !  
; Quanta es la pompa de ese arco suntuoso,  
De tanto astro luciente entretejido,  
Y sobre entrambos polos sostenido !  
; Qué base la que á tal peso resista !  
; Qué profusion en todo derramada !  
Y esto para tí, ¡O Dios ! ; que es sino nada ?  
; Ser excelso, que abrazas con tu vista  
Inmensa lo futuro y lo pasado,  
En lo presente, de una sola ojeada,  
Y ves como un instante las edades,  
Que el hombre á dividir se ve forzado  
En tres partes ! ; Tú solo íntimamente  
Comprendes todo, y no eres comprendido !  
; Aunque invisible, en las extremidades  
Mismas de lo que el ser á tí ha debido,  
Próvido te descubres, y se siente  
En la menor criatura tu presencia,  
Como en la de mayor magnificencia !  
; Las hojas y las flores, abrumadas  
De un mundo de vivientes que alimentan  
Imperceptibles, no ménos ostentan



## 253

Tu gran poder que las agigantadas  
Esferas, cuyos brillos admiramos,  
Quizás pobladas de entes que ignoramos!  
Estos y aquellos, y quantos gozaran  
De la existencia, si les preguntaran  
Si tenían origen diferente,  
Con uniforme voz responderían,  
Que á un mismo padre el ser todos debían.  
;Tú eres la universal perenne fuente  
De la felicidad y de la vida!  
De tí solo estos dos raudales fluyen,  
Y con juiciosa liberal medida,  
A quanto goza el ser se distribuyen.  
Diste de la palabra el don precioso  
Al hambre; ; mas no alcanza la palabra  
A trasladar tu nombre incomprendible!  
; Haz, pues, Señor, que se abra  
Mi inteligencia, y dímelo piadoso!  
;Cómo llamaré yo al que en esos soles  
Arde siempre invisible;  
Al que oculto hermosea  
La tarde, de la sombra precursora,  
Con mil soberbios varios arboles,  
Y el universo con sus luces dora?  
;Ayuda á mi alma á sostener tu idea!  
; Enmudece oprimida  
Por tu gloria, á medida  
Que ansiosa á contemplarla mas se interna!

¡O gran Todo, en quien solo estan cifradas,  
Todas las perfecciones!  
Causa de toda causa! ; raiz eterna,  
De que todas las ramas derramadas  
De la naturaleza han dimanado!  
; Primer móvil de quantos eslabones  
Su cadena componen infinita,  
Que ese cúmulo hiciste ilimitado  
De materia, en mil formas diferentes,  
Opaca ó luminosa, rara ó densa,  
Ya á un átomo invisible circunscrita,  
O dilatada á una grandeza inmensa,  
Ya sólida, ya en líquidas corrientes!  
; Artífice igualmente incomprensible,  
Y misterioso para los mortales,  
En qualquiera obra tuya imperceptible,  
Que en las vastas esferas celestiales!  
; Por adorno á la noche se las diste,  
Y en el centro pusiste  
De todos esos orbes eminentes,  
Al hombre, á fin que tales maravillas  
Contemplando, te adore de rodillas!  
; Padre de los espíritus, destellos  
De tu gloria, pequeñas y vivientes  
Emanaciones de los rayos bellos  
De tu fulgor divino,  
De la materia, pasajeros Reyes,  
Que hicistes libres, para que no fueran,

## 255

En su mortal destino,  
Meramente pasivos, y tus leyes  
Con reflexión y voluntad cumplieran;  
Esos enxambres de entes racionales  
Se dividen en clases desiguales,  
Ascendiendo por grados  
De los mas baxos, á los mas alzados,  
Que estan mas cerca de tu excelso trono!  
Los inferiores á poner en tono,  
A dar al barro organizado vida,  
Por tu sabiduría destinados.  
Los otros de esta carga dispensados,  
Libres y exêntos, con la diferencia  
De superior medida,  
Dotados de razon é inteligencia;  
Y toda esta familia innumerable  
Ocupa y puebla ese palacio hermoso  
Del universo, con que tu glorioso  
Brazo estrenó su fuerza imponderable.  
Monarca eterno, dime tu morada.  
¿ En donde encontraré á mi generoso  
Bienhechor? ¿ Deberá precipitada  
Mi alma arrojarse al fondo interminable  
De los negros abismos para hallarte?  
¿ Volará hácia esos astros refulgentes,  
O á los remotos polos á buscarte?  
¿ Esos vientos rugientes  
Me dirán, por ventura, en donde habitas?

¡ Es del Señor acaso esa tonante  
Voz, que percibo retumbar distante ?  
¡ Por ventura, velado tu divino  
Rostro, á las tempestades ahora gritas,  
Que unzan y precipiten presurosas  
Tu carro fulminante,  
O sentado en un fiero torbellino,  
Vuelas sobre sus alas procelosas ? (a)  
¡ Pero qué digo, de mi juicio ageno?  
¡ Está tan apartado  
De mí el eterno Dios ? ; He blasfemado !  
Postraos qual yo, todos ; O mortales !  
¡ Encerrado en su seno,  
Canto sus alabanzas celestiales !  
¡ El universo mismo todo junto  
No es mas que un solo punto  
Del trono de aquel Ser incomparable,  
Que á la naturaleza de la nada  
Sacó de una mirada !  
¡ La sombra de su brazo la sostiene !  
¡ Que suspenda un instante su agradable  
Sonrisa, y está al punto aniquilada !  
¡ A sus ojos arrastra en un profundo  
Abismo el ser que mas altura tiene !  
¡ La inmensidad abraza con su mano !  
¡ Pero yo en qué me fundo,  
Para tener la audacia de alabarle ?  
¡ De un mortal débil el elogio vano



Servirá acaso mas que de ultrajarle?  
; Qué proporcion habrá entre la grandeza  
De aquella Magestad, y la torpeza  
Del mas noble y sublime acento humano?  
; Acaso porque el hombre ha recibido  
El don de ver sus obras, y pasmarse,  
Pretenderá atrevido,  
Atomo de un mundo átomo, arrojarse  
A murmurar desde este polvo obscuro,  
Las glorias de su Dios con labio impuro?  
; Donde encontrar ideas y expresiones  
Que de él no sean indignas?  
Aunque mi pensamiento penetrase  
Al centro de la tierra, ó registrase  
Todos los cielos, ; qué comparaciones,  
Qué imágenes podria hallar tan dignas,  
Y tan nobles, que de él no desdixeran?  
Quando, á este fin, los hombres consideran  
Del orbe la belleza y opulencia,  
No ven mas que tinieblas é indigencia.  
Quanto dictan los astros de eminente,  
Es baxo. Es languidez aun la energía  
Mas fuerte, y expresion débil y fria  
La que esa el entusiasmo mas vehemente.  
; Dios sumo, á quien yo canto;  
Tú que das fuerza á mi vejez helada;  
Tú la ambicion de mi alma y el tesoro;  
Tú que á los hombres distinguiste tanto

Con la inmortalidad de la manada  
De todos los vivientes corporales,  
Que me digas, te imploro,  
Qué nombre deben darte mis leales  
Sentimientos de amor para contigo !  
Si alguno no hallo que bastante augusto  
Me parezca, será á lo ménos justo  
Que te dé aquel que mas mi pecho estima—  
; Te nombraré el amigo  
Del hombre!—; Por mis jueces os recuso,  
Almas débiles, frias, que lastima  
Qualquier ímpetu vivo,  
A quienes cansa un sentimiento activo,  
Y que siempre tranquilas, en el uso  
De vuestros cultos y agradecimiento,  
Temeríais que todo movimiento  
Del entusiasmo, todo acto impetuoso  
Del alma, aunque el mas justo y arreglado,  
Turbase vuestro lánguido reposo !  
; Lejos de mí el doctor afeminado,  
Que la virtud predica á sangre fria,  
En una prosa baxa, inanimada,  
Cuya alma á la indolencia y cobardía  
Perpetuamente vivirá entregada !  
; Acaso el inflamarse  
Con tal objeto debe reprobarse ?  
; Tendrá la razon sola el privilegio  
De pulsar la sonora arpa sagrada,

## 259

Y se habrá de mirar qual sacrilegio,  
Que el entusiasmo del ingenio anime  
Sus tonos, y hasta el cielo los sublime?  
; El único delito  
En asunto tan noble y elevado,  
Es el permanecer quieto y helado!  
La vehemencia sola, en tal conffito.  
Es la razon que al hombre sabio guia,  
Y este delirio es su sabiduría.  
; Esparce el grato incienso por ventura  
Sus perfumes suaves sin quemarse?  
; Por qué ; ay de mí! la mano helada y dura  
De la vejez, mi musa ha entorpecido,  
Y el vigor de mi ingenio ha adormecido?  
; Quién pudiera gloriarse  
De un corazon mas puro, y de un sonoro  
Acento, digno del celeste coro!  
Quando se eleva el alma enardecida,  
En sus alas de fuego sostenida,  
Entónces sí los ángeles responden  
Al hombre, y con su voz las arpas de oro  
Acordes y armoniosas corresponden.  
; Las oygo ya, ó bien sueño que percibo  
A lo léjos sus ecos melodiosos?  
; Acaso su dulcísima armonía  
Ese espacio sin límites podria  
Atravesar, y efecto hacer tan vivo  
A tal distancia? ; No son engañosos

Los juicios que hago! Sí, ¡vienen del cielo  
Sin duda esos acentos! ¡Su dulzura  
Me lo hace creer sin el menor rezelo!  
¡Qué delicia tan súbita y tan pura  
Embriaga el alma mía!  
¡Quándo llegará el día,  
En que la muerte, como favorable  
Introductor, se digne de admitirme  
A sus conciertos? ¡Quando su afilada  
Guadaña destruirá esta miserable  
Casa de barro, que me impide unirme  
A aquella sociedad tan suspirada?  
¡Quándo dará en el cielo una morada  
Comun á aquellos entes,  
Que no son en la esencia diferentes?  
¡Estaré aun mucho tiempo desterrado  
En esta infeliz tierra, en que encerrado  
Está el linage humano?  
¡Quan gozoso y ufano  
Veré llegar el día, que venciendo  
La espesa lobreguez, en que gimiendo  
Sumergidos yacemos, las cadenas  
Rompa, que nos oprimen, tan ajenas  
De nuestro noble ser, y nos reuna  
En sola una familia, á los mortales;  
Que merezcamos esta gran fortuna  
Con quantos entes hay espirituales,  
Que rodean el trono luminoso

## 261

Del Todopoderoso ;  
Que nuestro padre universal hallemos,  
Y unidos para siempre le gocemos !  
Esta esperanza al hombre virtuoso  
Le hace una obligacion de la alegría.  
; Hombre justo, endereza  
Esa abatida frente ! ; Tu tristeza  
A la bondad divina contraría !  
; Ve caer aquel muro, que mediaba  
Entre la eterna vida y la presente !  
; Ve salir de las ruinas tenebrosas  
Del sepulcro, en que estaba  
Enterrado, ese trono refulgente,  
Sobre que has de reynar por las dichosas  
Eternidades, y de tu alta suerte  
Seguro, acaba de absolver la muerte !

## NOTA.

(a) Y tú, Hijo, Hijo único del Eterno, y un mismo ser con él: tú, á quien debemos el don de la inmortalidad, que la compraste para nosotros por un precio infinito: tú, que hiciste tantos mundos, y no has redimido mas que uno; emanacion eterna y brillante de la deidad, que abatistes tu excelsa Magestad, hasta dignarte de revestirte de nuestra pobre naturaleza: tú, Salvador divino, á quien ha sido

dada toda potestad en el cielo y en la tierra; Monarca, que para siempre reynas sobre todo lo criado: tú, ante cuyo acatamiento tiemblan los ángeles, penetrados de terror y de respeto.—Y tú, tercera persona de la divinidad, rayo purísimo, procedente de las otras dos, distinto de ellas, sin separacion de esencia: tú, que no compones con ellas sino un mismo Dios: tú, que no te has desdeñado de aproximarte al polvo del hombre, abatiéndote hasta él, sin perder nada de tu grandeza: tú, que te complaces en habitar en su corazon quando está puro: tú, lazo, que unes el cielo con la tierra.—Espero que no te ofendas de esta invocacion que te dirijo á tí y á las otras dos divinas personas.—¡A quién—¡O misterió! ¡O Trinidad inconcebible, revelada sin poder ser comprehendida! La obscuridad unida á la luz: el número á la unidad: la causa de nuestra alegría y de nuestro temor: triple rayo, que destruye todo lo que es vicioso: triple sol, que anima todo lo que es bueno: sol del alma, que no conoce ocaso: Dios sumo, y único en tres personas: la palabra no puede nombrarte: el pensamiento no es capaz de comprehenderte: tu grandeza sobrepuja toda grandeza: tu bondad á toda bondad; y tu clemencia excede á toda clemencia.



## VIGESIMAQUARTA NOCHE.

### EL CONSUELO.

ENTRE las sombras de la noche oscura  
Mi alma triste, por fin, con la luz pura  
De la meditacion, iluminada,  
Del horror del silencio religioso,  
Que vasto reyna en ellas, inspirada,  
Sin sentir ha calmado la amargura  
De sus antiguas penas, y entregada  
A las grandes verdades, que piadoso,  
Por tanto tiempo, la ha enseñado el cielo,  
De una paz dulce logra ya el consuelo.  
Mi musa toma un vuelo mas sublime:  
Dexa atras las regiones en que gime  
La turba melancólica y funesta  
De las nocturnas aves, y dispuesta  
A introducirse audaz á otro infinito  
Horizonte, penetra el inflamado  
Término, en que está el orbe circunscrito.  
Mas ¿de qué sirve que la fantasía  
Se eleve, si en la tierra, esclavizado  
El corazon, arrastra todavía?

La virtud otros tantos lisonjeros,  
Como enemigos, cuenta.  
Es cosa facilísima alabarla,  
Pero muy trabajosa practicarla.  
Si al fin tu corazón, á mis sinceros  
Votos dócil, se alienta,  
; O lector ! á seguirla, no blasones  
De hacer su elogio con palabras vanas ;  
Procura hacerlo sí con tus acciones.  
A tus ojos he abierto el eloquente  
Libro del universo, he registrado  
Cuidadoso sus mas brillantes llenas.  
Tus sentidos ganar he procurado,  
A fin de que escuchando atentamente,  
La verdad por tu oído se internase  
En tu alma, y para siempre la inflamase.  
Mis cantos no eran míos. La pobreza  
De esta mi limitada fantasía,  
De la naturaleza  
La voz con débil eco repetía,  
Y nada mas. Pero óyela qual clama  
Ella misma, y te dice por su boca :  
“ De un Dios eterno la fecunda llama  
Sobre mi ser coloca,  
A él debo la existencia y la hermosura.  
El es el que da vida, el que sostiene  
A quantos seres mi extension contiene.  
Me manda que sus leyes les intime,



## 265

Y sobre ellos derrama la dulzura  
De la felicidad. El mas culpado  
Mortal llegue á sus plantas alentado,  
Pues que jamas se ve, que desestime  
Las lágrimas de un pecho arrepentido.  
Nunca niega un asilo al afligido,  
Que la paz busca en su paterno seno.  
Sean quales quisieran los vivientes,  
Que habiten esos orbes relucientes,  
Sea qual fuere su naturaleza,  
El que no fuere de razon ageno,  
En todos ellos, para ser dichoso,  
No hallará medio, sino el ser virtuoso.  
La virtud misma, quando la firmeza  
De su fidelidad está probada,  
Los presenta al Criador, que su penoso  
Trabajo premia generosamente.  
La memoria reciente  
De la incómoda vida ya pasada,  
La sensacion aumenta  
De una felicidad, que comenzada  
Saben ha de durar eternamente.”  
; Esta esperanza quanto al hombre alienta !  
Sola ella á su elevado ser conviene.  
Sola ella sacia sus inclinaciones,  
Satisface y aplaca sus pasiones.  
No hay otra alguna que á la razon llene.



Pero esos bienes frívolos que ansioso  
Anhelas, di, ¿qué dicha te producen?  
Tu alma ciegan, perturban tu reposo,  
Y en tu pecho introducen  
Consigo mil pesares, y mil fieros  
Dolores sus eternos compañeros.  
De miseria en miseria despeñado,  
Despues que la fortuna haya jugado  
Contigo, el tiempo de la edad florida,  
En burlar tus proyectos divertida,  
Quedarás sin socorro y sin consuelo,  
Hasta que el hado con ligero vuelo  
Trayga el dia fatal, en que concluya  
Tu vida. En él te aguarda ya escondida  
La desesperacion qual presa suya.  
Quando la tierra oculta media esfera  
Al sol, con su diario movimiento,  
De su extension y de sus habitantes  
La obscuridad al punto se apodera.  
Entónces baxo de las encumbradas  
Bóvedas del inmenso firmamento,  
Quando sus lumbres trémulas, distantes  
Por las sombras, estan ya amortiguadas,  
La noche solitaria, silenciosa,  
Y de luto vestida,  
En su elevado trono lentamente  
Se sienta, pensativa y congojosa,  
Como una viuda jóven, afligida

## 267

De la funesta pérdida reciente,  
En su vasto palacio ya desierto.  
Tambien el universo está cubierto  
De un negro velo, y en profunda calma  
Su silencio acompaña; una tristeza  
Fúnebre reyna en la naturaleza.  
;Tales y aun mas profundas son sin duda  
Las tinieblas, que cercan á aquella alma  
Que de su Dios se aparta! Temerosa,  
De proteccion desnuda,  
Palpando incierta va por la espantosa  
Obscuridad, ansiando apoderarse  
De las mismas fantasmas que imagina,  
Y que equivoca ciega  
Con la felicidad. Se desatina  
Quando alegre con ellas á abrazarse  
A su parecer llega,  
Y á disfrutar consuelos celestiales,  
Y abraza solo un cúmulo de males.  
Como enfermo sediento que deliria,  
Y que estar á la orilla se figura  
De algun arroyo de agua fresca y pura,  
De bruces á ella rápido se tira;  
Mas con dolor conoce que se engaña:  
Así aquella alma triste experimenta  
Que cada esfuerzo que hace, la atormenta  
Mas y mas, que se afana inútilmente,  
Y con todo jamas se desengaña,



Y á otra nueva ilusion se arroja ardiente,  
Hasta que viene la vejez helada,  
De flaqueza y dolores escoltada,  
Que ya perdida la esperanza, llora,  
Y la muerte y la nada ansiosa implora.  
El hombre que es vicioso,  
Inútilmente en el semblante ostenta  
Un orgullo engañoso,  
Y para alucinarnos aparenta  
Una tranquilidad que no disfruta;  
He roto el futil velo con que astuta,  
Su malicia á los ojos encubria  
El negro corazon atormentado.  
Le he visto, de sí mismo avergonzado,  
El primero en secreto despreciarse.  
Puede debilitar la tiranía  
De un hábito vicioso el sentimiento,  
El clamor justo del remordimiento,  
Mas nunca llegará á verificarse,  
Que consiga extinguirlo enteramente.  
No ha existido mortal, que al ver cercana  
Su muerte, en aquella hora temerosa  
En que el hombre no miente,  
No haya hecho confesion sencilla y llana,  
De que quanto en el mundo, hasta aquel dia,  
Hechizada apreció su alma ambiciosa,  
A pena y vanidad se reducía.  
Piensa, pues, como piensa el moribundo—

Dexa á los amadores de este mundo  
Sus juguetes, su frívola alegría,  
Que pesares eternos les prepara :  
Dexa que los consuma la insaciable  
Hambre de dignidades, de riquezas  
Y de fama : desprecia la algazara  
Con que celebran todas las proezas  
Funestas de su vida miserable,  
Y escarnecen al hombre respetable  
Que á otros bienes mas sólidos aspira,  
Diciendo que es un necio, ó que delira.  
¡Qué admiracion será tan prodigiosa  
La del justo al dexar la trabajosa  
Cárcel del cuerpo, quando clara vea  
La verdad, y una ojeada dirigiendo  
A los hombres, del mundo que ha dexado,  
Observe como cada qual se emplea,  
Su atencion, afanado,  
A mil distintas cosas distrayendo,  
A qual mas vanas, en hacer de suerte  
Que consiga olvidarse de la muerte ?  
Y si esta admiracion ocupa al justo,  
¡Cuál el terror será, cuál será el susto,  
De todos quantes somos pecadores,  
Al ver los fulminantes resplandores  
De la misma verdad desconocida,  
O con desprecio cruel desatendida:  
Quando enemiga nuestra se declare,

A la severa eternidad llamando,  
A fin de que su herido honor repare,  
Nuestras viles ofensas castigando?  
Démonos prisa, pues, de introducirnos  
Con la sabiduría,  
Antes que llegue aquel funesto día,  
En que airada ella misma venga á asirnos,  
Y se convierta en el mayor tormento,  
Que imponga el cielo á nuestro atrevimiento.  
; O tú mortal, que el mas apreciable eres,  
Y el mas frívolo á un tiempo de los seres,  
Quan grande es tu poder, mas quan endeble  
Tu voluntad! Por mas que en indeleble  
Carácter en tu pecho haya grabado  
La eternidad las máximas austeras  
De la virtud; por mas que haya sembrado  
En él las verdaderas  
Semillas de tu dicha y desventura,  
Dexando á tu eleccion tu propia suerte,  
Un insecto que pase á la aventura,  
Delante de tus ojos susurrando,  
Es suficiente para distraerte.  
Al momento olvidando  
Un interes tan serio, abandonando  
Tu destino, quizás ya decidido  
Lo hallarás, quando vuelvas del olvido.  
No así; tú mi Lorenzo! en adelante  
Cosa no olvidarás tan importante,

Si la razón conserva todavía  
Algun imperio en tí, si algún encanto  
Los versos tienen de mi largo canto,  
Que la luz melancólica y sombría  
De los nocturnos astros me ha inspirado,  
Quando en silencio el vulgo descansaba  
De los hombres, ó bien alucinado  
Con sueños insensatos deliraba.  
Mas, que á escucharme vuelvas de tí exijo.  
De la noche cantar de nuevo intento  
Los últimos misterios: oye atento  
Esta súplica que ántes te dirijo.  
Por ese alto silencio, de la nada  
Atributo: por esa tenebrosa  
Obscuridad, perpetua compañera  
De la culpa: por ese saludable  
Velo, que la faz cubre dilatada  
Del universo, miéntas que reposa,  
Y sus cansadas fuerzas recupera:  
Por cada objeto de esos venerable,  
Que la noche presenta á los sentidos,  
Y al pensamiento nuestro: esos remotos  
Y relumbrantes fuegos, esparcidos  
Entre las vastas sombras, que callados  
Intérpretes del Dios, por quien criados  
Fuéron, lo anuncian con sus mudos votos  
Al hombre. y le instan para que le adore:  
Por todos los imperios asolados:

Por aquellos Monarcas poderosos,  
Caidos de la cumbre de la gloria,  
Cuyos sucesos, miéntras que el sol dore  
El orbe, con sus rayos luminosos,  
Durarán en los fastos de la historia,  
Sirviendo su grandeza transitoria  
De presagio funesto, á los que viven,  
Y por engrandecerse se desviven :  
En nombre de esa turba innumerable  
De hombres, que han espirado,  
Desde el primero, á quien el ser fué dado :  
En nombre de esas fúnebres campanas,  
Que se estremecen ya, y cuyo espantable  
Eco llama al sepulcro las humanas  
Víctimas, que ahora mismo estan muriendo,  
Y que vas á seguir las previniendo :  
En nombre de esos pálidos y horribles  
*Espectros, congregados*  
Baxo de las banderas de la muerte,  
Que mi imaginacion me hace visibles :  
De esos túmulos que hay amontonados  
En todos los contornos : de esa fria  
Ceniza humana, que con brazo fuerte  
Cavan y arrojan los desapiadados  
Sepultureros para que vacía  
La huesa pueda por algun momento  
A otros féretros dar alojamiento :  
En medio de esa pompa funeraria,



Que huye de la brillante luz del día,  
De esas hórridas hachas, de esa oscura  
Profusion triste, con que temeraria  
Nuestra soberbia engrandecer procura  
La última humillacion del ser humano,  
Con pretexto de honrar al muerto hermano:  
En nombre de esas bóvedas fatales,  
Que contienen las urnas sepulcrales  
De Reyes fenecidos:  
De esas lámparas solas, que colgadas  
De su alto techo, sus amortecidos  
Resplandores esparcen tristemente  
Sobre aquellas cenizas olvidadas:  
De esas negras fantasmas, que actualmente  
Te figuras que salen á tu encuentro,  
O que gemir escuchas desde el centro  
De sus sepulcros: por las dolorosas  
Quejas de tantos míseros mortales,  
Que no pudiendo tolerar sus males,  
Juzgan por venturosas  
A las personas que la muerte alcanza,  
Y en ella tiene puesta su esperanza:  
Por aquel día, en fin, en que llamados  
Con la trompeta horrenda los culpados  
Sufrirán la sentencia merecida,  
Día infausto y cruel, en que teñida  
La luna en sangre y trastornado el cielo,  
Los astros todos se vendrán al suelo:

En que los justos mismos mas queridos  
Del Juez le mirarán estremecidos :  
En nombre de ese juicio temeroso  
Te lo pido ;O Lorenzo! sé virtuoso.  
Ni á Filandro ni á tí debo ya nada :  
Mi deuda totalmente está pagada.  
Al amigo, que aun dura  
En esta mortal vida, he satisfecho  
El tributo innegable á mi ternura :  
Y del que dexó el mundo, las postreras  
Voluntades puntual he executado :  
Este era únicamente su derecho,  
Pues para tí ha legado  
Esta gran coleccion de verdaderas  
Máximas, y á mí, solo me ha encargado,  
Que la ponga en tus manos. Yo concluyo  
Con esto mi quehacer: comienza el tuyo.  
Atiende dócil á la voz piadosa  
De Filandro y del cielo en mis acentos :  
Despierte saludables sentimientos  
En tu pecho, y excite una zelosa  
Emulacion en él la respetable  
Memoria de un amigo tan amable,  
Para que á la virtud vuelas ligero,  
Y en esto ponga tu razon su esmero.  
El mundo mismo, que ha de ser testigo  
De tu conducta, espera que tal sea,  
Que la memoria de tu muerto amigo



Honres con ella. Un hijo tambien tienes  
Cuya felicidad solo depende  
De tu eleccion. ¡Qué males le acarrea,  
Si es errada; y qué bienes,  
Si en ella nada la virtud reprende!  
Si el mal exemplo influye en los mortales  
Con tanta fuerza, ¡qual será el efecto  
Del de qualquiera padre, con respecto  
A un hijo suyo? Son muy desiguales,  
Ademas, los exemplos virtuosos  
En la eficacia, á los que nos presenta  
El vicio. Estos son siempre contagiosos,  
Y rara vez de aquellos se hace cuenta.  
Así si al padre el vicio predomina,  
Del hijo es casi cierta la ruina.  
Figúrate, pues, ahora con atenta  
Reflexión ¡O Lorenzo! á tu querido  
Florencio, que turbado, estremecido,  
Con ansia tu eleccion está esperando,  
Y que le has feliz solicitando.  
Tú, pues, que el autor eres de su vida,  
No seas el artífice funesto  
De su desgracia: no has que afligida,  
Su alma, algun día llegue á maldecirte,  
De haberle dado el ser, ántes dispuesto  
A amarte á tí por él, á dirigirte  
Por la virtud comienza, y juntamente  
Contigo salva á ese hijo cariñoso.



Arriégate una vez á ser dichoso.  
Tu moribundo amigo te lo pide,  
Que apenas una debil voz despide  
Del pecho, falto ya casi de aliento.  
Sí me la otorgas, moriré contento.  
;Y he de admirarme si el cansancio oprime  
Mi fantasía, habiendo mantenido  
Por tanto tiempo un vuelo tan sublime,  
Y si mi cuerpo está desfallecido?  
Un verdadero zelo me animaba  
De la gloria de Dios, y aun no se acaba,  
Pues si posible á mi flaqueza fuera,  
Deseara que mi ingenio á arder volviera,  
Y á sacar mas verdades del helado  
Túmulo, en que Filandro está enterrado.  
; Mas ay de mí! ; La fuerza me abandona!  
; La vejez triste, con su soplo frio  
Mis fibras entorpece y desentona,  
Y aun de mi zelo mismo apaga el brio!  
; Pero sobre mi vista fatigada,  
Su cetro extiende el sueño!  
Ya he sentido el contacto delicioso  
De aquella blanda pluma, que guarnece  
Su ala empapada en lánguido beleño,  
Y que tan dulcemente me adormece.  
Este Ser celestial, cuyo reposo  
La vuelta de la calma exáctamente  
Sigue, ofrece pagarme prontamente



Los enormes atrasos que hasta el día  
Debe al desvelo, á la tristeza mía.  
Ven, pues, plácido sueño, que por tanto  
Tiempo, de mi infeliz morada ausente,  
Me has tenido privado de tu encanto.  
Consuélame: tus pasos apresura,  
Después que al labrador sobre su dura  
Cama, en su leve hamaca al marinero,  
Y al soldado en su tienda, con ligero  
Soplo adormezcas, de donde el cuidado  
Tu enemigo jamás te ha rechazado,  
Reposa suave en mis rendidos ojos.  
No te acompañen ya aquellos horribles  
Espectros que cubiertos de despojos  
Fúnebres, tanto tiempo han asustado  
Mi corazón. Contigo solo vengan  
Imágenes ligeras y apacibles,  
Que tranquilo en tus brazos me entretengan.  
Derrama sobre todos mis sentidos  
Ese bálsamo dulce y restaurante,  
Ese rocío que nos refrigera,  
Y en la máquina poco duradera  
De nuestro cuerpo, los entorpecidos  
Resortes restablece en el instante,  
Sin tu vuelta periódica, ¡qué fuera  
De ella? ¡Quan poco tiempo duraría!  
Tú de la agitación de cada día  
Con benéfica mano la reparas,

Y para la otra aurora la preparas.  
Sin cesar, en su ser restablecida  
Por tu desvelo, el hilo de la vida  
Prosigue en devanar ligeramente,  
Hasta que á entorpecerla se presente  
Alguna enfermedad, embarazando  
Sus ruedas, ó la muerte destrozando  
Todas ellas, dé fin al movimiento.  
¡Cómo acabará el mio? ¡en qué momento?  
Tú, ¡O deidad inmutable!  
*Lo sabes sola.* Tú, que sin moverte,  
Ves pasar todas las generaciones  
Del sinfin de criaturas, esparcidas  
Por el vasto universo, y el mudable  
Quadro, á tu gusto cambias, de su suerte.  
Tú, que á tus pies las ves con las regiones  
En que habitan rodar, ya sostenidas  
Del tiempo en la corriente pasagera.  
Ya en el vasto océano, sin ribera,  
De la eternidad: quieto ó tempestuoso,  
Segun que un soplo tuyo, su infinita  
Extension tiene inmóvil en reposo,  
O sus ondas horrísonas agita.  
De esa brillante inconcebible altura  
De tu mansion eterna,  
Dígnate dirigir á esta criatura  
Una mirada tierna.  
Por medio de ese espacio incalculable,  
Por medio de esa turba innumerable



De clases de vivientes,  
En la naturaleza diferentes,  
Por entre esos enxambres prodigiosos  
De seres, tan diversos é ignorados,  
Que acuden prontos, quando son llamados  
Por tí, á ser en tu seno venturosos :  
Por ese espacio inmenso, en que sembraste  
Los soles como arena,  
Y océanos de fuego derramaste,  
Dígnate de volverte con serena  
Frente á este átomo triste,  
Que en tan remoto abismo produxiste.  
Perdona todas sus ingratitudes,  
Sus delitos, perdona aun sus virtudes.  
Estos ojos, que yo abro todavía,  
Dexarán de ver presto ese luciente  
Astro, que con sus rayos forma el dia,  
Por mas que como hasta ahora  
Siga en baxar la noche puntualmente  
En sus balanzas, y en subir la aurora.  
No me dexes cerrarlos, sin mirarme,  
Y el perdon y la dicha asegurarme.  
Dios benéfico, al hombre le es odioso  
El dolor, aunque sea pasajero.  
No hay objeto para él mas horroroso.  
No laves, pues, á mal, que yo te ruegue,  
Que quando tu bondad quiera que llegue  
El momento postrero



De mi vida, me pongas suavemente  
Sobre aquel lecho helado  
Que la tierra me tiene preparado,  
Y al que rápidamente  
La edad me arrastra, y mucho mas la dura  
Enfermedad, que mi vigor apura.  
Que esta verdad, entónces archivada  
En el vasto volúmen del destino,  
Capítulo del hombre, sea grabada  
Sobre mi sepultura,  
Y que así diga á todo peregrino:  
“ En vano el alma humana  
Se agita á todos lad os, y se afana,  
Por descansar, por evitar el tedio,  
Y lograr de sus males el remedio:  
Solo en tí ¡O Dios! encuentra su reposo,  
Con la esperanza en este trabajoso  
Destierro, y en la vida venidera,  
Con dicha para siempre duradera.”  
Que mi túmulo sea de la muerte  
El intérprete fiel, y que despierte  
A todos los mortales, anunciando  
Esta verdad: que instruya al erudito,  
Y al sabio mismo: que aun en el distrito  
De las cortes penetre, y en secreto  
De los Monarcas al oído, blando  
Con las lisonjas, un discreto  
Ministro cada noche la repita



Leal, con tal finura que se admita.  
Y por fin quando todos mis sentidos,  
A tu abrigo suave adormecidos,  
Esten en el momento de abismarse  
En un sueño total, haz que á internarse  
Venga en mi pecho, aun mas profundamente  
La tal verdad, y mi alma dulcemente,  
En tu seno apoyada,  
En paz descanse, bienaventurada.  
;No! ;No puedo vivir sin esperanza  
De llegar con el tiempo á ser dichoso!  
Dios—; O mortal, ánimo gozoso!  
Naturaleza un cántico sagrado  
Agradecida entona en su alabanza—  
Todo lo puede Dios, y es—el amigo  
Del hombre—; O cielo, póstrate conmigo!  
Ya mi Musa moral ha rematado  
Su último esfuerzo.—Ya un dulce consuelo  
Corona mi trabajo y mi desvelo:  
Así en el corazon de mis diversos  
Lectores introduzca igual encanto  
Con mis fúnebres versos.  
Sola la culpa ya me causa espanto,  
Otro mal no. Hasta el miedo de la muerte  
Lo sepulto contento  
Para siempre baxo este monumento,  
Que tengo la osadía de ofrecerte,  
Aunque tan imperfecto, ; O deidad suma!

Ultimo esfuerzo de mi débil pluma.  
¡A Dios, amiga noche! ¡No me veo  
Ya envuelto entre tus sombras! Ha empezado  
A apuntar para mí un eterno día:  
Cumpliósese mi deseo:  
¡Mi alma toda penetra la alegría!  
De la nada sacado,  
¡Puedo acaso quejarme de unos males  
Premiados con delicias inmortales?  
Gocemos, ¡O alma mia!  
De los breves instantes que nos quedan  
De este mundo caduco, mas fixemos,  
Mientras se nos concedan  
Los ojos en la muerte. Así la vida  
Tranquila pasarémos,  
Y quando ya su trama esté cumplida,  
En una dulce paz la acabarémos.  
Entretenga esta justa complacencia  
Mi gozo, y sea la virtud mi ciencia.  
¡De quien confio yo ser venturoso,  
Si no de ese Dios sumo, generoso,  
Que del diadema que su augusta frente  
Ciñe, dexó caer la refulgente  
Multitud de astros, que á sus plantas giran,  
Y con sus vivos fuegos nos admiran?  
Y tú ¡O Lorenzo! tu Filandro amado  
Te llama, quando media su carrera  
La noche, y esta es la hora verdadera,

Para que el hombre, con el apartado  
Cielo, el trato mas íntimo consiga.  
Si algun deseo, pues, tu pecho abriga  
De estudiar la verdad, despierta al punto.  
Mira que presto el orbe todo junto  
Dormirá, y para siempre, de repente  
Te despertarás tú: quando *esa ardiente*  
Muchedumbre de fuegos derramados  
En el vasto éter queden apagados:  
Quando, como Sanson, el tiempo mismo  
Derribe con la horrible fortaleza  
De sus brazos el mundo,  
Y entre sus ruinas cayga en el abismo,  
Dexando á toda la naturaleza  
Envuelta en luto, y en dolor profundo.

O. S. C. S. R. E.



## INDICE

## DE ESTE TOMO TERCERO.

|  | Pag. |
|--|------|
| <b>LAS NOCHES.</b>   |      |
| Decimatercia Noche.—La tristeza y la<br>desgracia, - - - - -                 | 11   |
| Decimaquarta Noche.—La Magnanimidad,   | 29   |
| Decimaquinta Noche.—El Mundo, -  | 69   |
| Decimasexta Noche.—El Deleyte y el Sui-<br>cidio, - - - - -                  | 95   |
| Decimaseptima Noche.—El Ingenio, -   | 116  |
| Decimaoctava Noche.—La Conciencia,   | 122  |
| Decimanona Noche.—La Virtud - -  | 131  |
| Vigesima Noche.—Los cielos. La Exis-<br>tencia de Dios y de los espíritus, - | 151  |
| Vigesimaprima Noche.—Vista fisica de<br>los cielos, - - - - -                | 211  |
| Vigesimasegunda Noche.—Vista moral de<br>los cielos, - - - - -               | 237  |
| Vigesimatercia Noche.—Himno al Eterno,                                       | 250  |
| Vigesimaquarta Noche.—El Consuelo, -   | 263  |